

Al Sr. Dr. Nicolás Juncos,
el príncipe de crítica en
América.

Con admiración sincera
y fervorosa

el autor

A. J. J. J.

ETZA

O

EL ALMA DE LA RAZA JIVARA

Quito Enero 1935.

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. N° 1.692..... ▲

FECHA DE CONSTATAION Diciembre 1.950.....

VALOR \$ 15,00.....

CLASIFICACION

860-31 (866) Ojeda

039

85

ALEJANDRO OJEDA V.

ETZA

O

EL ALMA DE LA RAZA JIVARA

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº 9417	AÑO 1993
PRECIO	DONACION

(Novela original, basada en la vida de los Cazadores de Cabezas de la Región Amazónica del Ecuador)

004071-J.



QUITO

EDITORIAL ARTES GRAFICAS

1934

Librería, Papelería, e Imprenta de CANDIDO BRIZ SANCHEZ.-Quito.



ALEJANDRO OJEDA V.

ILUSTRACIONES

El Mapa que aparece al reverso de esta página, representa la parte de la Región Oriental ecuatoriana ocupada por los jívaros.

El gráfico siguiente expresa el río Makuma, en sus relaciones con los ríos Miaza, Cusuymi y Cangayme. La exploración total del Makuma, realizada por el autor de este libro, hále permitido apreciar—como se ve en el gráfico—que el Makuma supera en longitud, caudal y navegabilidad a los tres citados ríos, con los que forma el sistema superior del Morona.

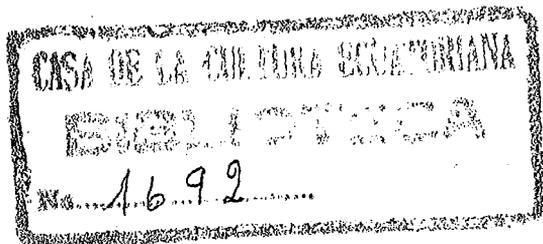
Los dibujos interpretativos de la obra están hechos por el talentoso y muy joven dibujante quiteño señor Segundo Cárdenas M. Es sorprendente la manera como este joven juega con su lápiz e interpreta, con precisión y en breves momentos, los más complicados motivos. No dudo que sus especiales dotes harán de él uno de los más destacados artistas nacionales.

Con el señor Cárdenas ha colaborado en el tallado de algunos manés, el señor Sixto Salguero, también joven, hábil en el manejo del buril.

El APENDICE ILUSTRADO se compone, en su mayor parte, de fotografías que me fueron amablemente proporcionadas por el señor Arturo González Pozo, inteligente Director de la patriótica revista MISCELANEA que se edita en Quito, y que viene contribuyendo eficazmente al desenvolvimiento de la Región Amazónica del Ecuador. Dejo constancia de mi profundo reconocimiento para el Sr. González por su inolvidable gentileza.

EL AUTOR.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Reservados todos los derechos



PALABRAS PREVIAS

La novelita que me honro en presentar al público, es el sencillo relato de una guerra de los jívaros (1) causada por el amor.

El Jefe de las tribus del Santiago, que habita a las orillas del Yaupe, ha visto a la hermosa hija del Jefe de las tribus del Morona, que reside en las riberas del Makuma, y prendado de ella hace un viaje de siete días para pedirla en matrimonio. Inopinadamente su pretensión fue rechazada no sólo por la princesa, objeto de su demanda, que ama a un joven y valeroso teniente de su padre, sino por éste, que prefiere aceptar los eventos de una guerra antes que poner a su hija en el obligado caso de tomar por marido a un hombre que no quiere.

En consecuencia surge el conflicto, que se define en breve, motivando los singulares

(1) Atenta la fonética de la lengua jívara, de modo intencional he preferido escribir la palabra jívaro como aparece en el texto, y no con la b labial con que la escribe la Real Academia Española.—N. del A.

episodios que el lector va a conocer en las siguientes páginas.

El escenario es una parte de la Región Oriental del Ecuador. Los elementos que intervienen son los jívaros, mejor conocidos en América y Europa como "Los Cazadores de Cabezas del Amazonas".

Si pareciere que hay exageración en los perfiles intelectuales y morales con que aparecen los personajes de este libro, el autor pediría respetuosamente a quienes así pensarán, que fijen su atención en los términos en que está concebida la carta al respecto, que le fue dirigida por el doctor Pío Jaramillo Alvarado mientras desempeñaba él la elevada misión de Consejero de la Legación del Ecuador en Lima.

La circunstancia de haber ejercido durante algunos años el doctor Jaramillo Alvarado el cargo de Director de Oriente; la de haber sido después Ministro del Ramo en la Cartera de Gobierno; su gran talento, su amplísima y sólida ilustración, y el hecho de haber visitado casi todas las dependencias administrativas de la Región Oriental ecuatoriana y de haber, con tal motivo, observado detenidamente las características de los jívaros, de quienes hace una vindicación brillante en su valioso libro titulado "EL INDIO

ECUATORIANO", dan a su palabra la mayor autoridad para que se crea en la gran estructura moral y física de la raza jívara.

El jívaro es el tipo de una raza inteligente, dominadora, superior, que acaso fue Señora de grandes pueblos, de alguna civilización perdida en las profundidades del pasado amazónico.

Indómita como los pieles rojas; belicosa como los araucas, pero quizá más inteligente y libertaria que ellos, la raza jívara ha venido a ser, en el territorio oriental de la República, un bastión por el cual no ha podido pasar adelante la acción civilizadora del Estado. Y allí está, refundida en la soledad de un mundo desconocido y misterioso; allí, protegida por la selva impenetrable, se debate y sangra, voluntariamente colocada al margen de la vida racional.

El jívaro no es el "yumbo" de las orillas del Napo, ni el "záparo" de las riberas del Pastaza, ni el "chuncho" de las márgenes del Ucayali y del Huallaga, no: tipo distinto por su lengua, tradiciones y costumbres es el jívaro. Las grandes hoyas de los ríos Morona y Santiago, todo el vasto territorio comprendido entre los ríos Pastaza y Chinchipe está poblado por esa casta irreductible, que ha rechazado hasta hoy todo principio de auto-

ridad extraña y que, poco menos que ignorada, vive allí plenamente libre pero pagando a la barbarie el hórrido tributo de su aniquilamiento.

Los jívaros destruyeron, a fines del siglo XVI, las florecientes ciudades de Logroño, Sevilla de Oro y Mendoza, situadas en las orillas del Upano y del Palora; ellos arrasaron por dos veces la antigua ciudad de Borja, establecida bajo el Pongo de Manseriche.

Esto, su belicosidad extraordinaria; su rebeldía contra toda autoridad extraña a su raza y su política; los frecuentes escándalos que suscita en el Amazonas y su tradicional y bárbara costumbre de hacer tzantzus (1) las cabezas de los vencidos, han motivado los severos párrafos con que la describen la Historia y la escasa literatura que se refiere a ella desde la conquista hasta nuestros días.

Sin embargo, esa raza, de la que se conserva tradiciones que la fantasía popular ha inflamado hasta lo inverosímil, resulta capaz de expresiones espirituales que la República debería tener en cuenta para esforzarse en hacer de ella un vigoroso factor de progreso.

(1) *Tzantza: cabeza humana reducida por procedimientos que se describen en otra parte de este libro.*

El jívaro permanece desconocido. Nadie ha precisado hasta hoy su origen y los aspectos éticos que le caracterizan. Ni Whymper, ni Graham, ni el Padre Gumella, ni Kipling, ni Graff, ni Dyott, ni tantos otros han podido trazar en sus libros los verdaderos perfiles de ese singularísimo habitante de la selva.

Las páginas de esta novela pretender hacerle vivir al jívaro ante el lector, a fin de que pueda juzgarlo por sí mismo. Pero esto no podía hacerse sin auscultar las intimidades del espíritu de la raza, cuidando de no causarla inquietudes por las que se viese en necesidad de alterar las espontáneas manifestaciones de su vida; y ello me fue dado conseguirlo en 1911 a 1913, en que hube de subrogar yo al Intendente General de los cantones Pastaza y Zamora, de quien fui Secretario; y en los años 1925 y 26, mientras desempeñé el cargo de Gobernador de la Provincia Sur-Oriental que me fue confiado por el Gobierno de mi patria.

Las frecuentes y profundas exploraciones que realicé con tal motivo, me permitieron contemplar en sus fuentes más puras las funciones sociales y políticas de los jívaros. Merced a ellas logré paralizar el conflicto bélico surgido entre las tribus del interior de la provincia y cuyos episodios he tratado de consignar en este libro. Entonces penetré a territorios no conocidos, uno de los cuales es

el que bañan las aguas del bellissimo río Makuma, que lo recorrí en toda su longitud y acerca del cual presento por primera vez en esta obra el gráfico que pretende enunciarlo como madre del Morona.

Es, pues, la contemplación de una parte del sugestivo mundo amazónico la que ha inspirado este libro que refleja la vida y costumbres, los sentimientos y pasiones de la raza jívara, de aquella raza que subsiste dentro de la nacionalidad ecuatoriana como elemento extraño a ésta, sin contribuir a su progreso; rehacia a la cultura que quiere darle la nación de que forma parte.

Pero ya es tiempo de juzgarla de acuerdo con las realidades de su espíritu. Debemos apartarnos de los prejuicios sentados por la tradición y propagados por escritores que nunca se pusieron en contacto con el jívaro, o que no fueron capaces de percibir las excelencias de su alma.

Por esto, el grito de un hombre en favor de una raza que sucumbe en las garras de la barbarie, debería llegar a todos los ámbitos de la tierra y despertar en la conciencia de todos los hombres el deseo de salvarla.

Dentro del efectivo progreso actual, la existencia de grupos humanos absolutamente incultos, es inconcebible.

Todo sér humano es un templo al que se debería llegar cubiertos con el manto de la consideración y del respeto.

Arrancar de la barbarie a las colectividades humanas que viven en ella, y levantarlas hasta la altura del común esfuerzo y del común progreso, es o debe ser el primero de los deberes de un país civilizado.

Para el cómputo de los valores sociales que conforman la heterogénea población ecuatoriana, lo urgente es analizar con exactitud la capacidad de sus componentes, y luego propender con tesón a que cada cual, dentro de la situación geográfica en que se encuentra, reciba la cultura necesaria para contribuir con eficacia al desenvolvimiento nacional.

Por lo demás, aunque el egregio poeta y autorizado americanista José Santos Chocano ha emitido sobre uno de los capítulos de esta novela algunos conceptos que me honran sobremedera, y aunque escritores de la talla de Luis Varela Orbegoso—muy conocido por su pseudónimo real de "Clovis"—y Pío Jaramillo Alvarado la critican en términos suficientes para prestigiarla, he de pedir a mis compatriotas benevolencia para ella.

EL AUTOR.

OPINIONES SOBRE ESTE LIBRO

Málaga: (1)

Encuentro este capítulo UNA FIESTA DE TZANTZAS verdaderamente estupendo. Es de un gran colorido y a la vez de una gran intensidad. Hace trascender la vida salvaje con un verismo lleno de un arte fuerte y magnífico. Con una ligera labor de estilo sería una página de epopeya amazónica que me complacería en versificar yo. Me agradaría mucho conocer al autor y hablar con él. Es un gran artista vernáculo.

(Fdo.) **José Santos Chocano.**

Lima, 5 de Marzo de 1928.

El Sr. Ojeda queda autorizado para publicar donde y cuando guste las anteriores líneas.

(Fdo.) **José Santos Choçano.**

Lima, 28 de Octubre de 1928.

(1) Este autógrafo está dirigido al artista peruano Julio César Málaga, por ser él quien puso en manos del Poeta los originales del capítulo a que se refiere.—N. del A.

Luis Varela Orbegoso

He leído con mucho gusto "Etza", la novela amazónica de Alejandro Ojeda V.

Su lectura me ha interesado; pues he hallado en ella originalidad, felices descripciones de paisajes, expresión de emociones y argumento animado y atrayente.

No me encuentro capacitado para juzgar determinados detalles de la obra, toda vez que no conozco ni la región que le sirve de escenario ni las costumbres de ella. Pero el verismo de sus páginas produce la más convincente impresión.

Tal vez, podrían formularse determinadas observaciones, pero éstas no alteran la substancia de la crítica que es sinceramente favorable.

(Fdo.) **Clovis.**

Pío Jaramillo Aivarado

Lima, Septiembre 6 de 1930.

Sr. Dn.

Alejandro Ojeda V.

Ciudad.

Mi distinguido amigo:

Su novela Original "Etza o el Alma de la Raza Jívara", es, sencillamente, un gran acierto literario. Es, en mi concepto, una de las pocas obras sobre motivos jívaros, que dentro de la realidad del ambiente desarrolla su trama con verdad y con belleza.

Para los que nos es un poco familiar la exploración de las selvas amazónicas, para los que hemos vivido unos días en las casas de los jívaros, y hemos admirado la inteligencia de éstos, y hemos sido testigos de sus costumbres y de sus fiestas, los personajes de "Etza o el Alma de la Raza Jívara" nos resultan tipos conocidos, y sus razonamientos, de una realidad insospechable, sin embargo de lo trascendental de sus conceptos. Jamás olvidaré ciertos comentarios de la sabiduría jívara en las pláticas amigables durante la navegación de los ríos, ni el gesto arrogante de estos hombres orgullosos de su libertad, ni la belleza varonil de sus formas escultóricas.

A los que consideran a los jívaros como seres degradados o imbéciles, ha de parecerles inverosímil

el desarrollo de una novela como la suya, tan rica de episodios; mas, a los que conocemos las características de las jívarías, no sólo admitimos la posibilidad de tales escenas, sino que la pintura de éstas revive en nuestro espíritu esos días singulares en que palpamos el corazón de la montaña.

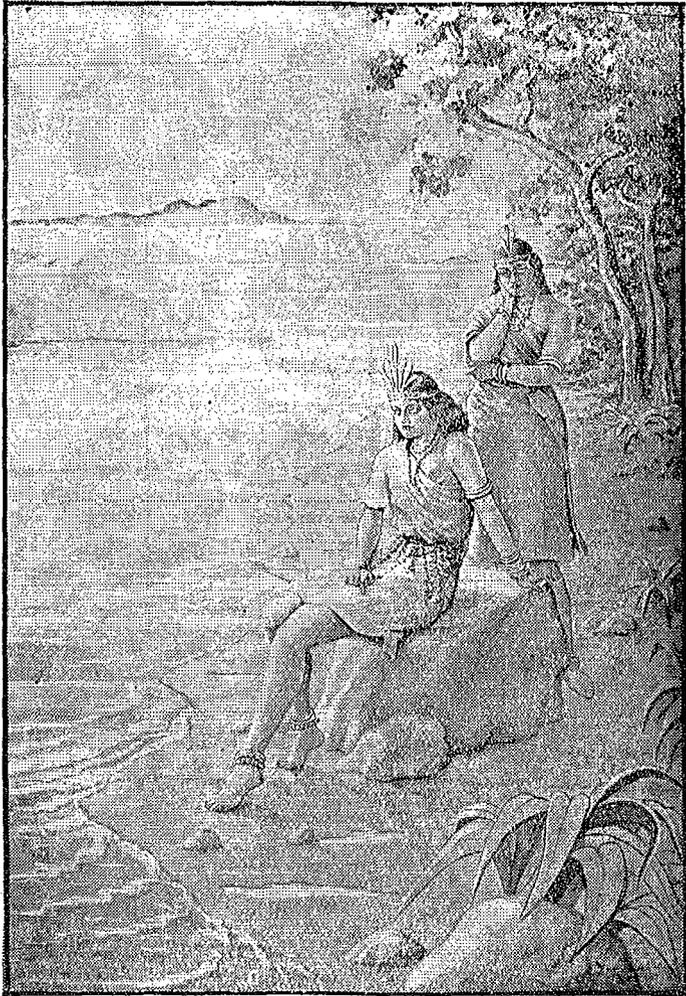
Ha estado Ud. muy feliz, Sr. Ojeda, en la concepción y desarrollo de su novela; pues aún cuando se pudieran anotar ciertos recargos de colorido, y más todavía de personajes y de escenas de excesiva intensidad dramática, como la descrita en aquella lucha cuerpo a cuerpo de los dos jívaros rivales, lucha por sí solo ciclópea, pero en la que aún entran a participar los tigres, y como si no fuera suficiente ésto, sobre el cuerpo yacente del más joven de los combatientes privado de sensibilidad, trepa, se enrosca y asecha una serpiente; aunque pudieran subrayarse recargos de este género, y simplificar un tanto la frondosidad tropical de algunas descripciones, en conjunto, su novela es magnífica, como obra literaria y como obra patriótica, destinada a llamar la atención de la ciudadanía de su patria, sobre la prodigiosa montaña amazónica, asiento de futuras culturas superiores y hoy habitada por los jívaros.

Agradezco a Ud., Sr. Ojeda, por haberme concedido las primicias de la lectura de su obra, y me complace en presentarle, juntamente con mis felicitaciones muy sinceras, la seguridad de mi antiguo afecto personal.

De Ud. muy atento y S. S.

(Fdo.) Pío Jaramillo Alvarado.

ETZA
O
EL ALMA DE RAZA JIVARA



NORIA

S ENTADA sobre una piedra de la playa, prontos los labios para la protesta y fijos los ojos en el horizonte, Noria, la bella hija de Tungui, parecía la esfinge del desierto.

A sus pies el Makuma, (1) ancho y caudaloso río, tiene la serenidad de un lago en cuyas aguas se ha dormido el viento.

En la otra orilla, tras del juncal fecundo, altos cocoteros, cedros y mandriales de asombrosa corpulencia perfilan sus siluetas

(1) MAKUMA: este río de gran caudal y belleza, que no constaba en los mapas del Ecuador editados hasta 1914, fue, por primera vez, explorado en sus cabeceras por el literato nacional don Eudófilo Alvarez; pero sólo el autor de estas páginas, al explorarlo en toda su longitud, en Febrero de 1926, reconoció su importancia y lo enunció como el verdadero alto Morona, en su informe presentado al Ministerio del Ramo en Abril del mismo año, en su calidad de Gobernador de la Provincia Sur de Oriente de la citada República.— N. del A.

soberanas en el fondo de un cielo sin sol y sin estrellas: la tarde muere.

Junto a Noria, su madre, la esbelta Yumi, apoyada la barba en los dedos de la mano derecha y con visible tristeza en el semblante, esperaba de su hija una respuesta que tardaba en darla.

Pero Yumi era madre: amaba a Noria, conocía algún secreto de su corazón, y, aunque llena de angustia, prefería soportar el fastidio de la espera, antes que forzar las puertas de una voluntad, la de su hija, que se había refugiado en la protesta del silencio.

Sin embargo, Tungui, el poderoso jefe de las tribus del Morona, que asentó su fortaleza en las riberas del Makuma y de quien es ella la favorita entre todas sus mujeres, (1) le ha ordenado preguntar a Noria si querría darse a Cugusha, jefe de los yaupes, quien pedía su mano en señal de alianza. Qué hacer, pues? Con voz débil, tierna, como una caricia, preguntó:

—Qué debo responder a Tungui?

Noria no contestó. Dominada por un agotamiento de reflexión o aprisionada por una idea que no quería discutir o no acer-

(1) La importancia de un jefe jívaro está en relación con el número de mujeres que posee.

taba a resolver, ausente de sí, volaba en alas de su fantasía, huyendo del horror de la tormenta

—Me oyes?—insistió su madre.

Ante estas palabras, pronunciadas con voz dulce pero firme, la joven, por un evidente esfuerzo de voluntad, volvió el rostro, miró sin mirar a Yumi, luego, hundiéndose de nuevo en el estupor del que a duras penas había salido por un instante, lentamente, maquinalmente movió la cabeza en actitud negativa.

—Advierte, hija, que de tu respuesta están pendientes tu vida y la mía. Cuando tu padre me ordenó preguntarte si te darías a Cugusha, bien se comprende que no hizo otra cosa sino manifestar por anticipado su asentimiento. Por otra parte, Cugusha me odia: nunca ha podido olvidar que soy la hija de Tendetza, el célebre guerrero que mató a su padre y aniquiló sus tribus; sin embargo: “Sólo mi amor a Noria pudo decidirme a buscar tu alianza” ha dicho a tu padre. Piensa, pues, que tu negativa será la guerra, guerra implacable, guerra a muerte. Y aunque Tungui es valeroso hasta la temeridad, aunque sus hombres, en número incontable pueblan el suelo del alto y bajo Morona, Cugusha es brujo y también sus

hombres vigilan gran parte de las orillas del Unda-Upano. (1)

—¡Nada podrá Cugusha contra Tungui!— repuso Noria, levantando vivamente la cabeza.—A Tungui, el sucesor del insuperable Mashu, (2) a Tungui, el formidable jefe de los Moronas, ¿quién pudo vencerle en las batallas? Tú le has visto pasar por los campos enemigos, terrible, como la tormenta, devastador, como el huracán. Shacayme, Tungura y Cashpa cayeron como grandes *chicahuinas*(3) al rudo golpe de su brazo, y sus cabezas sangrantes, clavadas en la punta de su lanza victoriosa, con gran admiración y espanto fueron contempladas por los guerreros del Unda-entza. (4)

—En la guerra, Tungui es invencible, cierto; pero acaso cede a una necesidad al aceptar como aliado suyo al ya célebre Cugusha, cuyas tribus aumentarían el poder de los makumas y cuya fama de hechicero le ha vuelto peligroso. Por tanto, si tu padre

(1) Unda-Upano es el río conocido con el nombre de Santiago.

(2) Mashu: famoso jefe jívaro de las tribus del Morona, que se distinguió por su valor y talento y por su implacable odiosidad a los hombres blancos.

(3) Chichahuina: árbol de gran corpulencia y perfume, del que extraen el incienso.

(4) Unda-entza: literalmente quiere decir gran río, nombre con que los jívaros señalan el Amazonas.

tiene el propósito de concederle tu mano, a la espera paciente sucederá la cólera, y entonces . . . ¿no conoces a Tungui, Noria mía?

—Tungui, que me quiere tanto, quiere también a Etza. Si sabo que Noria, su querida Noria, antes que darse a Cugusha prefiera la muerte, será capaz de mantener su propósito?

Un grito de mujer, prolongado y agudo, cortó la respuesta.

—Ay! Tungui nos llama!
—exclamó Yumi, desazonada. —Qué voy a responderle ahora?

—No temas, vámonos!
—contestó la virgen levantándose y dirigiéndose por el sendero que conduce a la fortaleza.

Yumi, como arrastrada, seguía el fácil y resuelto paso de su hija, pero su corazón latía con violencia. Temía el enojo de Tungui y



pensaba en la ira del jefe de los yaupes al conocer la negativa de Noria. Desalentada, rota la voluntad, casi extinguida la luz de su conciencia, ella, detrás de su hija, trepaba el forzado sendero que conduce a la fortaleza, sintiendo que el cuerpo se le empapaba al ser azotado por las ramas que el rocío de la tarde había humedecido.

En pocos instantes dominaron la cuesta. Entran ahora en una avenida formada por dos hileras de grandes y vetustos plátanos, tras de los cuales se ve, como entre penumbra, un extenso cultivo de yuca, prometedor de magníficos frutos.

Al comenzar el ascenso del peñón que corona la fortaleza, Yumi se detuvo, y tomando la mano de su hija, y estrechándola a su seno de modo cariñoso, "dime, le dijo, dime lo que debo responder a Tungui."

—No quiero que recaiga en tu persona el peso de mi respuesta: se la daré yo misma.

Y continuó la marcha casi rechazando a Yumi, en quien el sentimiento maternal se hallaba exaltado ante el peligro que amenazaba a su hija.

Un momento después, Noria ocupó la puerta de la fortaleza, en la que se detuvo erguida, mirando con firmeza la cara de Cugusha.

Su padre, como tenía por costumbre, la miró sonriente; pero a su lado Cugusha, alto, delgado, con músculos y voluntad de acero, la observaba atónito, sin acertar a comprender la actitud de Noria, que nunca le pareció tan bella como entonces.

Veíala a través de los primeros reflejos de la luna que surgía del horizonte, ansiosa, al parecer, de presenciar la escena que se desarrollaba en la morada del Señor del Makuma. Luego, al claror de esa luna que se agrandaba, que se inflamaba de luz a cada instante, el jefe de los yaupes contemplaba la soberbia escultura de Noria entre un nimbo luminoso que perfilaba su silueta soberana.

Por fin, habló Tungui:

—Dónde ha quedado Yumi?

—Yumi está aquí, pero es inútil que esperes de ella la respuesta que yo no he querido dar.

—Es decir

—Que Noria, tu querida Noria desea saber si la quieres viva o muerta, porque Noria, la hija del vencedor de Cashpa, de Tungura y de Shacayme, Noria, la hija del temible sucesor de Mashu, no puede, no quiere darse al jefe de los yaupes.

—Tza, tza! (no, no!)

Tal es la frase conque Cugusha expresó su asombro. Luego, clavó sus pupilas en los ojos de Tungui como interrogándole lo que se proponía hacer para castigar tan grave insolencia; pero Cugusha se equivocó: una sonrisa de franca satisfacción iluminó la faz del padre de Noria, quien, a su turno, miró la cara del brujo, que se hallaba paralizado ante este nuevo motivo de asombro.

—De modo que una hija es el todo en casa del famoso Tungui?—interrogó Cugusha.

—No; pero una hija como Noria es el reflejo del alma de su padre.

—Entonces cuenta las lunas que faltan para volver a verme, porque Cugusha será el señor y dueño de tu hija Noria,—dijo, poniéndose de pie.

—Jamás!—replicó ella.

—Lo has oído, Cugusha? Está dicho. En casa de Tungui, lo que Noria dice es como si lo dijera su padre.

Como herido por la mordedura de una víbora, el jefe de los yaupes lanzó una maldición en forma de rugido, y de un salto, sin tocar a la joven, salvó la puerta y desapareció en la espesura del follaje plateado por la luna y estremecido por el viento....

ETZA (1)



ENTRE los súbditos que escoltaban la fortaleza de Tungui a tiempo que éste recibía la visita del jefe de los yaupes, había un magnífico mancebo que se llamaba Etza.

Hallábase detrás del padre de Noria, erguido, como príncipe, y apoyada en el suelo su larga lanza de pesada chonta. Sólo un itipe (2) cubría su cuerpo desde la cintura hasta la mitad del muslo.

Al frente, arrimados de espalda a la pared, quince hombres permanecen con los ojos fijos en su soberano, listos a cumplir sus ór-

(1) Etza: en idioma jívaro quiere decir sol.

(2) Itipe: especie de taparrabo corto que usan los varones. Es una tela de algodón casi siempre tejida por ellos mismos.



denes en cualquier momento. No parpadean, no respiran, nada altera su quietud de seres aparentemente inanimados. Por el color y dureza de su piel, por el relieve de sus músculos, por su severidad y gallardía, parecen bronceadas estatuas de aquel Partenón agresivo, perdido en el misterio de la selva.

Pero nada es comparable a Etza. Etza es belleza, juventud y fuerza. En él reside la raza jivara. Es la genuina expresión de su espíritu profundamente indómito y libre. Arde en sus ojos el pensamiento. La energía de sus líneas, su frente despejada y serena, su vigor y frescura y la extraordinaria esbeltez de su persona, hacen, del favorito de Tungui, un animado Apolo de Belvedere.

Cuando Cugusha abandonó la fortaleza del señor del Makuma, éste, después de unos instantes de silencio, que nadie osó interrumpir, volvió la cabeza para mirar a Etza, a quien pensaba dar una orden; mas, con gran sorpresa suya, hubo de ver que el joven guerrero de su mayor confianza había desaparecido de aquel sitio.

—En dónde estás, hijo?—preguntó, fijando sus ojos en el lugar vacío; pero, en medio de la extrañeza de las gentes que allí había, la pregunta quedó sin respuesta.

—¿Qué ha sido de Etza? A dónde se ha ido?

Un rumor, que pronto se convirtió en algazara, sucedió al silencio de antes. Hombres, mujeres y niños, mucha gente moviase de uno a otro lado inquiriendo, comentando, discutiendo apasionadamente, según el modo de pensar de cada uno, lo que pudo ocurrir al hermoso mancebo por quien ellos sentían la más honda simpatía.

Los hombres que hacían la guardia afirmaban haberle visto en su puesto hasta la salida de Cugusha. Todos estaban convencidos de ello; mas ninguno podía precisar el momento en que había desaparecido. Pronto, pues, la imaginación ofuscó los criterios y dio lugar a las más aventuradas conjeturas.

Un muchacho gritó: “Etza no está aquí porque Cugusha le ha embrujado!”

—He, he! (eso, eso!)

—Ya, ya! (sí, sí!)

—Cugusha, Cugusha, ya!

—Brujo Cugusha yayá! (Cugusha el brujo, sí sí).

Y todos en coro:

—Pero ellos—los makumas—le sacarán los ojos, y se los tragarán!

Le arrancarán la lengua, y se la comerán!

Y urgándole las entrañas con sus cuchillos de piedra, le desgarrarán el corazón, y se comerán su carne, y se beberán su sangre, y harán tzantza (1) su cabeza.

Después irán hasta su fortaleza, y le arrebatarán sus mujeres, y degollarán a sus hijos, y exterminarán sus tribus. Y cuando por todas partes sólo se vea desolación y muerte, de sus lares traerán los trofeos y las armas como botín del triunfo. Y la cabeza de Cugusha y las de sus mejores tenientes, vendrán clavadas en la punta de sus lanzas vengadoras!

Aquello fue un delirio.

Numerosos hachones de copal, (2) cuyas llamas chisporroteaban rumorosas, movíanse dentro y fuera de la casa, llevadas por manos de gentes que no podían estar quietas. Las mujeres ofrecían a los hombres fermentado nijamanche (3) en pequeñas y artísticas piningas. (4)

(1) Tzantza, cabeza humana reducida por procedimientos que se describen en otra parte de este libro.

(2) Copal: pequeño arbolillo que produce una resina inflamable que sirve también para barnices.

(3) Nijamanche: bebida que las mujeres y niños jívaros preparan masticando la yuca para provocar el fermento.

(4) Pininga: vaso de barro cocido, de forma cónica y boca muy abierta.

Alguien insinuó que las palabras del brujo: "Entonces cuenta las lunas que faltan para volver a verme" produjeron el maleficio fatal, y esa opinión pareció a todos exacta. Gritaban las mujeres, aullaban los perros, los niños llamaban a Etza llorando, y los hombres, después de buscarle inútilmente en el río y en el bosque, regresaban más iracundos lanzando maldiciones y expresando rudamente su dolor y su coraje.

Tungui permanecía en su puesto, silencioso y pensativo. Acostumbraba dar a Etza el título de hijo, no porque fuese su padre sino en mérito del gran cariño que por él sentía.

Recordaba el día—tres años antes—que le vió llegar sudoroso, extenuado de fatiga y trayéndole presentes entre los que había uñas y colmillos de tigres matados por su mano, y muchos huesos de tayo (1) por él disputados a panteras y serpientes, en el fondo de las cuevas tenebrosas y profundas que les sirven de refugio.

Para ponerse a su servicio vino de las orillas del Huasaga, en donde vive su padre,

× (1) Tayo: nombre de un pájaro nocturno, de cuyas alas extraen dos finos y rectos canutillos de hueso con los que forman sus tayucunchis. Tales pájaros se refugian en cavernas habitadas por fieras y serpientes. Cazarlos es hazaña que ha costado muchas vidas; por esto, los huesos de sus alas son muy estimados.

que tan horribidas batidas sabe dar a los záparos, de quienes ha sido siempre su enemigo implacable. Y en esas frecuentes ofensivas y defensivas, en las que grandes familias y, a veces, tribus enteras resultaron absolutamente exterminadas, ¡qué papel tan admirable habían jugado el indomable valor y la formidable lanza de Etza!

Y ese guerrero joven y valiente, que desde los primeros días de su adolescencia fue el terror de los záparos; que, como teniente de su padre, desoló casi todo el territorio comprendido entre los ríos Pastaza y Tigre, y en las filas de Tungui, impresionó por su temeridad y arrojo en los asaltos a las fortalezas de Tungura y Cashpa, cerca de Noria, era dócil, como un niño, tierno, como la paloma. El milagro se debía a Noria, la más querida de sus hijas, porque, aunque Etza nunca se declaró al respecto, la amaba. Eso lo tenía entendido desde antes, sin embargo, no se incomodó por ello en atención a que el mancebo era valiente, hermoso, grato.

Entre tanto el nijamanche producía sus efectos en los otros.

Habitaban la fortaleza de Tungui siete hijos varones y nueve yernos suyos, de los que sacaba los hombres de confianza para su guarda y para el despacho de sus men-

sajes. Estos tenían consigo sus mujeres e hijos, que eran numerosos. Además, Tungui conservaba a su lado sus once mujeres, casi todas traídas de lejanas tierras como trofeos de sus victorias. Eran personas distinguidas, pero Yumi, la hija de Tendetza y madre de Noria, era para sus ojos y su corazón un ensueño realizado. Considerábala como la más preciosa dádiva que pudo ofrecerle el paraíso en que vivía.

Yumi no era de las mujeres obtenidas al azar de las batallas, no: era una princesa del Morona. Tendetza la guardaba como hija suya en su fortaleza de las triberas del Shayme. Allí la conoció muy joven, casi niña, y la amó con pasión, con locura, y la obtuvo en matrimonio después de algunos viajes, de muchas dádivas, de grandes y señalados servicios políticos prestados a Tendetza. Desde entonces la distingue y quiere siempre porque Yumi en nada se parece a las otras mujeres de la selva.

Abstraído en tales recuerdos, que consolaban su tristeza por la desaparición del más querido y joven de sus tenientes, Tungui alzó los ojos y miró por la ancha puerta un horizonte pleno de luz de luna, caprichosamente entrecortado por altas copas de árboles corpulentos y frondosos.

Pero en su casa todo estaba revuelto. Un grupo se ocupaba en concertar el plan que debería adoptarse para destruir de un solo golpe a Cugusha. Otro calculaba el tiempo indispensable para organizar las huestes que deberían atacarlo, anticipándose a toda previsión de parte de aquel jefe. Pero eso demandaba tiempo; por lo mismo debía apresurarse el envío de mensajes a los isuchamas y macuyas, a los tangasamas y pushingas, a los pumayacus y apiangas, a los miazas y los shaymes, a los cangaymes y cusuymis, pero, sobre todo, a Jimbikiti y Kanuza, quienes vendrían seguidos de los pajanacas y shimbimis, de los yukaipes y chiguazas, de los yukiazas y paloras. Además, urgía concertar alianzas, pero todo de prisa, antes de que la acción de Cugusha les restase contingentes.

No faltó quienes conjeturasen las medidas que habrá de tomar el desairado pretendiente de Noria. Según ellos, Cugusha llamará a los yaupes, chapizas y huambizas, a los yamangazas, mayaricos y usupocas, a los cocoazas, yanquiras y tudentzas, a los chániras y achuares, a los indicaymes, marembymes y mangosizas, a los tutanangozas y los pautes, a los namangozas y logroños. Además tratará de conseguir el concurso de los zamoras y los macas, aunque nada po-

drá con estos últimos, por ser aliados de Püeaza, gran amigo de los makumas. Por lo demás, Cugusha enviará emisarios a las lejanas riberas del Chinchipe, pero esos volverán seguidos apenas de los tonganas, esto, siempre que no se oponga Sanchilema, jefe de los bomboizas, que detesta a Cugusha.

Tungui escuchaba estas cosas y las confirmaba o rechazaba con breves movimientos de cabeza, según le parecían razonables o impropias. De todos modos, las conjeturas y planes de sus hijos y yernos acabaron por entusiasmarle. Antes se negó a tomar nijamanche; ahora lo pide, y acepta de preferencia el que le ofrece Yumi, la mujer querida con quien suele acompañarse para sus cacerías y expediciones guerreras.

En este momento Noria, que también había ingerido una buena porción del sabroso licor con que su madre obsequiaba a Tungui, seguida de otras muchachas acercóse a ella, y, tocándola ligeramente sobre el hombro:

—¿Recuerdas Yumi—le dijo. Aún era yo niña, y era de noche, como ahora, cuando tú, las otras mujeres e hijas de mi padre y yo, que habíamos quedado solas en casa durante largos días, oímos de repente, al otro lado del río, algo como el rugido de muchas

fieras irritadas que venían hacia nosotras? ¡Qué pavor el nuestro al pensar que fuese Shacayme, el feroz enemigo de los makumas, que avanzaba con sus huestes a sorprendernos! Temblaba la montaña como nuestros corazones! Nadie se atrevía a moverse para mirar lo que fuera! Paralizada de espanto, veía yo la palidez de tu semblante y el terror, la lividez mortal de las otras mujeres: ya moríamos de miedo cuando Etza, el pequeño Etza, que a nadie interesaba entonces, y que anticipándose a todos había cruzado a nado el río, “¡Viene Shacayme!—gritó—pero viene en la punta de la lanza del glorioso Tungui!!

—El inesperado grito, produjo la impresión de un cuchillo que se hunde en las entrañas. Ninguna celebró la broma. Yo misma le miraba con enojo hasta que luego, cuando ya se puso entre nosotras, lo que buscaron sus ojos, lo primero que buscaron fue a Noria, esta Noria a quien tú amas y Tungui quiere. Al verme, acercóse y puso en mis manos el valioso trofeo conquistado por él en su primera batalla.

—Eta, éta! (sí, sí!)

—Eta ya, éta ya! (así fue, así fue!)

Entre exclamaciones de este género, proferidas por algunas mujeres, casi todas las gentes que se hallaban en la fortaleza ple-

garon a la joven, atraídas por el recuerdo de aquella memorable historia.

— Sigue, sigue Noria — ordenó Tungui, entusiasmado.

— Consistía el trofeo en un grande y hermoso *tayucunchi*, (1) un cuchillo y un espejo. Estas cosas venían dentro de una bolsa de piel de pantera. ¡Era tan lindo todo! Mas cómo pensar que fuese para mí ese tesoro? Tú misma te hallabas indecisa al ver la alarma con que las otras mujeres expresaban sus envidias por la dádiva. Pero él, comprendiendo mis vacilaciones, irguióse en mi presencia con su lanza en la mano, como si fuese ya un guerrero, y dijo: “Yo, Etza, a Noria.”

(1) *Tayucunchi*: pieza de lujo con que los jívaros jóvenes se cubren las espaldas para concurrir a las fiestas públicas y privadas. Cada joven soltero que aspira a que se le conceda la categoría de guerrero, que le autorizaría para pedir mujeres en matrimonio, tiene obligación de fabricar su *tayucunchi*, sin el cual no puede ser oficialmente aceptado en ninguna fiesta ni acto político. El *tayucunchi* lo hacen de los finos y rectos huesos, en forma de canutillos de diez o doce centímetros de largo, extraídos de las alas del tayo. Lo fabrican ensartando tales huesos en delgados y fuertes hilos de chambira que los colocan en filas horizontales. La última fila la rematan con copetes de tumbumbes y con brillantes alas de moscas verdes. Para hacer un *tayucunchi* se necesita al rededor de cuatrocientos huesos, es decir, tienen que cazar doscientos tayos, y esa cacería, como se ha dicho, es en extremo peligrosa. Es obligatorio que cada mozo ha de formar su *tayucunchi* con el fruto de sus propias cacerías.

Míos eran, pues, esos objetos. Alegre, orgullosa estaba yo con ellos cuando, tomándome del brazo llevóme hacia el borde del barranco desde donde ah! Tungui volvía vencedor, y nunca me pareció más grande ni el Makuma tan hermoso!

Después

—Cuéntalo todo—rogó de nuevo Tungui.

—Etza no era un habitante del Cangayme, del Makuma ni del Miaza, (1) porque nació y creció en las orillas del Huasaga; (2) pero en cuanto tú, glorioso Tungui, armabas alguna expedición de guerra, Etza, cuando niño y cuando joven, siempre estuvo oportuno a formar en tus filas y obedecer tus órdenes.

“Y cuentan que fue valiente, muy valiente.

“Que sus flechas, siempre certeras, dieron al blanco.

“Que su lanza en los combates parecía el zig-zag de los relámpagos.

“Que su agilidad era admirable para atacar y defenderse, para trepar a los árboles

(1) Cangayme, Makuma y Miaza: estos son los tres ríos principales que forman el sistema superior del Morona, siendo el Makuma el mayor de todos ellos.

(2) Huasaga: importante tributario del Pastaza. Entra a este río en la mitad de su curso medio.

o desaparecer bajo el follaje como la serpiente.

“Nadie llevó un mensaje tan rápido como él. Nadie, como él, se atrevió con los ríos desbordados por la creciente, ni resistió el insomnio y la fatiga tan sereno como él.

“Una vez luchó con un oso cuerpo a cuerpo. Varias veces el jaguar y el yacupuma quedaron tendidos a sus plantas; y ora las fieras, ora los enemigos de tu grandeza, oh, Tungui, todos cayeron al golpe de su lanza o de sus flechas.

“Pero un día, ¿lo recuerdas, Tungui? un día fue preciso estar a tu lado en la batalla, por obedecer tu voluntad que así lo quiso. Tratábase de Cashpa, el formidable jefe de los pautes, que causó pavor en las orillas del Upano y cuyo solo nombre hacía estremecer a los guerreros.

“¡Cashpa!

“Quién podía oponerse a Cashpa? Tungui!, sólo Tungui, cuyo corazón jamás tembló de miedo; Tungui, que es fuerza, temeridad, victoria, sólo él podía oponerse y se opuso a Cashpa.

“Iniciada la guerra, Cashpa juzgó imposible tu presencia en su propia casa, pero tu gran corazón tuvo el capricho, tuvo la

temeridad de penetrar a ella en pleno día. Llena de asombro te vi caer sobre su fortaleza y arrasarlo todo como los aquilones que vienen del gran río y descuajan con estrépito la selva.

“El golpe fue tremendo. Cashpa estaba vencido!

“Ya su cabeza, horriblemente desgarrada, colgaba de la punta de tu lanza, oh, Tungui. Ya vi los resplandores de tu gran victoria y sentí el orgullo de ser tu hija, cuando, como tigre que asecha detrás del matorral y salta sobre la presa, y, para devorarla a gusto, se la lleva a su cubil, así uno de tus adversarios, de cara horrible como
X el choro, (1) apoderóse de mí, y ¡ay de mí! si Etza, que no me había perdido de vista, no se hubiese apresurado a defenderme!

“En sintiéndole mi raptor, arrojóme al suelo y aprestóse a la lucha que fue larga,
✓ como que aquel hombre resultó ser Yumara, el bravo y decidido jefe de los tonganas.

“Eterno parecióme ese encuentro, ese choque de dos fuerzas que se atacaban y resistían con igual coraje. Pronto sus lanzas quedaron en pedazos, por lo cual, arrojaron

(1) Choro: mono de gran tamaño y hercúlea fuerza.

con éllas sus escudos y reanudaron la lucha cuerpo a cuerpo.

“Un momento ví a Etza subyugado por su adversario. Sentí angustia. Quise ayudarle. Cuando llegué, Yumara estaba debajo, apretada su garganta por la férrea mano de Etza, que no aflojó la presa sino cuando, después de horribles ronquidos y estertores, quedó bajo sus plantas un cadáver.

“Iracundo, arrancóle del tronco la cabeza, y ensartándola en su rota lanza púsola en mis manos, para que fuese yo quien te la presentase, oh, Tungui.

—Eta ya, eta ya. (Así fue, así fue).

—Tungui nacarusma Cashpa, Etza Yumara Nacarusma! (como Tungui a Cashpa, Etza mató a Yumara).

—Eta ya, eta ya.

Así confirmaban los hechos las gentes que la escuchaban.

Mientras tanto el nijamanche, que en numerosas vasijas estaba a sus pies, fue por todos brevemente consumido en ese instante. El recuerdo de aquella hazaña incomparable; de los heroísmos consumados en esos días de combate, de grandeza, de gloria, en que cada uno de los hombres y mozos allí presentes había jugado su papel, ese recuerdo, evoca-

do por Noria en este momento, henchía de placer sus corazones y les devolvía un pasado que debe vivir eternamente en la memoria de las gentes del gran río.

En las pupilas de Tungui ardía un sentimiento de simpatía, de amor, de un gran amor a Noria, al oírla referir tan apasionadamente los hechos de Etza y los de él, de Tungui, que en boca de ella adquirían colores y relieves por él desconocidos hasta entonces.

—Noria Etza

Tungui pronunció estas palabras ledamente, cariñosamente, como impelido por una fuerza interior que afirmaba su voluntad de unir esas dos almas jóvenes y bellas que se amaban, que debían amarse eternamente.

Noria continuó:

—Mas ya lo ves: el mejor amigo y hermano de los makumas; el guerrero joven y valiente, que ha sido tu orgullo y el de tus soldados, porque siempre supo luchar y vencer al lado tuyo; Etza, que me salvó la vida y que nos ha querido tanto, no está aquí, porque Cugusha

—Ya ya. (Sí sí).

—Cugusha, yayá Cugusha.

—Brujo Cugusha yayá!

Tungui, violentamente sacudido por sus nervios, púsose de pie. Los otros, empuñando sus lanzas, agarrando sus arcos y sus flechas lanzáronse a la selva en todas direcciones, en momentos que los primeros rayos de sol doraban las cumbres de los montes y el canto de las aves ensalzaba la bondad del nuevo día.

EL JURAMENTO

SOLO después de cinco días pudo Cugusha llegar a la parte superior del Yaupe. Ebrio venía. Su corazón ardía en sentimientos de rencor y de venganza.

Aprovechándose de la primera piragua que hubo a mano, y exaltada su mente por un turbión de ideas, comenzó a descender sobre las transparentes aguas de aquel río, para llegar, como llegó, después de pocas horas a su fortaleza.

La belleza personal de Noria, su carácter impetuoso y audaz, su aspecto sugestivamente huraño y el poder y prestigio político de su padre, a quien se daba fama de invencible, habíale decidido a pedirla en matrimonio, pensando que tal enlace aumentaría sus fuerzas al sumar a las suyas las grandes y agueridas tribus del temible Tunguí.

Y considerándose ya dueño y señor de Noria, imaginábase convertido en el Generalísimo de un gran ejército, con el que ha-

ría guerra a Tendetza, odioso jefe de los shaymes, que con Zandu y Tigüiruma, jefes de los cusuymis y los cashpas, sorprendieron y mataron a su padre y desolaron sus tribus.

A ésto se opondrían Yumi y la propia Noria, claro; pero qué podrían ellas cuando él tuviese en su mano las riendas de tan poderosas huestes?

Después, llevaría sus guerreros victoriosos a las márgenes del Zamora, en donde se tomaría cumplida venganza de los ultrajes irrogados por Sanchilema, jefe de los bomboizas, quien le llamó un día para que curase a una de sus mujeres que no pudo curarla y se le murió en sus brazos, porque otro hechicero había empleado contra ella maleficios que no le fue posible reconocer y combatir eficazmente.

Murió la mujer, cierto; pero Sanchilema, ¡cómo abusó de la desfavorable situación en que él—Cugusha—se encontraba entonces!

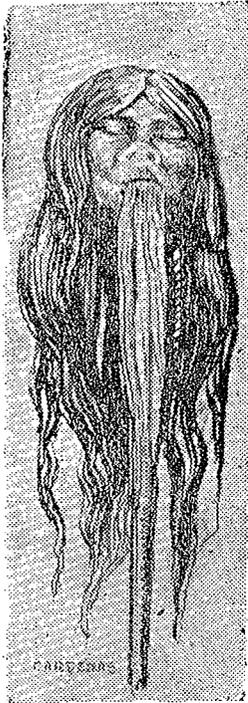
Recordaba la manera como fue insultado, escarnecido y expuesto a la burla de todos, hasta de las mujeres y muchachos de aquella mansión odiosa. Luego se le arrojó al camino como si fuese un perro! Ah! eso debía vengar y lo vengaría tan pronto como realizara su enlace con la hija de Tungui. Entonces será Sanchilema quien soporte las

humillaciones y desprecios que sabrán imponerle los makumas y los yaupes. Pero él, Cugusha, después de causar espanto a los bomboizas, con el volumen de su ejército y la bravura de su lanza, con propias manos arrastrará por el pantano el grueso y pesado cuerpo de Sanchilema, y sujetándole con su pata le cortará la cabeza, de la que hará tzantza, que celebrará con una fiesta sin parecido en la vida de la selva.

Inspirado en tales anhelos había pedido en matrimonio a Noria; mas, ¡oh, desengaño! el fracaso de su pretensión acaba de matar sus ilusiones, y sólo le deja la obligación de llevar sus huestes al Makuma, para vengar la ofensa inferida por aquel soberano a quien señaló el día de su cólera con estas palabras: “Entonces cuenta las lunas que faltan para volver a verme.”

Absorbido por tales pensamientos y ya bien entrada la noche, llegó a su casa, que se hallaba iluminada por un solo mechón de copal, y ebrio, tambaleante, avergonzado de su situación e irritado por ella, paróse en la puerta, y comenzó por hacer extraños gestos a modo de exorcismos, acompañados de voces rudas y fatigantes, con las que pretendía llamar en su ayuda a los genios infernales, para que derramasen todo género de daños sobre los makumas y su envanecido jefe.

Las gentes que había dentro, contemplaban absortas el sórdido espectáculo. Veinte soles antes le habían visto marcharse al Makuma en demanda de la mano de Noria, prometiéndose volver convertido en Señor de nuevas tribus, y ahora escuchan de sus labios atroces vituperios para ella, al propio tiempo que infamaba a su padre. Todos, pues, hallábanse dominados por un fuerte sentimiento de inquietud que les impedía moverse.



Por fin, entró, y agitando en alto su lanza echóse a girar en torno de la columna central del edificio, rugiendo estas palabras:

“¡Noria!

“¡Tungui!

“¡Sangre!

“¡Muerte!

“¡Tzantza!

“¡Tungui, tzantza!

“¡Tzantza, tzantza!

Luego, deteniéndose y señalando con su lanza un punto de la columna:

“De aquí, de este pilar de mi fortaleza colgaré un

día su cabeza sangrante; y la haré tzantza, y la guardaré durante treinta lunas (1) para preparar la fiesta.

“Jamás el sueño vuelva a cerrar mis párpados mientras Tungui y sus huestes no sean aniquilados por mi lanza sedienta de su sangre.

“En la sombra de las noches que deben suceder a esta noche de ira, vea yo desfilar sus siluetas pavorosas como fantasmas lanzados al abismo por el ímpetu de mi cólera.

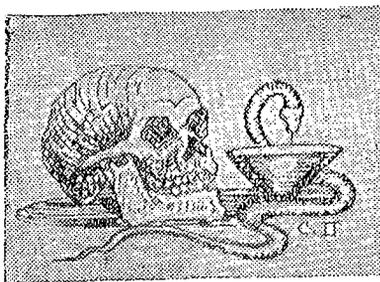
“Huya de mis hijos la altivez; entre a sus corazones el miedo, debilítese su brazo y sean cobardes hasta el desprecio, si yo, al volver de cinco lunas, no colgara de este palo la cabeza de Tungui y las de sus mejores tenientes.

“Ninguna carne de ave, de animal o de pescado llegue a mi boca. Devóreme el hambre, mientras no pudiere yo vengarme del ultraje inferido por Noria y su padre, mientras sus mujeres y sus hijas no sean las esclavas de mi casa.

“Ardan mis entrañas, abráseme la sed, y nunca mis labios toquen las aguas de los lagos y los ríos.

(1) Treinta lunas: quiere decir treinta meses. Los jívaros suelen contar los días por soles, los meses por lunas y los años por el renuevo de la corteza de los árboles.

“Mi cuerpo, todo mi cuerpo lo pintaré de víboras y serpientes que atestigüen la solemne promesa de vengarme que hago esta noche, a presencia de Iwanchi (1) que me escucha, del yaupe-entza (2) que dilata en el espacio infinito el sordo trueno de mi cólera, y de las sombras de mis antepasados, que vagan invisibles por la playa solitaria.



“Si no cumpliere yo mi juramento, abra Iwanchi sus negras alas sobre mi cabeza, haga sombra a mis ojos y llene mi corazón de pavor y espanto. Como la hoja que arre-

bata el viento, rueda por el fango mi cuerpo, y aplástenlo con sus patas los mozos que no tienen *tayucunchi*, las mujeres que faltaron a la fe de sus maridos, los animales inmundos y los escarabajos despreciables.

“Y déense mis mujeres a los hombres que las quieran; déense a los valientes, déense a los cobardes a presencia mía: véanlo mis ojos y tiemble cobarde este mi brazo que debería cartigarlos. Sea yo el escarnio de

(1) Iwanchi: divinidad maligna.

(2) Yaupe-entza: río Yaupe.

las gentes, e inspire desprecio y asco al hijo de la montaña y al extranjero que me mire.”

Sintió fuego en las entrañas, tuvo sed y pidió nijamanche.

Presurosas acudieron sus cuatro mujeres llevándole sendas piningas rebosantes de licor blanco y sabroso como leche. Iba a tomarlo, pero pensó que su juramento había incluido el nijamanche, y lo rechazó.

Algo como la desesperación invadió, entonces, el alma de las gentes. Gemían las mujeres, mesándose los cabellos, arañándose el pecho, mordiéndose los dedos y echándose tierra al rostro. Los hombres bufaban adentro como toros encorralados; chillaban los muchachos, los perros aullaban angustiada y lúgubrementé.

—Por qué, dijo Zoña—la favorita de Cugusha, que en su exceso de pesar había regado el nijamanche—por qué el jefe de los yaupes, a quien hasta los genios invisibles obedecen; el fuerte y astuto guerrero, que sabe luchar y vencer, y hacer tzantzas las cabezas de sus enemigos en cuyos corazones puso espanto; por qué el gran hechicero de la selva, que sabe dar la vida a los enfermos, soplar pestes y males sobre quienes aborrece, y evocar y mandar a los fantasmas de la noche, por qué Cugusha ha de privarse

de beber nijamanche? Qué tomaría, pues? Con qué se alimentaría? Quién llevaría las huestes del Upano a las orillas del Makuma, para dar a Tungui y sus mórónas el castigo que sólo Cugusha es capaz de darles?

Al escucharla, un sentimiento de gratitud iluminó las pupilas del jefe de los yaupes. "Zoña dice verdad, y lo dice hermosamente —pensó. Ella tiene razón. Si yo me abstuviera de beber nijamanche, qué tomaría pues? De qué medio podría servirme para nutrir mi cuerpo y mantener mis energías? Si he jurado no beber agua ni comer carne de ninguna especie, con qué otra cosa que no fuese nijamanche podría vivir hasta vengarme de Tungui?"

Tomó la pininga de Zoña y apuró su licor, como apuró el que le trajeran sus otras mujeres. Luego, sintiéndose saciado, y tentándose el vientre, que se le había elevado mucho, llamó a Tikara — uno de sus yernos — y nuevamente comenzó a danzar en torno de la columna, a la que hería con su lanza, al impulso de su ira que aumentaba gradualmente por la acción del nijamanche.

Armado de lanza y tándara (1) Tikara apareció al instante. Tras él enseñaron la

X (1) Tándara: escudo. Los jívaros fabrican este instrumento de una sola pieza, sirviéndose de maderas muy resistentes y livianas.

cabeza algunos muchachos que no podían atreverse a pasar la línea que divide la pieza de recibo de los departamentos interiores, en cada uno de los cuales se ve una peaka (cama), delante de la cual está el hogar, en el que las mujeres cuecen los alimentos y del que se sirven durante la noche para calentarse los pies.

—Arde en ira mi corazón, y el fuego de mis entrañas ha de incendiar la selva,—dijo Cugusha a su yerno, a tiempo que tomaba para sentarse el pequeño recorte de tronco de árbol que siempre le servía de silla.

—Qué pasa?

—Las tribus del Upano-entza han sido insultadas en la persona del jefe de sus jefes.

—Quién pudo insultarlas?

—Tungui.

—Por qué?

—No ignoras que hace algunos días partí hacia el Makuma en demanda de la mano de Noria, cuya belleza despertó en mi corazón el anhelo de tenerla. Soy el jefe de los yaupes, más aún, soy el Gran Jefe de las tribus del Upano-entza. No es ésto prestigio bastante para obtenerla? Sin embargo...

—Qué?

—Tungui consultó a su hija mi deseo y ella se negó a aceptarlo.

—Que Tungui consultó a su hija? Eso es inaudito. Cuándo un guerrero de la selva consultó la voluntad de sus hijas para casarlas con hombres de la misma raza? Lo probable es que otro guerrero se haya anticipado a pedirla y que Tungui se haya comprometido a darla.

—Aunque así fuese, no era preferible yo a cualquier otro guerrero?

—Claro que sí.

—Por eso quiero apresurarme a vengar el insulto.

—Pero hacer la guerra a Tungui, y hacerla por una mujer?

—Por qué te asombra? En dónde has vivido que ignorabas eso? Treinta veces deben haber los árboles mudado su corteza desde que naciste, (1) pero aunque no fuese más que la mitad de ese tiempo, con ello tendrías bastante para entender que en toda la región del Unda-entza casi toda guerra fue directa o indirectamente causada por alguna mujer. Por mujeres hizo guerras mi valiente padre, y sólo por ellas devastaron

(1) Quiere decir treinta años.

inmensos territorios el padre de mi padre y todos sus famosos antepasados. Acaso ignoras que tu padre peleó con los achuares y aniquiló a los chinchipes por obtener las mujeres que deseaba? El propio Tungui ha conquistado por la guerra casi todas las que posee. Hoy vive en paz con Tendetza, pero si éste le hubiese negado la mano de Yumi, ¿serían amigos? La mujer joven y hermosa que fue vista por un jefe, casi siempre despierta en su mente el anhelo de tenerla. Por ella traba amistades y proyecta y propone alianzas; y cuando ni amistades ni alianzas son posibles ni eficaces, la guerra pone al más fuerte en posesión de la mujer deseada, y este es mi caso, en lo que a Noria se refiere.

—Tanto quieres a Noria?

—Me interesa, no como la mujer amada a cuyo lecho iría de preferencia y cuyo nijamanche me sabría dulce, no; la quiero sólo para humillarla y vengarme del desaire que me ha hecho.

—Pero crees que podrás luchar con Tungui?

—Por qué no? Hechicero soy; temeridad me sobra; bravas y numerosas tribus me obedecen; y enardecido como me encuentro

por la ira, ¿por qué no llevar mis huestes al Makuma?

—Porque Iwanchi protege a Tungui y pelea por él.

—¿Que Iwanchi protege a Tungui? Quién lo ha visto?

—Mashanda, mi valiente hermano, lo vió con sus ojos. El, mientras peleaba al lado de Cashpa contra Tungui, vió que Iwanchi empuñaba la lanza de éste, y a sus golpes, los guerreros de Cashpa caían como las hojas del sicomoro (1) azotado por el viento. Iwanchi, pues, que no Tungui, fue quien cortó la cabeza al formidable Cashpa.

—Mejor. Eso hará más ruidoso mi triunfo. Por él, hasta las gentes de los más apartados rincones de la selva admirarán mi nombre, y sabrán que Cugusha es el más poderoso y grande de los guerreros del Unda-entza.

—Oyeme, Cugusha: sé que eres audaz, temerario, inteligente y astuto; sé que muchos y bravos guerreros te obedecen; no ignoro que viejos y nuevos aliados se pondrán a tus órdenes ni se me olvida el número de tus victorias; pero dime, qué puedes tú, qué

(1) Sicomoro: árbol de hojas grandes, semejantes a la vid.

podemos los otros contra el oculto Genio de la selva, sin cuya voluntad nada puede moverse? El corazón me dice que la ejecución del propósito que tienes, será tu muerte, el aniquilamiento de tus tribus, la pérdida y esclavitud de tus mujeres, y una nueva gloria para Tungui.

—¡Nijamanche!! mucho, mucho nijamanche!—gritó Cugusha, sintiéndose bajo la presión de una tortura.—Mientras llegue el momento de beberme la sangre de mis enemigos, mientras no se cumpla mi venganza, quiero aplacar la sed que me devora tomando ese licor que estimula el coraje y envuelve la mente en sueños misteriosos y profundos!

De seis piningas, traídas por igual número de mujeres, dos de las cuales pertenecían a Tikara, tomaron ambas la mayor parte; luego Cugusha, sin invitarlas a beber la sobra, prosiguió de esta manera:

—Tikara, tus palabras me tientan a traspasarte con mi lanza, porque hablas como un cobarde. Afrontar empresas superiores al natural esfuerzo es el distintivo de las almas fuertes. La voluntad es un poder que todo lo vence. Sin la ejecución de grandes hechos, nadie puede conquistarse sólidos prestigios. Quién puede llegar a la cumbre sin soportar las fatigas de la cuesta? Pues, si



tú mismo has visto lo que pudo mi brazo en los combates y conoces el número y la bravura de las tribus que me pertenecen, si nadie ignora lo que pueden mis hechizos, por qué, cobarde, tratas de apartar mi brazo del hombre que insultó en mi persona a las tribus del Upano-entza? Acaso amas a Noria o te has puesto al servicio de Tungui?

— Evitar el mal de quien se quiere, no es cobardía. Te equivocas, si crees que el ojo nublado por la cólera mira claro. El empleo de la voluntad es bueno cuando la

temeridad no conduce al abismo. No por "cobarde" me concediste la mano de tu hija, ni "cobarde" salvé tu vida por dos veces en supremos momentos de combate. Lealtad y seso debo de tener cuando tantas veces me pediste y aceptaste mis consejos. Luego, jefe de dos tribus soy: los yerizas y los mapinazas están siempre dispuestos a obedecer mis órdenes; y a tí te consta que los cangas, los mampas y huamparas, los turambaras y los maranizas, los tangaras y los taguaguas, los nanquipas, los yerzis y nambijas son súbditos de mi padre, y que nuestro poder irá más lejos cuando nos plazca intentarlo. Nunca, por faltarme arrojo y fuerza en los combates llegamos a padecer derrotas ni castigos, ni por "cobarde" dejé de ser el mejor y más impetuoso de tus tenientes en los asaltos. Así, pues, si sólo se tratase de combatir a Tungui y sus moronas, yo sería el primero en impulsar la campaña, porque siempre se puede batallar entre hombres con aspiración a la victoria. Pero, si en vez de Tungui pelea Iwanchi, ¿cómo luchar con él? Falta de cordura sería el atreverse, a menos que tus hechizos, en los que tanto fías, sean capaces de someter a Iwanchi.

Cugusha, al oír estas palabras, púsose de pie y levantó su lanza como para castigar a su yerno; pero algún pensamiento pa-

ralizó su impulso porque luego, bajando el arma y esforzándose en moderar su enojo, en estos términos formuló su réplica:

—Qué maléfico genio habla por tu boca, Tikara? Me queda en tí el amigo o frente a mí se alza el adversario? Nunca de tus labios oí la burla como ahora, que más que nunca necesito amigos. Quieres acaso que renuncie a la lucha y me deje arrebatar por los acontecimientos sin esforzarme en alcanzar la satisfacción de mi venganza? Si temes tú, por qué te empeñas en ofuscar mi espíritu y contagiarle del miedo que te domina? No vieron muchas veces tus ojos los prodigios que mis hechizos realizaron? Por qué, pues, has hablado de ellos con tal ironía? La hechicería es arte que jamás obra el milagro en quienes no tienen en ella la fe que necesita. Además, no todas las cosas están sujetas a la voluntad del hombre. El anzuelo echado al agua por un pez sale con otro. En toda empresa el azar tiene su parte; mas no por eso debe faltar la personal acción, encauzada por el entendimiento y afirmada por la voluntad. Óyeme, pues, Tikara: aunque el mismo Iwan-chi se oponga a mi paso, yo llevaré mis huestes al Makuma. Saltaré, como tigre, sobre Tungui y le arrancaré del pecho el corazón y del tronco la cabeza. Iré, que-

maré su fortaleza, devastaré sus campos, exterminaré a sus hombres y volveré a mis lares seguido de todas sus mujeres y sus hijas. Tal haré o sucumbiré en la empresa. Empero, para que Iwanchi no tenga queja de mi parte, tú tomarás el zumo de nate-ma, (1) y, al consultarle lo que debo hacer para triunfar de Tungui, le dirás que yo, el gran jefe de las tribus del Upano, que yo, el famoso hechicero de la selva, le ofrezco el presente de Noria, si la quiere; que se la dará viva o muerta, limpia o sangrando, entera o en pedazos. Nunca, dirasle, guerrero alguno del Unda-entza pudo dedicarle ofrenda más hermosa.

En este instante, el golpe seco de algún objeto que pasó zumbando por el aire, obligóles a levantar los ojos, y llenos de sorpresa vieron que una flecha, que debió salir de un arco poderoso, se había clavado en la columna central, y en ella continuaba vibrando sonorosamente.

—¡Yay! (quién!)—exclamaron a una los dos hombres; e instintivos, de modo simultáneo y rápido retrocedieron en sentido opuesto hasta pegarse de espaldas a la pared, y des-

(1) Natema: bejuco venenoso de cualidades soporíferas. Los jívaros beben el jugo de esa planta para embriagarse, en la creencia de que Iwanchi les hace revelaciones mientras duermen. El acto constituye una ceremonia importante.

de allí, pálidos, miraban la flecha, y fuera de la puerta la sombra de la noche próxima a desaparecer ante el alba, que invadía la tierra con sus primeras claridades.

Turbados, sobrecogidos casi, ambos se han dado exacta cuenta del grave peligro que les amenaza. Pero qué persona, que mano invisible les enviaba ese extraño mensaje de muerte? No era acaso Tungui que temerario, anticipándose a toda previsión y burlando toda vigilancia estaba allí riéndose de ellos y dispuesto a exterminarlos en cualquier momento? De qué punto partió la flecha? Cómo pudo el jefe de los moronas penetrar hasta ese lugar sin que las gentes del Yaupe lo hubiesen advertido y dado la señal de alarma? Inútilmente sus ojos buscaban en la sombra algún indicio que les revelase la posición ocupada por el autor de aquel mensaje siniestro, que anunciaba la presencia del enemigo en torno de una fortaleza en la que no había, por el momento, ni siquiera un centenar de hombres que opusiesen una resistencia heroica mientras llegasen los otros en auxilio de su jefe.

Estas ideas pasaban por su mente con la rapidez del pensamiento. Afuera, el silencio era profundo. Leves preliminares de aurora escarmenaban las tinieblas. Adentro,

larga y fuerte la flecha clavada en el madero, vibraba todavía.

Tikara, reaccionando presto del pánico sufrido en el primer instante, acercóse resuelto y arrancó el dardo cuya punta quedó incrustada en la recia viga, y después de observarlo con cuidado:

—Está saturado del veneno que fulmina—dijo. Si otro como éste llegara a tocarnos antes de que nuestro tunduy....

Trunca se quedó la frase, porque otro dardo pasó zumbando por sus oídos y ocupó el puesto del anterior, causando, al penetrar en el madero, vibraciones sonoras y violentas. X

Ahora es Cugusha quien salta hacia el tunduy, al que dá con el mazo una serie de golpes rápidos en señal de urgencia.

Al propio tiempo Tikara cerró la puerta, tras de la cual atravesó un grueso palo para asegurarla. X

A los golpes del tunduy, cuyo lenguaje les es conocido, las gentes de adentro se alborotaron todas, y mientras los hombres cogían sus armas, las mujeres y muchachos vociferaban temerosos, en tanto que los perros aturdían los oídos con sus ladridos tenaces y coléricos. Uno de ellos, que logró salir por la puerta falsa, destinada al servi-

cio de las mujeres, alejóse un poco, ladrando desaforado hasta callar, como calló para siempre, después de exhalar un gemido de dolor y rabia.

Entre tanto el sórdido mensaje del tunduy cumplía su misión de alarma en el río y en el bosque. Varios otros tunduyes de la tribu sonaron enseguida. Al oírlos, todos los hombres de guerra salieron de sus viviendas y acudieron presurosos a formar con sus pechos y sus armas un recio muro en torno de la fortaleza del bravo jefe de los yaupes.

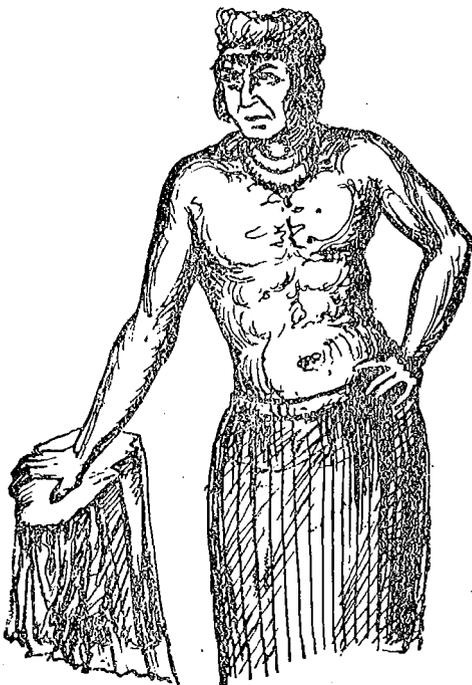
NEKATA

ALLA, por el curso medio del hondo y retorcido Shimbimi de verdosas aguas, que

bordea las faldas orientales de la pequeña cordillera de Huahuayme, vive Nekata, el más respetable y sabio de los jívaros que pueblan las grandes hoyas de los ríos Morona y Santiago. (1)

Sin duda por satisfacer las inclinaciones de su espíritu retraído y meditabundo, Nekata ha preferido construir su casa en el

(1) Santiago: nombre con el que se conoce al río Upano, desde su confluencia con el Paute hasta su entrada al Amazonas.



fondo del más espantable laberinto de la selva.

Nekata no es guerrero: su vida es un paréntesis entre sus antepasados y sus descendientes. Nunca estuvo en guerra ofensiva o defensiva con los hombres de su raza ni con extranjero alguno; ni nadie, por sus negocios, tomó natema.

Nadie vió el espectáculo de una *tzantza* colgada de un poste del patio de su casa, ni oyó en élla el ronco y marcial sonido del tunduy, que arma el brazo de millares de guerreros, ni pudo beber el fermentado nijamanche que se ofrece en las fiestas destinadas a exhibir los macábricos trofeos de victorias injustas y nefandas.

Nekata no es brujo: nunca se prestó a la farsa de fementidas curas de enfermos, ni su ancha bolsa de piel de nutria estuvo repleta de insectos y hierbas que le sirviesen para hechizar a sus semejantes, ni sopló pestes y males que llevasen a otros el dolor y la muerte.

Pero nadie, como él, se encaró a las fieras, y las irritó con sus rugidos, y las hirió y mató con su lanza inevitable, y las desolló con su cuchillo de piedra; nadie, como él, corrió la montaña por sus más intrincados laberintos, ni mató mayor número

de viboras, ni sacó de los ríos y los lagos mayor número de peces. Nekata es el símbolo de la austeridad y la sabiduría refugiadas en el fondo de una selva inextricable y abrupta.

Tan extraordinarias cualidades han hecho de este hombre singular un ídolo que las gentes de su raza admiran y respetan, y a quien suelen consultar sus negocios importantes con tanta confianza y fe como si fuesen consultados con Iwanchi.

Por ésto, célebres jefes de tribus empeñadas en alianzas o comprometidas en contiendas peligrosas, acuden a él, a veces de lejanas tierras, para volver un día, penetrados de sus consejos, a manejar con acierto los negocios consultados.

Cuatro hijos varones y dos yernos tiene Nekata como fruto de sus dos mujeres, una de las cuales se le murió muy joven, quedándole la otra, que cultiva la chacra, cuece el plátano y la yuca y prepara el nijamanche acompañada de Kani, su hija soltera, y de sus dos entenadas a quienes sus maridos las dejan temporalmente solas.

Mas, si Nekata siente pasión por la guerra, tanto como detesta la guerra, sus hijos y yernos sueñan con ésta; y no teniendo causa propia por qué interesarse, recorren la montaña visitando a sus amigos y parientes y po-

niéndose al servicio de aquellos que organizan expediciones armadas que les permiten ejercitar su lanza y lucir su valentía.



Con tal motivo la casa de Nekata es solitaria y tranquila, y de sus aleros cuelgan sus nidos las caseras golondrinas y los amarillos sachamangos, (1) que cantan como ruiseñores.

Pero una mañana, casi a tiempo que el sol llegaba al cenit, medio encorvado sobre su asiento aparejaba Nekata la red con la que se proponía pescar a la hora del crepúsculo, cuando, sin anuncio ni saludo previo, sintió que se le acercaba precipitadamente una forma



(1) Sachamango: pájaro de dulce canto y de plumaje amarillo y brillante. Su tamaño semeja al de una perdiz.

humana, que en voz armoniosa, como el canto de la cinonia, (1) aunque un tanto entrecortada por la fatiga, le dijo:

—El amor y dolor que me consumen me traen hasta tí, porque Yumi, que me quiere tanto, me ha dicho que sólo tus ojos miran lo invisible y descubren el misterio de las cosas que los otros no podemos descubrir ni comprender. Quieres ayudarme a disipar la tormenta de mi espíritu, sabio Nekata?

Alzó gravemente la cabeza el ermitaño; y al contemplar la incomparable belleza de Noria, tal como el viento aparta la oscura nube, que eclipsa la luz del sol y da lugar a que sus rayos iluminen y alegren la tierra, así, la luz de una sonrisa, alejó gradualmente de su semblante la expresión acre, dura, causada por su enojo del primer momento.

—Yay tiam (cómo te llamas), hermosa joven, y quién es esa Yumi de que me hablas?

—Es mi madre, la mujer a quien miran con envidia las palmeras del Morona.

—Y hay hombre que tenga la suerte de ser tu padre o acaso eres hija de algún oculto Genio de la selva?

(1) Cinonia: ave pequeña de plumaje oscuro y armonioso canto.

—Tungui, el guerrero a quien los hombres de la montaña dan el nombre de invencible; Tungui, el poderoso jefe del Morona, que asentó su fortaleza en las riberas del Makuma, es mi padre.

—Tungui? Has dicho Tungui? Le conozco y, en verdad, le aprecio mucho; pero dime, cómo y con quién vienes ahora?

—Creí que todo lo entenderías al mirar la inquietud y angustia de mi espíritu.

—Comprendo tu respuesta, linda joven: ya me contarás tus cosas. Cálmate y dime: qué nombre tienes?

—Que me calme? Quién puede pedir que se tenga en reposo a la drialala (1) que el vendaval sacude y atormenta? Cómo quieres que la catarata del Bubu-entza (2) detenga su descenso?

—Sufres, lo entiendo, pero nada más escucharé de tus labios mientras no me digas tu nombre.

—Noria es el nombre que mi padre endulza al pronunciarlo, Noria es el nombre

(1) Drialala: especie de lirio levemente matizado de violeta.

(2) Bubu-entza: cascada que se precipita al Shimbimi desde la cumbre de un elevado cerro.

que mi madre canta, Noria es el nombre que de labios de Etza, brota como el ardiente trino del tanuyo, (1) como la callada queja del tumbumbe, (2) como el doliente arrullo de la tuguna. (3)

—Todo, en tí, es armonía, encantadora virgen del Makuma. Cuéntame ahora cómo pudiste llegar hasta aquí sin compañía alguna que te resguarde de los peligros de la selva?

—No lo sé. Busco la luz y la vida que me faltan desde que Etza desapareció de la fortaleza de mi padre.

—Amas!

—Sí. Al más esforzado y bello de los guerreros, al más joven de los héroes, a Etza, que sabe alegrar mi alma, tal como el astro que lleva su nombre ilumina y alegra la tierra, a él le amo, a él le busco ahora que su ausencia ha dejado mi corazón atormentado y oscuro, como las negras noches de

x (1) Tanuyo: ave semejante a la cinonia, de canto pasional y delicado.

Y (2) Tumbumbe: pájaro un poco más grande que la perdiz, cuyo plumaje tornasola de azul a negro. Lleva en la cabeza un lindo penacho que los jívaros emplean como adorno y es muy codiciado en el comercio.

x (3) Género de paloma.

tempestad que tiene la montaña al tiempo en que los árboles renuevan su corteza.



“Le busco, y no está en el río ni en el lago, ni en el umbroso y fresco manantial, testigo de nuestros sueños, de nuestras alegrías y esperanzas. Hoy no llega a mis oídos el timbre de su voz, ni veo reflejarse su figura en las dormidas aguas del “Curi-entza”, a donde solíamos ir las tardes tranquilas y serenas, apenas animadas por el tímido canto de las aves.

“Le busco en el perfume de la flor y en el rumor callado de la fuente, en la suave sonrisa de la aurora y en el sordo rugir de la tormenta; pero . . . ni arriba ni abajo, ni en el río ni en el bosque, ¿en dónde puede estar que no le veo?

Nekata, al escucharla, sentía el contagio de una pasión cuyos contornos no podía ni quería precisar, pero que estimulaban cálidamente su fantasía y adquirían en su corazón un sentido a la vez delicioso y torturante.

Una fuerza superior a su conciencia impele hacia un mundo por él desconocido. Hallábase bajo la acción de un ensueño del que no quería despertar.

¿Qué visión era esa que así le envolvía en el encanto de una vida que no había vivido antes? Qué divinidad era esa que así paralizaba su voluntad y le abandonaba al calor de una emoción fecunda en resplandores y perfumes, intensa en sensaciones y armonías?

Sintió que las mandíbulas se le contraían, que su boca estaba seca, al mismo tiempo que el corazón le palpitaba de modo extraordinario. Quería hablar, quería decir algo que no hallaba forma en sus labios empapados de sudor y temborosos; y en medio de una morbosa impotencia del espíritu y la carne, cual leve pluma que navega en alas de la brisa, dejábase ir en la voluptuosidad de aquel minuto ardientemente sensitivo.

Noria, que ignoraba el abismo de emoción en que Nekata se había hundido, impacientada por su silencio, continuó:

—Y en esta amargura de mi espíritu, desolada, llorando por el amado que no he podido hallar en parte alguna, he venido hasta tí, cuya fama de vidente consideré

una esperanza para curarme del mal que me consume mientras mis ojos no puedan verle.

Así habló la princesa. Y sus ojos que siempre parecieron los nidos de un ensueño; sus ojos, constantemente iluminados por la inteligencia y la pasión; esos ojos, que condensan un poema de alma que ninguna lira acertó a cantar, anegados en lágrimas ahora, semejan dos lagos gemelos y sombríos que hubiesen perdido la luz de la felicidad, al ser envueltos por el dolor en la más honda de las melancolías.

Pronto, empero, la pasión vertió en ellos de nuevo sus fulgores, y un breve impulso levantó su cabeza, caída por un instante, e irguió su talle como lo yerguen las palmeras en las serenas tardes de Noviembre.

—Oye!—dijo a Nekata.—¿Acáso he provocado el enojo de mi padre, y he desafiado el poder de los torrentes y los peligros de la selva, no más que para verte dormir con los ojos abiertos? Es eso tu saber? No dá de sí otra cosa la ciencia que te ha vuelto célebre? Sólo sabes ausentarte y desaparecer de tí cuando el angustiado grito de una mujer te pide socorro? No te he dicho que he perdido el hombre que amo? Qué haces ahí que no sabes responder a mi demanda? Estás muerto que no saltas de tu puesto y te

vienes conmigo a buscar a Etza, o acaso te domina el miedo y te sientes cobarde?

Esta, sólo esta frase fue capaz de despertar la conciencia del austero señor del Shimbimi, quien, recobrándose y mirando con enojo a la joven, díjole:

—Noria, palabras han dicho tus labios por las que ningún hombre se habría quedado sin castigo; pero quien las ha dicho eres tú, cuyo corazón incendia la llama del amor, tú, a quien el dolor ofusca y enardece, no levantaré, pues, ni un dedo contra ti. Por lo demás, no pensaba otra cosa que ayudarte. Dime: ¿por qué razón dejó la casa de tu padre ese afortunado Etza?

—Aún no te lo he dicho? Escúchame Nekata: Cugusha, jefe de los yaupes vino a casa de mi padre a pedirme en matrimonio y sellar por ese medio su alianza con él. Tungui lo recibió escoltado por algunos guerreros, pero Etza, como tuvo por costumbre, guardábale, a su lado, las espaldas. En esa forma pudo escuchar las palabras de aquel hombre. Me imagino cómo vibraría su ser mientras Yumi, por orden de mi padre, volvía con la respuesta, después de consultar mi voluntad al respecto. La respuesta fue mi negativa, que la arrojé yo misma a la cara de Cugusha, quien, irritado por ello,

rugió una amenaza y de un salto salvó la puerta y desapareció enseguida.

“Supongo que en ese instante salió Etza, aunque nadie lo ha visto ni ha sido posible precisarlo. Y como Tungui le quería mucho, y como las gentes del Makuma sentían por él una inmensa simpatía, su ausencia, así repentina y misteriosa, llenó de consternación la fortaleza; y yo, desde entonces, arrastro mi angustia buscándole en los alrededores, conjeturando que algún recelo haya podido alejarle desde aquella noche.

—Cuándo ocurrió eso?

—Han pasado tantos soles como dedos tienen mis manos. (1)

—Entonces volverá, y volverá con la cabeza de Cugusha, que debe serle aborrecida.

—Lo crées, Nekata?

—Tanto como es verdad que aún a mí me han tocado las llamas de tu gran pasión. Creo que Etza habrá salido tras de su rival con ánimo de interceptarle el paso, cortarle la cabeza y volver tranquilo a tu lado. ¡Quién sabe si a estas horas él, junto a tu padre, al conocer tu ausencia no es víctima de la locura.

(1) Han pasado tantos soles como los dedos de mis manos, quiere decir diez días.

—Ay! Me iré enseguida.

—Huajasta (espera). Lo grave, por el momento, está en la cólera que Tungui debe sentir por tu imprudencia. Conviene reflexionar sobre ésto. Dime: qué día dejaste la casa de tu padre por venir a verme?

—Eso fue ayer, al despuntar el alba.

—Dónde te cogió la noche?

—Al borde de un riachuelo distante de este lugar, me pasé la noche sobre unas hojas de pambanaca (1) que pude recoger de apuro.

—Máketey (está bien).

—Pero me hablabas del enojo de mi padre? En la turbación que me causa la ausencia de Etza no había pensado en eso que ahora me asusta. ¿Qué debo hacer en este caso?

—Volver, pero no sola. Desde hace varios años soy amigo de tu padre: mi compañía podría serte útil.

—Sígueme, entonces.

—Si lo exiges, iré enseguida; pero acaso sería mejor salir mañana a primera hora.

(1) Pambanaca: planta de hojas grandes y fibrosas, de la que se sirven los jívaros para preservarse de la humedad durante la noche.

—Pero si Etza puede haber regresado, ¿cómo quieres que demore?

—Sea. Pero antes comerás unos dátiles (1) con yuca y nijamanche.

Al oír estas palabras Kani, su hija soltera, trájolo todo en abundancia; y al contemplar de cerca la beldad de Noria sintió tal emoción, que sus ojos se le agrandaron desmesuradamente, dejándola inmóvil, con la boca abierta.

—Tienes una hija esbelta como las palmeras del Shimbimi,—dijo Noria a Nekata, sonriendo amablemente—¿Cómo se llama esta joven?

—Kani,—repuso la muchacha, insinuándose y acercándose a Noria hasta tocar la parte del vestido de la que pendían hermosos adornos.

Consistían éstos en pequeños caracoles graciosamente combinados con rojos milillos manchados de negro, y en algunos colmillos y uñas de tigre que alternaban con grandes y nacarinas conchas, ensartadas en hilos de chambira, de los que pendían lindos copetes de tumbumbe.

(1) Dátil: fruto de una palma semejante por el tamaño, sabor y forma al que se produce en Arabia.

Noria, al observar el interés de la muchacha en ellos:

—Te gustan? Los quieres? Tómalos.

Y se los entregó, desprendiéndolos de su vestido, al que estaban artificiosamente sujetos por un caracol aplastado que hacía de broche sobre el hombro derecho.

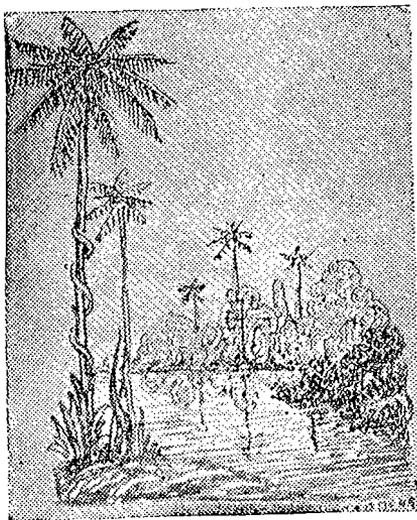
Kani los recibió sin proferir una sola frase de reconocimiento, y se los aplicó, contemplando con gozo sus efectos.

—Llévame con élla—dijo la joven a su padre.

—En eso pensaba, Kani. Ven con nosotros.

—Ya yá,—afirmó Noria, apartando de su lado los alimentos, de los que apenas había probado unos bocados. Partamos, vámonos pronto.

LA PRIMERA SANGRE



CUANDO
Nekata
dejó su
casa, seguido
de Noria y Ka-
ni, el sol comen-
zaba a descen-
der hacia la
extensa cordi-
llera de Kutu-
kú, que nace en
las inmediacio-
nes del curso
medio del Pa-
lora y forma
el *divortium*

aquarum de los ríos Santiago y Morona.

Desde ahí, la citada cordillera se extiende largamente al Sur y remata en la orilla septentrional del Marañón, sobre el Pongo

de Manseriche y la antigua ciudad de Borja, seguida paralelamente por el curso del Santiago, que la baña al Oeste en la extensión de algunos centenares de kilómetros.

La gigantesca masa de Kutukú no tiene conexión alguna con la gran cordillera oriental de los Andes, de la cual es, en absoluto, independiente. El examen de su situación, la contemplación de sus prolongaciones y contornos, dejan en el ánimo del viajero la convicción de que aquel enorme abigarramiento de cimas y abismos no es otra cosa que la manifestación de una cordillera genuinamente amazónica.

Sus caprichosas ramificaciones originan el nacimiento de innumerables ríos, grandes y pequeños, que forman por el Este el Morona y por el Oeste enriquecen el caudal del aurífero Santiago. En consecuencia, su orografía, por demás accidentada, ocasiona una serie de laberintos, algunos de los cuales no han sido hasta hoy explorados ni por los bravíos salvajes que pueblan aquella riquísima y extensa sección del Oriente ecuatoriano.

Nekata, que impulsado por Noria caminaba aceleradamente, detúvose a recoger un grueso grano de oro que estaba a la vista sobre las arenas de la playa del Guaguaymi,

río al que habían llegado en momentos que el sol, como una inmensa hostia de fuego, se prendía sobre el lomo de la citada cordillera, cuya estructura principal dejaban a sus espaldas.

—Esto brilla siempre—dijo Nekata, poniendo el rubio grano en manos de la hija de Tungui. Deberías recoger algunos para adornar tu cuello.

Noria lo tomó, y después de mirarlo un instante lo tiró al agua diciendo:

—En el Makuma, tres soles abajo de la fortaleza de mi padre, en una peña que tiene dos cavernas oscuras y fangosas, hay esto, y nunca he pensado en recogerlo. Camina Nekata, no perdamos tiempo.

—Vamos, pero dime: quién te indujo a venir a verme sin que lo supiese tu padre?

—La desesperación que me tortura mientras ignoro si el guerrero que amo vive y en qué lugar se encuentra.

—Pero quién te guió siquiera una parte del camino para venir al Shimbimi?

—Nadie.

—Con qué motivo, entonces, conocías mi nombre y la dirección de mi casa?

—Al otro lado del Makuma, un poco arriba de la fortaleza de Tungui, hay un pequeño manantial al que solíamos ir las tar-

des, unas veces con Etza, otras con Yumi y no pocas los tres juntos. Allí, al pie de un corpulento chichahuina junto al cual se yerguen dos palmeras jóvenes y hermosas, que blandamente mecidas por el viento se inclinan y entrelazan, allí pasábamos las horas, varias veces hasta ver morir la tarde y aparecer la luna. Yumi prefería sentarse junto al Chichahuina, Etza ocupaba el pie de una palmera y yo el de la que considero mía, por ser menos alta que la otra, de la cual está muy próxima. En ese lugar, Yumi me hablaba de ti. "Allá, entre el Shimbimi y el Tambache—decíame, señalando con la mano la dirección de tu casa—allá vive Nekata, el hombre que mira lo invisible y descubre el misterio de las cosas que los otros no podemos descubrir ni comprender, y a quien Tendetza, mi padre, admira y respeta.

—Tendetza? ¿Es Tendetza el padre de tu madre? Yayá, también yo le quiero y admiro su prudencia y valentía. Otro tiempo vino a verme dos veces desde las orillas del Shayme. Somos amigos.

—Por tales indicaciones pude guiarme sola. Partí sin revelar a nadie mi propósito, impulsada por el dolor cuya causa conoces; y sólo tus palabras me han hecho pensar en el enojo de mi padre.

—Yay! (quién!)—exclamó Nekata, deteniéndose de súbito; y luego de haber aguzado el oído por uno y otro lado, echóse a tierra, limpió de hojarasca una parte del suelo, al que pegó la oreja, y escuchó. Después de unos instantes levantóse y dijo: Gentes del Makuma vienen. Deben ser los que te buscan por orden de tu padre. Oye Noria, sigue a Kani y ocúltate con élla en ese estero hasta que yo llame.

Noria, sin cuidarse de la orden de Nekata ni atender a Kani, que la invitaba a seguirla, agachóse también y pegó la oreja al suelo, moviendo en un sentido y otro la cabeza, como para precisar mejor sus percepciones, y, luego, poniéndose de pie:

—Si, hombres del Makuma vienen, pero también de este otro lado—señalando en dirección de las fuentes salinas del Mangosiza—viene gente que llegará antes que la de Makuma.

—Pronto Noria, sigue a Kani. No quiero que te vean personas que no conozco.

Kani la tomó de la mano y la condujo al juncal—que sólo distaría cien metros— y se ocultó con élla dentro de una gran mata de paja toquilla, desde donde podían verlo todo sin que nadie reparase en éllas.

Situadas allí, Nekata, después de mirar en torno suyo, colocóse detrás de un grueso sicopo, (1) y sentándose en cuclillas sacó de su bolsa de piel de nutria un peine de cactus—fabricado por él mismo—un espejito del tamaño de un huevo, gran obsequio de su amigo Mashanda, jefe de los yukiazas, (2) y se peinó y arregló lo mejor que pudo, antes de enderezarse y empuñar su lanza para seguir observando desde allí las cosas.

Pocos minutos habrían transcurrido apenas, cuando, como Noria dijo, del lado del Cangayme asomaron algunos hombres, entre los que se veía una mujer y un muchacho, todos ellos cargados de pequeñas *changui-nas*, (3) cada una de las cuales contenía dos o tres ollas de barro. Estos, por haber sentido el paso de los que venían en dirección opuesta, caminaban con cautela, espiando por uno y otro lado. Así llegaron hasta cerca del estero y se detuvieron en un sitio despejado de árboles, que indicaba haber sido cultivado por alguna familia cuya casa ha-

(1) Sicopo: árbol de grueso tronco y crespas y velludas hojas, semejante al huarumo.

(2) Yukiaza: río que se forma de algunas vertientes del Sangay y el Kutukú, y entra al Upano, por la orilla opuesta, un poco más abajo de la población de Macas.

(3) Changuina: cesto de mimbre ordinario, tejido a cuadros con espacios vacíos de dos a cuatro centímetros.

bía desaparecido por completo. En ese punto descargáronse de sus changuinas, peinaron de apuro sus largas cabelleras y se pintaron el rostro con rojo polvo de achiote. (1) Aún no terminaban su tarea cuando, por el lado opuesto, presentóse un grupo de hombres que avanzaba escrutador y receloso, por haberse apercebido de la proximidad de los que venían del Cangayme.

Al verse, unos y otros irguiéronse bravíos, y apoyando sus lanzas en el suelo, dijéronse al mismo tiempo:

—Hu, hu. (forma de saludo).

—Hu, hu.

—Yay tiam! (cómo te llamas o cómo se llaman).

—Yay tiam!

Por fin, uno de los makumas—cuyo número pasaba de cuarenta—dirigiéndose a otro de los de enfrente, que se les puso delante, retóle en esta forma:

—Nunca un habitante del Makuma, y menos un teniente del temible Tungui, permíte a su lado el paso de gentes que no conoce

(1) Achiote: arbusto de nutrido ramaje que produce nueces erizadas, repletas de semillas rojas, de las que extraen un polvo del mismo color, que sirve para guisar las viandas y es artículo de comercio. Con él se pintan los indígenas.

y que pudieran ser sus enemigos. Habla, dime tu nombre y el de cada uno de tus compañeros, la tribu a que pertenecen, el lugar en donde viven y el motivo que los trae. Contesta pronto, que así sabré si he de darles paso, o si este brazo, que puso miedo en el corazón de los copatazas, ha de probarte lo que somos los makumas; pues debes saber que soy Chiquiaza, uno de los bravos hijos del famoso Papuya, que nunca perdonó la vida a sus enemigos, y cuyos antepasados son gloriosos.

Noria, al escuchar el nombre de Chiquiaza, cuñado suyo, quiso dejar su encondite, ansiosa de pedirle noticias de Etza; pero Kani la detuvo, recordándole la orden de Nekata.

—Este brazo que nunca yerra el golpe y este tamaño corazón (1) que tengo, han hecho que el nombre de Katani, que es mi nombre, sea escuchado con temor entre los tutanangozas y sucúas a quienes, desde hace tiempo, vengo escarmentando. Yo vivo en el Yukiaza y pertenezco a las tribus del Upano que obedecen a Mashanda, el exterminador de los chiguazas. Voy a pagar a Shimbukata la sal que le debo y que algunos de estos hombres, que son de mi tribu, la

(1) Tamaño corazón, quiere decir corazón valiente.

cocieron en las fuentes del Mangosiza, (1) en donde hay alboroto, porque Cugusha ha tocado su tunduy en son de guerra. Dícese que Tungui y los makumas han ocupado los contornos de la fortaleza para asaltarla de un momento a otro, y que sus flechas han matado a unos cuantos.

—Jé jé.... Han sido prudentes. Se han ido a tiempo de no estorbarnos en nada. Son muchos los muertos?

—No sé cuantos son; pero éste, que se llama Pimbu y vive en la boca del Zúa-entza, (2) mientras cocía la sal, ha oído contar a uno del Marembayme, (3) que llegaba de Huambiza, que las flechas arrojadas por las gentes de Tungui, se han clavado en los pilares de la casa de Cugusha.

Al oír estas cosas, Noria trató de salir precipitadamente para interrogar por sí misma a quien tan interesantes noticias daba; pero Kani la detuvo a fuerza, causando por éllo cierto movimiento y rumor de hojas que, afortunadamente, sólo fue advertido por Ne-

(1) Mangosiza: uno de los tributarios del caudaloso río Miaza. El Mangosiza es célebre por las ricas fuentes de sal que tiene en sus orillas.

(2) Zúa-entza: es la cabecera del Indicayme que luego forma el Miaza.

(3) Marembayme: otro de los tributarios del Miaza. Este río corre casi paralelo y próximo al Mangosiza.

katata, quien, con expresivas señales de mano, mandábalas estar quietas.

—Katani, ¿conoces a ese Pimbu?—preguntó Chiquiaza.—Quiero que hable, que me responda personalmente. Luego mirándole y dirigiéndose al aludido, interrogóle:

—Cómo te llamas?

—Pimbu.

—Estás seguro de llamarte Pimbu?

—Pimbu siempre!

—Dónde has vivido y dónde vives hoy? Contesta pronto y cuida de no equivocarte, pues no en vano he visto a los blancos, de quienes guardo este recuerdo,—dijo, y desmontó de su hombro una carabina.

—Si hablabas conmigo, que soy teniente de Mashanda, por qué te diriges a él, que no es jefe?—replicó Katani con voz sorda. También yo he visto a los blancos, de quienes conservo este recuerdo;—e hizo resbalar de su hombro otra carabina—pero, si hubiere cuenta que arreglar entre los dos, eso ha de ser con esta lanza que nunca yerra el golpe cuando mi brazo la maneja.

Y dicho esto, tiró al suelo su carabina.

—Huaquéraje! (ha de ser como yo quiero!)

—¡Tza!! (¡no!!)

Y con esta palabra avanzó Katani hacia su interlocutor, describiendo en su camino ciertos semicírculos enrevesados y rápidos, acompañados de sordos bramidos, en señal de ataque.

Chiquiaza, que no esperaba tal osadía del teniente de Mashanda, que tenía a su lado pocos hombres, entre los que se veía una mujer y un muchacho, picado en su amor propio, puso en otras manos el arma de fuego, y en la misma forma empleada por su adversario le salió al encuentro. Y,

—Huyo, huyo, hum hum.

—Huyo hum, hum yayayá.

Repitiendo ambos este zonzonete y blandiendo en alto sus lanzas, aproximábanse a saltos, haciendo giros y piruetas que mudaban de frente a cada rato. Mirábanse torvos, enseñándose los dientes y rugiendo aquel "huyo, huyo, hum, hum", que los espectadores de uno y otro bando comenzaron a repetirlo embravecidos, visiblemente contagiados del bélico furor de sus tenientes.

Aún había luz bastante, pero ya el crepúsculo daba paso a la noche, dentro de la cual estas tragedias adquieren formas y sonidos aterradores.

Inquieto sentíase Nekata al pensar que Noria cometiese una imprudencia que podía serle funesta en tales circunstancias.

Entre tanto los contendores, como tigres irritados, atacábanse a saltos. Un golpe de Katani fue diestramente parado por Chiquiza, quien, a su turno, asestó el suyo, que su adversario desvió con bazarria.

Enfurecidos aquellos salvajes, al "hum, hum," añadieron el "ya yá, yayayá," entre gritos y saltos precursores del tremendo instante.

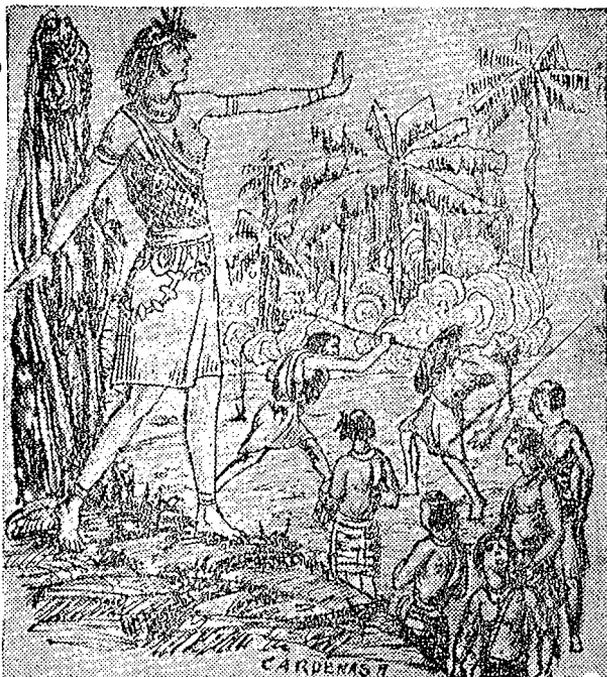
Al propio tiempo los hombres de uno y otro lado acercábanse unos a otros danzando belicosamente como sus tenientes y, como ellos, describiendo en su camino semicírculos que perdían extensión a medida que se aproximaban, hasta que, por fin, al estallido de un clamor agudo, chocaron sus lanzas, impulsadas por la fiebre de un coraje horrendo....

Vencido por la noche el crepúsculo, parpadeaba somnoliento: veíase apenas. Alguien hizo arder una hoguera que halló respuesta en otra hoguera cuyas llamas inundaron de luz el estrecho campo de batalla.

Pero aquel "Huyo huyo, hum hum", aquel "Hum hum, yayayá", coreado por el chasquido de las lanzas—que los escudos embotaban sordamente—y mezclados con los bramidos de aquellas fieras humanas, alumbradas por

pálidas hogueras que nadie atizaba ya, tales ecos, volando, como espectros, en alas de los vientos, colmaban la montaña de un pavoroso ambiente de tragedia.

Noria no pudo más. De un salto, atropellando a Kani saltó del matorral y se lanzó a la carrera hasta la línea de combate en donde, con los brazos en alto, gritó con energía:



—Makumas! escuchad a Noria:

Pero justamente en este instante caía un makuma atravesado por la lanza de Pimbu, y el horrible grito de la víctima sonó en las almas como una nueva clarinada de combate.

Por fortuna, Nekata se había puesto junto a Noria, y sólo su voz potente pudo sobreponerse a todos los estruendos.

—Grandes tenientes de Tungui y de Mashanda—dijo—, escuchad a Nekata, que pasa a devolver a Tungui la hija que perdió y que la espera con angustia.

Y sólo esa voz, y sólo esas palabras llegaron a la conciencia de aquellos salvajes, que gustan el perfume de la sangre vertida por sus víctimas y cumplen fatalmente la misión del exterminio.

Chiquiaza, al ver a Noria y oír la voz del ermitaño, trató de concluir con su adversario mediante una lanzada furibunda que le resultó contraproducente, porque la lanza había atravesado el escudo de su contendor y no podía recobrarla, dejándole, por lo mismo, en situación desfavorable.

Katani quiso aprovecharse de este detalle, pero Nekata se interpuso a tiempo y le sujetó del brazo, diciendo:

—Mi lengua es para todos. Si lejos de ser enemigos podéis ser o sois acaso amigos, ¿a qué vienen estas cosas? No conviene ma-

tarse ahora como adversarios los que mañana tendrán que luchar por una misma causa. Venid los dos a tomar el nijamanche que Nekata os ofrece. Tú, Chiquiaza, buscas a Noria y Noria está conmigo, y tú, Katani, eres un bravo teniente de Mashanda, que no es menos amigo ni me considera menos que Tungui. Hablo, pues, a los representantes de dos amigos a quienes pido paz, que la debe sellar mi nijamanche. En caso contrario, yo me llevaré a Noria y nadie volverá a vernos.

—Eso será a condición de que ese Pimbu quede en mis manos,—dijo Chiquiaza.

—Jamás dejaré un compañero en poder de quien no fuese su amigo—replicó Katani.

—No hacen falta condiciones—observó Nekata.

—Sí, no hacen falta—confirmó Noria.

—Entiendes, Chiquiaza? Concluyamos—insistió el ermitaño.

—Acepto—contestó el aludido.

—Sea;—dijo Katani dejando caer su escudo en señal de paz—pero advierto que me marcharé enseguida con la gente que me acompaña.

—Bebe mi nijamanche y márchate, si lo quieres, repuso el ermitaño, invitándolos a seguirle.

Y mientras las gentes se apartaban a sus respectivos campamentos, los dos tenientes, sin proferir palabra, tomaron el licor ofrecido por Kani, quien, lo mecía con la mano y se chupaba los dedos para demostrarles que no estaba envenenado. Katani entregó como recuerdo un espejito a Nekata, luego volvió la espalda y plegó a los suyos, con quienes desapareció después de unos instantes.

Noria deseaba preguntar a Pimbu algunas cosas, pero hubo de renunciar a su deseo, en vista de las circunstancias.

—Se va ese Pimbu porque Noria y Nekata lo han querido; sin eso, no se habría marchado sin pagar la cuenta del makuma que falta—dijo Chiquiaza, medio azorado.

Alguien trajo leña y pronto ardió otra hoguera, lo que puso de buen humor a todos menos a Noria, cuyo espíritu había caído en un abatimiento profundo.

—Ya que hemos hallado a Noria, debemos regresarnos enseguida,—dijo Chiquiaza a sus hombres—que la pena de Tunguí todo lo ha movido por recobrarla.

Y refirió cuanto se había hecho y lo que se pensaba de la ausencia de élla en las primeras horas, mientras se buscaban y fueron encontradas sus huellas. El examen de éstas

consoló a Tungui, por haberse convencido de que su hija se había alejado sola y quizá por su propia voluntad, puesto que no se encontró manifestación alguna de que otra persona fuese con ella. Y no pudiendo ocuparse personalmente en buscarla, habíale comisionado a él, Chiquiaza, para que confrontase sus huellas y la siguiese hasta dar con ella y devolverla a su casa, en la que se notaba un ambiente próximo a estallar en todo género de desgracias.

Noria escuchaba estas cosas silenciosa y doliente, erguida de pie junto a la hoguera cuyos resplandores la enrojecían el rostro y daban a su persona la expresión de una divinidad de fuego.

Dióse, por fin, la orden de marcha, y al cabo de rato, las alegres hogueras morían de pena, mientras la virgen del Makuma, al internarse en el húmedo follaje de la selva, se hundía en las tinieblas de una noche de menguante.

EL TUNDUY (1)



LOS ecos del tunday tocado por Cugusha en son de guerra, volaron por el bosque en todas direcciones exaltando las almas y poniendo de pie a millares de guerreros, que prestos acudieron a la casa de su jefe.

Y como es costumbre en estos casos, las familias que tenían el instrumento lo tocaban también, no sólo por hacerse presentes a quien las llama-

(1) Tunday: he aquí una breve descripción de este instrumento: De un árbol de madera fibrosa y resistente que se llama "huásaque", cortan los jívaros un pedazo del tronco, de

ba, sino por extender la alarma y poner en alerta a las gentes de la tribu que por vivir en lugares apartados no hubieren oído los primeros golpes.

Así, pues, de valle en valle, de río en río, de monte en monte, numerosos tunduyes ensordecían la montaña con sus ecos broncos, saturando el ambiente de un estremecimiento semejante al trueno que revienta y sórdido se extiende en las profundidades del espacio inmenso.

El tunduy es como las grandes campanas de las catedrales, que anuncian la elevación del Santísimo y dan el toque de Angelus que postra de rodillas a los creyentes; es co-

un metro veinte centímetros de largo y cuyo diámetro suele ser, por lo general, de cincuenta centímetros más o menos, quedando intacta su estructura exterior. En un punto cualquiera de ese tronco y centrándola con cuidado, abren los jívaros una ranura, de cuarenta a cincuenta centímetros de longitud, que remata en dos agujeros del tamaño de un puño y cuya anchura en el centro es de ocho centímetros, siendo así que hacia los extremos se reduce a tres. El vaciado lo ejecutan sirviéndose al principio de cuchillos de concha (cuando no los tienen de acero) o de pequeñas y bien afiladas hachas de piedra. Luego introducen tizones encendidos, con los cuales acaban por dejarlo como una arpa: hueco. A los extremos y en la misma dirección horizontal de la ranura, dejan unas puntas achatadas, a modo de orejas, de diez centímetros de largo, que sirven de eje y que penetran en los agujeros de dos gruesos bambúes que los plantan en el suelo y que dejan suspendido el tunduy a una altura de un metro cuarenta centímetros sobre el suelo. En tal instrumento golpean con un pequeño mazo, hecho del mismo palo, en el centro de la ranura ya descrita.

mo el "¡quién vive!" del experto centinela que descubre al enemigo; es como el sonoro toque del clarín, que concentra las diversas unidades de un ejército en campaña.

Por ésto, su lenguaje convencional, en forma de golpes precipitados o lentos y en número que varía según los casos, participa con exactitud a las gentes el caso de que se trata.

En general se lo tiene dentro de la casa y sólo raras veces en el patio de élla; pero ésto no se hace sino en tiempos de paz, que en cuanto se sospecha algún peligro, se lo guarda adentro, en el lugar que en todo tiempo le está reservado.

El tunduy anuncia las fiestas de la tribu, en general, o de las familias, en particular; él invita a las gentes a presenciar la macábrica liturgia de las tzantzas, que los vencedores hacen de las cabezas de los vencidos; sólo sus golpes, acompasados y lentos, indican el comienzo de la ceremonia y la presencia de Iwanchí, en la toma del *nate-ma*; y cuando, por un ataque sorpresivo, peligran el jefe o las familias de la tribu, el tunduy toca a somatén y atrae guerreros para la defensa.

Por lo mismo, el derecho de tocarlo corresponde al jefe de la casa, y sólo en ausen-

cia de éste es a los otros permitido usarlo, entendiéndose que han de tener en cuenta su edad y gerarquía para reemplazar al jefe ausente.

Tal es el instrumento que sirvió a Cugusha para llamar a la gente de la tribu. Estos no se hicieron esperar. A partir de unos minutos, cual se suceden las olas del mar que llegan a la playa en variedad de forma y dirección, así llegaban los guerreros a la casa de su jefe. Venían por el río y por el bosque. Llegaban sudorosos, fatigados por el uso de los remos o por el andar premioso. Roncos llegaban, a causa de los gritos y bramidos con que ensordecían la montaña.

Cugusha no se dejó ver sino cuando el patio de su casa estuvo lleno de hombres distinguidos por su experiencia o sus hazañas. Sólo entonces abrióse la gran puerta, y las gentes, hondamente consternadas vieron aparecer a su jefe cubierto de señales que auguraban el paso de una tempestad sobre la tribu.



Viéronle pintado el rostro de vivo color rojo, con dibujos de pequeñas viboras que le servían de cejas. Otras, que le mordían las sienes, serpenteaban por las mejillas hasta introducirle sus colas en los extremos de la boca. Unas, más pequeñas y delgadas, pendíanle de los párpados inferiores en número de tres en cada párpado, y dos o tres le

furcaban la frente simulando arrugas profundas.

Su cuerpo estaba cubierto de dibujos de serpientes que le venían envueltas en brazos y piernas; pero una, la mayor, cuya cola descansaba sobre el pie derecho, ascendía en varias vueltas hasta morderle el corazón con su gran cabeza, que tenía la forma de un candado.

Así, y ceñida la frente de una tahuasa (1) de hermoso plumaje, y apoyado en su larga lanza apareció Cugusha. Y cuando con ceño horrible y en voz ronca habló a sus gentes de su enojo con Tungui y de la probable presencia de éste y sus makumas en los contornos de la fortaleza, una parte de ellas, dividida en pelotones, lanzóse iracunda a buscarlos en la selva.

Aún era temprano. Tres horas hacía que los rayos del sol iluminaban la vasta llanura amazónica, cuando el ancho y cristalino Yaupe hallábase ya cubierto de piraguas y canoas, en las que llegaron los hombres de guerra de la tribu.

Por fin, en una especie de tartana pequeña y desmantelada, apareció Tupamba,

(1) Tahuasa: especie de corona de mimbre adornada con alas de moscas verdes, y plumas de colores variados y encendidos.

jefe de los logroños, que ocupan el frente de la desembocadura del Paute en el Santiago.

Mientras los exploradores ejecutaban su tarea, Cugusha designaba las fuerzas que debían afrontar el primer encuentro con las gentes de Tungui, a quien suponía oculto en los alrededores.

En torno de la fortaleza una muralla de hombres provistos de todas armas, gruñían bravatas que corrían de boca en boca, en medio de un desorden sin parecido.

En el patio, junto a Cugusha estaban, únicamente, los hombres que ejercían mando. Estos habían formado un Consejo, que discutía acaloradamente sobre los aspectos de la situación. Allí estaba el bravo Chamico, famoso por su campaña contra los macas. Allí los hermanos Tucupe y Purpata, que guardaban las bocas de los ríos Huambiza y Yaupe. Ahí, el gigantesco Pumbuna, de voz tonante y hercúlea fuerza. Ahí Tikara, cuya serenidad e inteligencia corrían a par con su firmeza y valentía en los combates. No faltaron varones que hubiesen brillado por su experiencia o sus hazañas en antiguos o recientes asaltos, pero, sobre todo, ahí estaba Tupamba, Jefe de los logroños, viejo y temible General de Cugusha, quien, por su edad y bien arraigados prestigios, llevaba la

voz y osaba discutir con el gran jefe sobre aquellos puntos en que no estaba de acuerdo.

Cugusha dispuso que Tikara, —uno de sus yernos— tomase *natema* el próximo viernes en el “Soñadero” de Pujúe, para evitar la presencia de algún atrevido makuma. Luego nombró los emisarios que debían partir a diversas tribus para proponer y concertar alianzas, a fin de engrosar los contingentes de guerra o impedir el paso de las legiones de Tungui que necesitaran atravesar sus territorios.

Tupamba rehusó todo trato con los macas, por entender que algunos de ellos se hallaban al servicio del Capitio (1) blanco, que había fijado su residencia en las orillas del Yaupe, a corta distancia de la fortaleza del jefe de la tribu.

Ya estaban tomadas las medidas de mayor urgencia. El sol, desde el cenit, lanzaba rayos abrasadores que los curtidos habitantes de la selva resistían indiferentes.

Unas mujeres sacaron grandes vasijas llenas de nijamanche y tres o cuatro canoas

(1) Capitio: jefe. Alude Tupamba al Teniente Político de Yaupe, una de las autoridades ecuatorianas localizadas en el alto Amazonas. Dicha autoridad ocupa la ribera derecha del citado río, a treinta kilómetros de la desembocadura de éste en el Santiago.

colmadas de yucas y peces asados. La hambrienta muchedumbre apresuróse a devorarlos en momentos que, del lado de las montañas de Ceipa, asomaron tres yaupes, sofocados de fatiga por la prisa con que deseaban avisar a su jefe la llegada de dos mensajeros de Cazenda, jefe de los cayamazas, quien anunciaba a Cugusha el avance de los chiguazas y paloras sobre los indicaymes y huambizas, con ánimo de sorprenderlos y pasar al Yaupe.

Los recién venidos referían haber oído a los mensajeros que los metzanguimes y petzeines, combinados con otras fuerzas de Tungui, llegarían simultáneamente con los paloras a sorprender a Cugusha.

Pero éste, lejos de alarmarse por tales noticias, echóse a reír. Bah! eso lo tenía ya previsto. Para evitarlo había dado las órdenes conducentes. Mandó que llamasen a los mensajeros y enseguida llevóse a la boca una pininga cuyo licor vació de una sola carga. El ejemplo fue brevemente imitado por los otros.

Luego, al mirarse y contemplar la cabeza de la serpiente que le mordía el corazón, sintió un estremecimiento; y, de un salto púsose de pie, y con voz enronquecida por la ira repitió su juramento.

El acto atrajo a gran número de gente que presenció la escena profundamente consternada. Mas, cuando Cugusha mencionó la parte en que invoca para sí las mayores calamidades, llegando al extremo de aceptar que sus mujeres sirviesen de pasto a quienes lo quisiesen, sin excluir ni siquiera a los cobardes, algo como una tempestad se desencadenó en las almas, y la explosión de rabia de los centenares de guerreros allí congregados, manifestóse en un rugido atronador y largo, que pareció conmover hasta los cimientos de la tierra.

Sólo Tupamba contemplaba la escena inmóvil y sombrío. Cugusha observaba a su general, extrañando su silencio, pero luego advirtió que aquel hombre, que semejaba una escultura de acero ligeramente oxidado, se hallaba bajo la presión de un sentimiento próximo a estallar.

Por fin, quiso decir algo, mas, al intentarlo, sintió que las mandíbulas se le habían contraído; y en un esfuerzo por sacudirse de aquel estado de analgesia, sólo consiguió resollar en un bufido que salió de sus labios envuelto en una porción de espuma.

Unos alaridos de Zoña llamaron la atención de la muchedumbre: "Najanda jaca huiñima! Najanda jaca huiñima!" (del cerro

traen muertos!, del cerro traen muertos!), clamaba élla. Y sus lamentaciones lastimeras contrastaban con el sordo rumor causado por la iracunda muchedumbre que se agitaba y revolvia como las olas de un océano en borrasca.

En efecto, del montículo inmediato trajeron los cadáveres de tres de los hombres que penetraron al bosque en persecución de la supuesta gente de Tungui.

— Qué fue?

— Cómo fue?

Todos querían conocer la causa y los detalles de aquella calamidad, y aún no alcanzaron a enterarse de que ésos fueron victimados por saetas que nadie pudo comprobar de donde partían, cuando, del lado opuesto apareció un pequeño grupo que gritaba: "Nájari jaca! Nájari jaca! (otros muertos, otros muertos!)

Llegaron, y en términos entrecortados por la fatiga, trataron de explicar que los cayamazas enviados por Cazenda, habían perdido la vida en el lugar en que esperaban la orden de Cugusha para presentarse.

Uno de ellos pretendía haber notado una sombra humana que descendió de un árbol y escapó ligera, ocultándose hábilmente; y al

observar el rumbo tomado por el fugitivo, vió moverse el ramaje en gran extensión, lo que revelaba la presencia de una hueste enemiga que pronto se lanzaría al asalto.

Cugusha no esperó más: cual tigre herido por imprudente cazador, que se le pone a la vista, imprecador y fiero lanzóse a la selva, seguido de muchos guerreros.

Tupamba detuvo a los que le fue posible y organizó dos grupos, a los que ordenó avanzar y cubrir los flancos de la masa que siguió a Cugusha. Destinó otros para el resguardo de la fortaleza y la vigilancia del río, y él, seguido de unos pocos, marchó procurando guardar contacto con el grueso de las fuerzas y los grupos dejados en la casa y en el río.

Esto, en momentos en que la escasa luz del crepúsculo se rendía a la oscuridad de la noche, que pronto se hizo profunda. Por lo mismo, Tupamba marchaba atento a todo rumor que indicara peligro, para acudir a donde fuese necesario. Transcurridos unos minutos de caminar a tientas oyó gritos, un clamor que provenía del río, en donde parecía haberse iniciado el encuentro.

Présuroso corrió Tupamba hacia el barranco, desde donde pudo ver que tres o cua-

tro flechas inflamadas de petróleo habían incendiado igual número de piraguas cuyas llamas, azotadas por el viento, propagaban el fuego de modo incontenible.

Varios hombres se esforzaban por apagarlo, pero sus afanes resultaban inútiles, y sólo conseguían chamuscarse las manos y los pies, por cuanto cortaban inconsultamente las amarras y dejaban en libertad embarcaciones que ardían y abrasaban a las otras a su paso, al ser arrebatadas por las aguas.

Cuando Cugusha, que no encontró sujeto alguno en quien descargar su enojo, recibió aviso del incidente y llegó a la orilla, la oscuridad de la noche le permitió contemplar el espectáculo de algunos centenares de piraguas envueltas en llamas gigantescas que, como luminarias de una procesión fantástica, desfilaban sobre las limpias y movidas aguas del caudaloso Yaupe.

LA TOMA DEL NATEMA



EN el vértice del ángulo formado por la desembocadura del Yaupe en el Santiago y a corta distancia de la orilla de esterío, existe un pequeño monte de forma triangular, que los habitantes de Logroño han destinado a la práctica del célebre rito de la "toma del *natema*".

Este recinto, que los jívaros llaman Pujúe, permanece casi siempre solitario; pero ahora, el humo de una hoguera próxima,

indica que alguien se encuentra al pie del sacro monte, en el que acaso está oficiándose la importante ceremonia.

Son las tres de la tarde. Un sol reverberante caldea la arena de las playas del Santiago cuyas aguas, medio represadas por una voluptuosa curva de su cauce, no están cristalinas ni frescas; sólo la fecunda vegetación de sus orillas conserva el verdor de siempre.

Una bandada de loros pasa por lo alto saturando el ambiente de loca algarabía, y grandes partidas de monos, de familias y tipos diversos, producen en el bosque un sordo rumor, causado por el apetito con que devorarán las huabas, caimitos y cacaos que se hallan en sazón por ser el mes de Enero.

Al Sur y al Norte se ve la gran hoya del Santiago cuyas aguas arrastran el oro que tanto busca la codicia humana. Al Oeste, una inverosímil accidentación del suelo se levanta de cerro en cerro, de pico en pico, hasta diluirse, en manchas azulinas y borrosas, allá, en las nevadas cumbres del Nudo del Azuay. Al Este, tras de la depresión que en ese punto padece la cordillera, la fecunda y siempre verde llanura del Amazonas, como un mar de esmeralda, ostenta la variedad infinita de su flora inagotable.

En el río, desdeñosamente abandonadas a los caprichos de la corriente, como batalladores que todo lo han perdido en la contienda y a quienes el minuto que llega les es indiferente, así bajan unas vigas que debieron haber formado parte de una de esas balsas que se improvisa de apuro y se las deja en donde quiera. En las ranuras de sus extremos se ve clavadas unas estacas de chonta, que habrán servido para sujetar los cruceros sin necesidad de amarras.

Una
barca des-
hecha, en
pedazos...
¿por qué?
De qué tra-
gedia son
testigos
esos des-
pojos que



el río lleva al mar, tal como el Tiempo arrebató a los hombres a la muerte? Ah! quién sabe si este, como tantos otros dramas de la humanidad, ha caído en el misterio, sin causar mayores inquietudes, sin provocar inútiles efusiones de lágrimas!

Esos despojos se van, se alejan, se pierden como devorados por la fría serenidad

del tiempo que pasa, que pasa indiferente, recogiendo en su seno infinito y borroso todas las bondades y todas las miserias de la especie humana

Una viga torcida, último despojo de la deshecha barca acaba de pasar como agobiada de pena, al dejar el suelo en que nació y creció, y del que se aleja para siempre.

Y nada más. El cielo y la tierra siguen lo mismo, lo mismo que antes. El sol no se ha detenido a contemplar el drama, no: hoy como ayer, como todos los días que pasaron, sigue su curso; ¡y qué! ¿acaso él no ha de convertirse también un día en misero despojo de una gran tragedia?

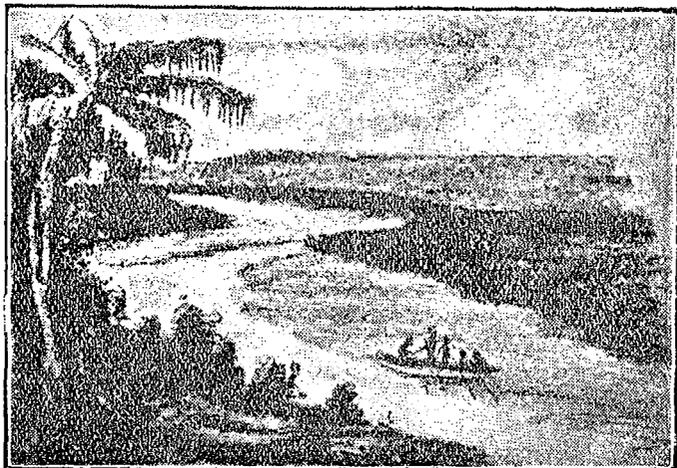
¡De una gran tragedia! ¿Qué valor tiene lo grande dentro de lo infinito?

Las aguas del río han quedado solitarias y desnudas, y sólo se escucha el tronar de su torrente y el rumoroso canto de sus olas.

De allá, de un recatado rincón de la playa, que yace a corto trecho del Pujúe, un hombre saca esquivo la cabeza, explora brevemente la parte inferior del río, luego mira los contornos y desaparece.

De abajo, del fondo de la curva sube una canoa. ¡Qué pronto surca! Robustos deben ser los brazos que la guían contra el

poder de la corriente. Uno, dos, tres, cinco jívaros vienen dentro y todos emplean remos y tahonas. (1)



En la playa, el hombre aquel que se recata de todas las miradas, ágil, como el mono, tréparse por el tronco de un frondoso canelo, (2) del que se desliza por las ramas de la copa hasta colocarse a horcajadas en una de ellas. Con rápida mirada vuelve a

(1) Tahona: palo delgado y largo del que se sirven los jívaros para impulsar o detener la canoa, afianzándolo en el lecho del río. Lo usan, especialmente, cuando tienen que surcarlo.

(2) Canelo: árbol de frondosidad extraordinaria cuya corteza, además de ser medicinal es perfumada y sirve para condimentar los alimentos.

explorar las aguas, y al ver la embarcación que avanza, que va a pasar por su delante, agazápase, lleva a sus labios una cerbatana, (1) y zas! uno de los cinco cae al agua después de lanzar un grito. En seguida, nueva saeta se clava a la nuca de otro de ellos: también ese grita y cae de espaldas, desplomado a lo largo de la nave.

Los restantes, que han comprendido lo inútil, mas aún lo peligroso que sería detenerse a inquirir el punto de donde partían las saetas, échanse precipitadamente al agua y desaparecen.

Por qué no surgen? Cayeron acaso en las fauces de los grandes peces que crecen en el río? ¿Se hundieron para siempre? No. Uno, dos, los tres, como de acuerdo, salen casi juntos a la orilla opuesta, y veloces, como las flechas de sus arcos, refúgianse en el bosque sombrío que sabrá guardarlos.

Al mismo tiempo, el que usó la cerbatana baja presto del árbol, y arrastrándose por el suelo, como una serpiente, llega al río, a cuyas aguas se arroja de cabeza y de las que no sale sino después de breves minutos, durante los cuales sólo tres o cuatro veces

(1) Cerbatana: tubo delgado y largo, fabricado, por lo general, de chonta, con el que disparan las saetas.

ha reaparecido hasta el cuello para tomar aliento.

Entre tanto el humo de la hoguera sigue manifestándose al pie del sacro monte, en donde una mujer ya vieja, cubierta de un harapo, que la deja desnudo un hombro y uno de los senos, un adolescente de mal aspecto y un hombre de recios músculos están en la cabaña que yace al pie del "Soñadero".

—Duerme todavía?— pregunta la anciana.

—Hace poco estuve arriba, y ví que su sueño era profundo. Está boca abajo, ni siquiera se le oye respirar. Seguro de que dormirá todavía hasta el anochecer, bajé de nuevo para distraerme conversando contigo.

—Por qué no has dejado arriba siquiera al muchacho? Deber de quienes ofician es no desamparar al *tzentzaca*. (1)

(1) Tzentzaca: nombre que los jívaros dan a la persona que bebe el zumo del natema. Ese acto, de gran importancia entre ellos, sólo se efectúa cuando necesitan consultar con Iwanchi — dios o genio de la selva — algún negocio de supremo interés para la tribu. Por esto se designa para tzentzaca sólo a persona de gran confianza, y esta condición es inherente a los "oficiantes" o personas que le acompañan. El tzentzaca toma natema y duerme treinta horas poco más o menos, constantemente vigilado por dos o tres oficiantes. Su despertar es doloroso: gesticula, echa espuma por la boca, chilla, bufa, se retuerce, en un espasmo de martirio intenso. Luego, cuando

—Lo sé; pero Pumbro y yo nos aburrí-
mos de esperar tanto. Además, si duerme
tranquilo y no se advierte nada que pudiese
alterar el curso de la ceremonia, ¿por qué
no bajar a conversar contigo, que estás más
sola que nosotros? Por otra parte el “Soñá-
dero” se halla tan cerca de esta cabaña.

—Pero no es natural lo que sucede aho-
ra. Nunca se ha dado el caso de que el
tzentzaca duerma durante dos soles enteros.
Le has visto bien? Créés que dormirá toda-
vía más? Tan largo sueño me intranquiliza
y ya comienzo a recelar si no le habré dado
a beber en exceso el zumo de natema. El
natema es veneno y veneno activo cuando se
propasa la dosis. Pero nó: estoy segura de ha-
berle dado la cantidad necesaria y nada más.
Muchas veces he servido el oficio y nunca
lo hice mal.

—No te inquietes, Puni. Recuerda que
Tikara quería ver a Iwanchi. Hoy, que se
halla en su presencia y escucha sus mandatos,
acaso ha perdido la cuenta del momento que
debe entrar en trance.

—Quisiera verlo.

estos síntomas se calman, entra en “trance” y entonces pro-
fiere palabras y frases poco coherentes, con las que refiere la
visión que tiene, las palabras que oye y los mandatos que re-
cibe. Todo esto es interpretado por el jefe de la tribu, o por
el que hace de tal, como mejor le parece.

—Ni pensarlo, Puni. Antes del “trance” solamente los oficiantes pueden ver al *tzentzaca*. Recuerda que el mismo Cugusha no debe acercarse a él sino cuando hubiere despertado.

—Pero antes que la chambira (1) haga sombra a la puerta de la cabaña estaré allá —me dijo Cugusha.—La sombra está ya muy adentro y no llega todavía. ¿Por qué pasa ésto? Espíale, Pumbro, —dijo al muchacho— y tú, Chungui, sube y ve si Tikara, ha despertado.

Sin replicar palabra, uno y otro salieron a cumplir la orden dada por la madre de Cugusha.

Puni sentía zozobra. Un instintivo sentimiento golpeaba su corazón de miedo extraño. Experimentaba una imperiosa necesidad de ver personalmente a Tikara; pero ¿cómo infringir una ley cuyo vicioso cumplimiento podía ser fatal a todos? Si élla se acercara al *tzentzaca* a tiempo que Iwanchi estuviese revelándole los secretos del porvenir e instruyéndole de lo que debía hacerse para triunfar de Tungui, irritado Iwanchi, no sólo se callaría lo demás sino que se hundiría con cerro y todo, dejando un abismo en don-

(1) Chambira: palmera que produce una fibra dorada de preciosas cualidades textiles.

de fue una cima. Oh, no! Jamás quebrantará élla las leyes del sagrado rito, jamás, por causa suya, padecerá fracaso en sus negocios su gran hijo Cugusha.

Pero su intranquilidad era angustiosa: sentíase sofocada. Su corazón la llamaba de apuro, golpeando fuertemente la caja de su pecho esqueletado. "Pero ir a la orilla y ver si asoma mi hijo, no me está vedado" —pensó:— y resuelta a llenar este deseo salía ya, cuando Chungui se le presentó, y no pudiendo hacer otra cosa, soltó la verdad con estas palabras:

— ¡Puni, Tikara ha muerto!

— ¡Qué dices?

— Está muerto!

— Quién!

— El *tzentzaca!*

— ¡Ti Tikara ?

— Tikara, sí, Tikara.

— Tal vez el natema?

— No. Una mano enemiga ha clavado en su garganta tres saetas.

Abriéronsele desmesuradamente los ojos, y un grito, una explosión de gritos prolongados y agudos inundó en lágrimas el rostro de la pobre vieja. "¡Cómo ha de ser que

sucediera eso cuando Cugusha, por mayor seguridad, designó para el rito únicamente a personas de su mayor confianza? ¿No soy yo su madre? ¿No eres tú su hermano, y Pumbro no es su hijo? ¿Cuándo ha sucedido semejante desgracia?

Y puesta la palma de la mano bajo la barba, lloraba desesperadamente mordiéndose los dedos y mirando a Chungui como aturdida.

Chungui, que había perdido la facultad de moverse, miraba a la anciana y oía su llanto, medio petrificado.

Puni vertía sangre de los dedos que se mordía en el colmo de su desesperación.

Horrorizábase ante la idea de que llegara Cugusha y le preguntara: "¿Qué hay? ¿Cómo está el *tzentzaca*?" Ella, ¿qué respuesta le daría? ¡Oh, no quería pensarlo! Y sus gritos, desatándose de nuevo en sucesión incontenible, alcanzaban las más altas notas del diapason, mientras sus dedos quedaban deshechos entre sus dientes, que se le contraían y entrechocaban nerviosamente al influjo de una perturbación sin parecido.

Pero brilló en su mente una luz: ¡morir! "Antes que verme en presencia de Cugusha, morir, mil veces morir!" — pensó. — Y esta solución hallada al terrible problema que tenía delante, la tranquilizó de golpe. Recordó

que le quedaba una porción de zumo de natema bastante para embriagar a tres hombres: élla se lo bebería todo, y dormiría para siempre.

—Una sola de las saetas está envenenada—dijo Chungui, quien, por fin, había recobrado su consciencia.—El asesino, después de clavarlas en la garganta, ha volteado el cadáver.

—¡Claro, si tú has dado tiempo para todo, por no permanecer en tu puesto como era tu deber hacerlo!—repuso la anciana, irritada contra él. Pero luego arrepentida, mirando en torno suyo como temerosa de que Cugusha, por haberla oído, matase a su hermano al conocer su falta: “No, que no lo sepa nunca”—añadió en voz bajita.—Oye Chungui, cuando venga, dile que yo, que estoy muy vieja y no sé lo que me hago, he propasado la dosis que dí a beber a Tikara. Dile que por esta causa ha muerto su yerno. Pero antes corre y aparta las saetas de su garganta.

Al oír estas palabras, un sentimiento de satisfacción profunda brilló en las pupilas de Chungui. Pensó que por ese medio iba a librarse de toda responsabilidad ante su hermano; pero una idea, idea confusa, que no pudo precisar por el momento, echó la

sombra de una inquietud sobre su espíritu. Sin embargo, antes de marcharse, preguntó:

— Quieres que haga eso?

— Pronto! ¿Por qué demoras?

— Voy.

Y se alejó enseguida.

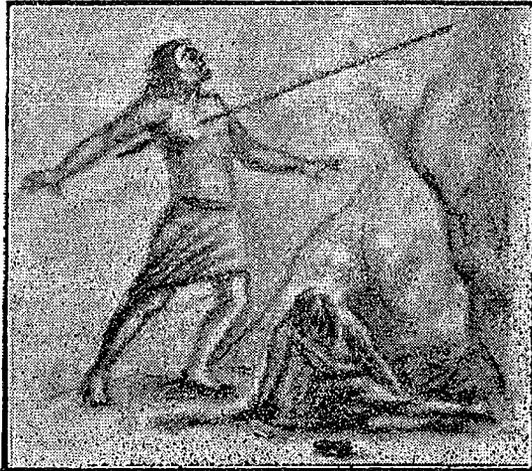
Pero esa idea, en los primeros momentos imprecisa, llegó, por fin, a perfilarse clara y repugnante en su conciencia. Pensó que ese acto echaría toda la responsabilidad sobre su madre, que no intentaba otra cosa que sacrificarse por él.

Mortificado por esto, detúvose, reflexionó un instante, y luego, avergonzado de sí mismo y agradecido a élla, volvió sobre sus pasos y descendió la cuesta, resuelto a no aceptar un bien que tan humillante le sería.

Bajó de prisa, llegó sintiendo por primera vez en su vida, un vehemente deseo de abrazar a su madre, de expresarla por algún medio su admiración y reconocimiento. Mas, al entrar a la cabaña, vió que la anciana, plenamente agobiada sobre una de las piedras del hogar, respiraba forzadamente, debatiéndose silenciosa en los estertores de una dolorosa y breve agonía. A su lado, la pininga que contenía el brebaje, estaba vacía. Sorprendido, dió un paso atrás, luego se acercó, la tomó del brazo y la sacudió llamán-

dola; con fiero grito volvió a llamarla, pero, todo en vano: su madre estaba muerta.

Algo, como las fauces de una fiera, mordió su corazón. Una sombra negra veló sus ojos y arrugó su frente, y toda su conciencia de hombre, de guerrero, de valiente, le gritó: "¡Cobarde!"



Entonces, un insufrible sentimiento de vergüenza apoderóse de él. Sintió desprecio de su propio sér, y también él, con su voz de trueno, se gritó: "¡Cobarde!", y apoyando su lanza contra el muro, se atravesó con élla.

FRENTE A FRENTE

ENTRE tanto Cugusha y los dos compañeros que le quedaban cruzaron de nuevo el río a dos o tres kilómetros arriba del lugar en que hubieron de arrojarse al agua.

Ignorando cuantos eran los hombres que lanzaban sus flechas contra él y los suyos, creyó desorientarlos internándose al bosque, sin dejar huellas que pudiesen delatarle, hasta ponerse en contacto con Tikara, quien debía hallarse en pleno estado de trance.

Así, pues, sin detenerse a mirar atrás, preguntó al compañero que más de cerca le seguía:

- Nos persiguen?
- Tza. (No).
- Ha sonado el tunday?
- Tza.

—Hay que andar atentos, pues ya se ve que estamos rodeados de peligros.

—Al otro lado—dijo el que caminaba al último—sentí algo como el rumor que causa el tigre que acecha y persigue, pero, después de fijarme atentamente, comprendí que me había equivocado.

Caminaban a trote. En pocos minutos se aproximaron al Pujúe, cuyas bases alcanzaron a mirar por entre los troncos de los árboles.

—Ya estamos cerca y, sin embargo, temo que un nuevo contratiempo retarde mi llegada al Pujúe. Eso sí sería de fatales consecuencias—añadió el jefe de los yaupés.

—Ya llegamos—contestó uno de los hombres que le acompañaba.—Pronto vas a ver a Tikara.

—Pero por qué no suena el tunduy, anunciando el trance del *tzentzaca*? Más de tres horas hace que estamos al alcance de la voz del instrumento, sin que se le haya oído en ningún instante. ¿Habrán llegado los enemigos hasta el "Soñadero"?

—Talvez—respondió el otro.—Quizá por eso no tocan el tunduy.

—Pero en ese caso Chungui o Pumbro me habrían salido al encuentro a darme aviso.

—Y si los hubiesen cogido de sorpresa?

—Sorpresa? Qué sorpresa puede darse a los oficiantes de un *tzentzaca*? Tú sabes cuales son sus deberes; y un hermano y un hijo no pueden faltar a ellos. En todo caso Puni, mi madre, habría sabido llegar a mí con la noticia.

—Y si hubiesen matado a Chungui y Pumbro, y hubiesen atado a tu madre contra un árbol?

Casi no había terminado la última palabra, cuando el que hablaba se llevó la mano a la nuca y cayó como fulminado; y antes de reponerse de la sorpresa, también el otro lanzó una maldición ahogada en sangre, por efecto de una flecha que se le clavó en el pulmón izquierdo y penetró hasta asomar la punta por la laringe.

La impresión causada por tan inesperado accidente produjo en Cugusha una perturbación de la que no pudo salir sino después de algunos instantes, ávido de hallar sujeto en quien descargar su ira.

Entonces, detrás de un matorral cercano vió salir un gallardo mancebo de su raza, quien,

en marcial apostura y en voz reposada pero enérgica, de esta manera le dirigió la palabra:



— Cugusha, jefe de los yaupes, óyeme: Soy Etza, el guerrero que tiene derecho de amar a Noria porque Noria, desde niña,

turbó los sueños y el corazón de Etza. Por élla vine al Makuma desde las orillas del Huazaga, y ocupando un puesto en las filas de Tungui, he tomado parte en algunas de sus empresas bélicas. Pero veo que tú la quieres, puesto que llegaste a la casa de su padre a pedirle en matrimonio. Por eso te aborrezco y necesito

tu cabeza. Para tenerla seguí tus pasos desde aquella noche, y aunque varias veces te tuve al alcance de mi lanza o de mis flechas, no lo hice, porque he querido que tú solo conozcas al guerrero que por amor a Noria, ha sido capaz de penetrar a tu territorio a desafiar tus iras.

Gran esfuerzo hubo de hacer Cugushã para contener sus impetus y responder a su contendor en esta forma:

—Por tu arrogancia entiendo que Tungui y sus makumas te guardan las espaldas.

—Te equivocas. De los hombres de Tungui soy el único que ha entrado a tus dominios y te ha seguido por todas partes.

—Siendo así, por qué no has hecho antes lo que hoy?

—Las precauciones que hube de tomar para escaparme de la fortaleza de Tungui, la noche que estuviste en ella a pedir la mano de Noria, impidieronme encontrar tus huellas, que sólo las hallé a la mañana siguiente.

—De modo que tú

—Para que conozcas tu situación y te apresures a remediarla, sólo te diré: Todo cuanto has hecho lo he visto con mis ojos. Yo clavé mis flechas en el pilar de tu casa para avisarte mi presencia cerca de ella. Victimé a los cayamazas, para evitar que oyese lo que tenían que decirte. Maté a tres de tus yaupes, porque esos consiguieron descubrir mis huellas y no era mi propósito luchar con ellos. Enseguida prendí fuego a las piraguas de tus hombres, y hoy he matado a tus cuatro compañeros, para que tú

solo conozcas al guerrero que clavó con su mano tres saetas en la garganta de Tikara.

Al oír Cugusha que Tikara había muerto, lanzó un rugido salvaje, y de un salto trató de herir a Etza con su lanza; pero éste, con flexibilidad admirable, esquivó el golpe y dió el suyo, que el jefe de los yaupes evitó con no menor destreza.

Y entonces, cual hambrientos leones que han olido una presa, y, ansiosos de devorarla llegan a ella al mismo tiempo, y, al encontrarse, miranse torvos hasta que, acosados por el apetito de la carne, se la disputan con singular fiereza, tal los rivales, en colosal contienda, asordan y descuajan el bosque con el ímpetu de sus golpes y saltos, con el estruendo de sus rugidos iracundos.

Los azares de la lucha los lleva hasta el pie de un peñón en cuya base, dos tigres —macho y hembra— tienen su cubil.

Fastidiados éstos por el ruido, que se les aproxima tanto, agrandan los ojos; la piel se les estremece y tiembla en diversos puntos de su cuerpo. Abre el macho las fauces y se relame el hocico, sin resolverse a dejar su guarida.

Implacable es la saña de los guerreros. La presteza del uno en atacar es igual a la destreza del otro en defenderse; y en el fer-

vor de una lucha que sólo pone de relieve su coraje y maestría, los dos hombres chocan, saltan, rugen como fantasmas locos, acosados por la Muerte.



Sobresaltados los tigres, de un brinco salen y se sitúan a corta distancia de los contendores, como si quisiesen presenciar el formidable duelo; pero un golpe de lanza de Etza, rompe y hace saltar del escudo de Cugusha un trozo, que dando vertiginosas vueltas en el aire pasa rozando el cuello del macho. Exaltado éste, alza la cabeza, pone fuego en los ojos, y al resollar, para mostrar

su enojo, descubre la monstruosidad de sus colmillos poderosos.

De escudos y lanzas no queda en manos de los rivales sino pedazos; pero ellos, al calor de sus ofensas y en su recíproco afán de acabar el uno con el otro, extreman sus ataques entre gritos y saltos que irritan a las fieras y las hacen abrir las fauces y sacudir con ira la cabeza.

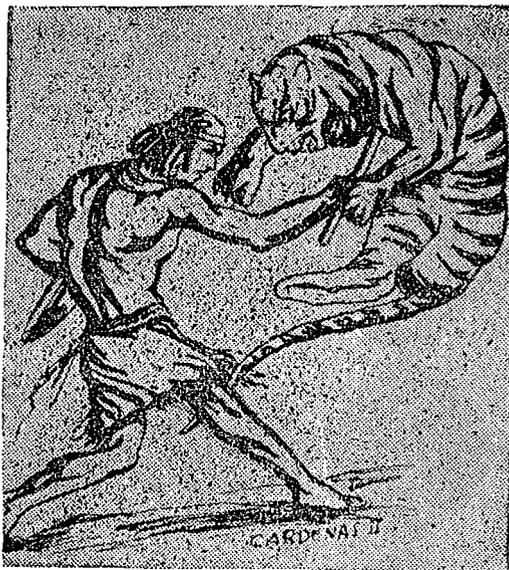
Por último Etza, en una de sus embestidas, que su adversario dejó pasar en blanco, dá con su cuerpo contra un pequeño arbusto que se voltea de cuajo sobre uno de los tigres.

Un rugido lanzado por éstos, paró en seco a los dos hombres, que no podían desatender tan extraño peligro, y menos cuando el jefe de los yaupes, que vió irsele encima una de las fieras, gritó:

— ¡Yaguar Tzéquenma! (¡salta el tigre!)

Y antes de serle posible situarse detrás del tronco de un árbol que lo protegiese, la hembra pasó por sobre su cabeza, tocándole apenas con la garra el hombro izquierdo, merced a la rapidez con que Cugusha logró escurrirse por el suelo como una serpiente.

Etza, que no pensaba otra cosa que ayudar a su adversario, no tuvo esa fortuna: el macho pasó por encima, desgarróle el pecho hasta la base de



la mandíbula inferior. No obstante; al nuevo brinco de la bestia, el mancebo logró encajarle entre pecho y espalda todo el resto de la lanza que le quedaba.

El animal cayó a sus pies, debatiéndose en violentos estertores de agonía. El trozo de lanza, acuchillado y cortante por la fractura, habíale penetrado en la región inferior del corazón, y allí se quedó incrustado, causándole la muerte entre espantosos rugidos de dolor y rabia.

Mientras tanto la hembra, en otra embestida que Cugusha no pudo evitar de modo suficiente, llevóse en sus garras la oreja izquierda de éste y el casi deshecho escudo con que trató de defenderse. Pero élla estaba también herida en el cuello y el vientre, por lo cual, mayormente irritada, multiplicaba sus ataques con tal furor y violencia que hacían temblar el suelo.

Etza, convencido de que el animal que yacía tendido a sus pies no se levantaría más, e impaciente por acabar con la hembra, recobró el trozo de lanza incrustado en el cuerpo del macho, y rápido, de un salto la sorprendió, a tiempo que el animal se disparaba sobre Cugusha. El arma entró por el lomo hasta el vientre de la bestia, la que, por esquivar el encuentro, trató de ladearse, llevándose clavada en las entrañas la matadora chonta.

Tres o cuatro botes rabiosos dióse en el suelo, maullando y volviendo vertiginosamente a un lado y otro la cabeza, por morder el arma, que la desesperaba de dolor y la impedía moverse libremente.

Un instante, los dos hombres se miraron con ojos en los que el odio había desaparecido por completo. Pero no hubo tiempo

para más porque, cuando menos era de esperarlo, cual gruesa bala que sale de un obús, disparóse el animal sobre Etza, quien, arremolinado por el rudo golpe recibido en la cabeza, y desgarrado en la espalda por un zarpazo, rodó lejos y quedó boca arriba, rígido, como muerto.

La fiera trató de volver sobre él, pero Cugusha la salió al encuentro y la clavó en el pecho el agudo fragmento de lanza de que disponía.

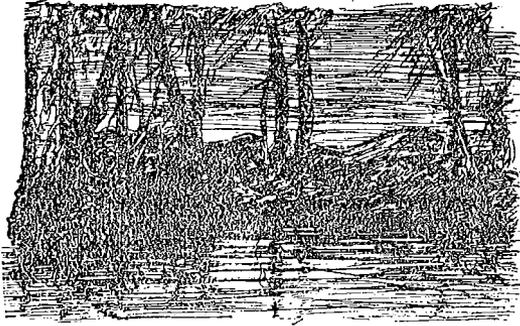
Bocarrriba, pálido, inerte y anegado en su propia sangre, el amado de Noria parecía un cadáver junto al convulsivo cuerpo de la fiera, que dejaba la vida llenando de pavor la montaña oscurecida por las primeras sombras de la noche.

Fatigado, con los músculos palpitantes por efecto de la emoción y de la lucha, el jefe de los yaupes observó de pie los últimos estertores del animal, y luego, agarrándole de una pata, lo separó del cuerpo de su adversario, el que trató de voltear empujándolo con el pie. Después de contemplarlo unos instantes vino en tentación cortarle la cabeza; pero pronto rechazó la idea por lo indigno que sería hacerlo en tratándose de un enemigo a quien él no había vencido. Por

último, al sentir la sangre de su hombro y oreja heridos, que cayendo en gruesas gotas le bañaba los pies, pensó en buscar un remedio, y con ese propósito, paso a paso, alejóse de aquel sitio, cuyos recuerdos trató de fijarlos en su mente.

RESURRECCION

NUEVE largas horas permaneció inerte, desgarrado, sangrando el cuerpo del joven héroe, por cuya ausencia Noria, la bella hija de Tungui, moría de tristeza.



A la borrosa claridad del crepúsculo sucedió la profunda oscuridad de las noches de menguante, y sólo seis horas después, la pálida luz de las primeras estrellas comenzó a disipar la sombra, que luego cedió el campo a la argentina claridad de la luna que surgía del horizonte, embelleciendo la infinita y paradisiaca región del Amazonas.

En la selva, el alma misteriosa del Creador palpita. La vida, en explosión fecunda y redentora, bulle y se manifiesta en todas partes. Oyese el rugido del tigre carnicero, entre lúgubres aullidos de chacales y maléficis graznidos de valdivias agoreras. (1) Cuando el trueno de las cataratas que se precipitan de las peñas, apagando el murmullo del arroyo cuyas aguas besan a la flor y

después de saturar de armonías el ambiente de la tarde, reposan en las ramas, mientras innumerables partidas de monos, regocijados y traviosos, celebran el banquete ofrecido por los árboles, cuyos frutos, maduros y sabrosos, cuelgan por doquiera.

Abajo, desde el insecto diminuto hasta el leopardo y la gran bestia, en cantidad y variedad inverosímiles, colman el bosque de palpitaciones y rumores intensos; en tanto que fantásticas miriadas de recamados peces, rayan en todas direcciones el agua de los

(1) Valdivia: ave nocturna cuyo graznido lo consideran fatídico las gentes de la selva.

lagos y los ríos, cumpliendo, en plenitud de actividad y movimiento, el supremo mandato de crecer y multiplicarse.

Así, cuando todo se agita en prodigiosa fermentación de vida, sólo el amado de Noria, trágicamente caído permanece inerte, rígido, como cadáver. Sin embargo, aunque sólo fuese de modo imperceptible, su corazón palpita, sostenido por la tenacidad con que la Vida disputa a la Muerte el derecho de llamarle suyo.

Mas no por eso la Muerte renuncia la presa: ahí, a su lado, está, exprimiéndole afanosa los tubos sanguíneos, hasta vaciarlos en la cantidad necesaria para extinguir definitivamente la circulación y el calórico que, a pesar de sus mínimas proporciones, le impiden la posesión del cuerpo que ella quiere arrebatarse hacia su lecho misterioso.

La Vida, en cambio, enternecida y amorosa, cierra los rojos labios de las heridas, e impide el flujo de la sangre, de la poca sangre que circula en aquel organismo joven, cuyas excelentes condiciones biológicas cooperan con ella para animarlo y defenderlo de la acción destructora de la traidora Muerte.

Entre tanto el olor de la sangre atrae grandes cordones de hormigas. Algunos animales carnívoros irían a satisfacer sus ape-

titos a no mantenerlos a raya los cadáveres de los tigres.

Mas, he ahí: como ancha y oscura cinta de seda que el viento ondula y arrastra, una serpiente se acerca, y pegando la punta de su boca emponzoñada y temblorosa a uno de los pies del mancebo, lo repasa todo; luego avanza, lleva su cabeza triangular hasta el estómago, de ahí sigue rastreando vibratoriamente sobre las heridas, como buscando en éllas algo con que alimentarse. Por último, atraída por lo tibio de la piel, sube y se enrosca sobre el pecho en una serie de anillos que forman un cono, dentro del cual encaja su cabeza.

La sangre, no pudiendo fluirse toda por donde salió una parte, torna de nuevo a las arterias y vasos; y esta función, que poco a poco se regulariza, comienza a devolver la sensibilidad al cuerpo inanimado. El dolor ha provocado estremecimientos evidentemente reveladores de una reacción favorable.

Se ve que el párpado superior del ojo izquierdo se le contrae, a tiempo que, en el cuello y uno de los muslos, se advierte una palpitación breve, que luego varía de lugar y se intensifica hasta causar el movimiento de un pie, como consecuencia de un dolor causado por el reflujo de la sangre.

Después, la contracción de una rodilla, imprime una sacudida general a todo el cuerpo. Sorprendida por esto la serpiente, saca la cabeza, abre los ojos, cuyas pupilas se agitan como gotas de sangre temblorosas; mas, al ver que nada se mueve, vuelve a guardarla en el estuche de su propio cuerpo.

Pero luego una pierna, un brazo, el tronco mismo del guerrero vibran y se contraen de dolor. Esto inquieta al reptil hasta hacerle erguir el cuello, enseñando una cabeza cuya lengua, delgada y negra, entra y sale con rapidez, semejando la lanzadera de una máquina.

Locos le bailan los ojos dentro de los redondos y amarillos párpados. Pronta a morder y verter su ponzoña, busca en el aire la causa que la fastidia al moverse el blando y tibio lecho sobre el cual reposa.

Por fin, el mancebo encoge una pierna y crispera las manos como tratando de asirse de algo. Esto aumenta el enojo del reptil cuya cabeza, tendida horizontalmente, muévase a un lado y otro en ansia histérica de morder.

Un sapo de gran tamaño sale de la base de un cercano tronco. La serpiente, al verlo, alarga la cabeza y se arrastra en pos del pobre renacuajo que luego será su presa.

Fue a tiempo; pues que, a causa de otro dolor agudo, el amado de Noria agita un brazo y se tuerce, dejando ver en su rostro una penosa mueca que persiste hasta que los ojos, los yertos ojos se abren; y en sus pupilas húmedas, casi marchitas, la blanca luz de la luna se refleja, convirtiéndola en dos lagos oscuros cuyo fondo retrata el firmamento.



Pero esos ojos nada ven. La insuficiencia de sangre en las venas, ha paralizado su función inductiva, y ahí se están abiertos, inútilmente abiertos, sin percibir las cosas que los rodean. Sin embargo, al correr de los minutos, el mundo externo empieza a herir el alma del amante, que ha perdido en absoluto la noción de su propio sér.

Boca arriba, con los párpados abiertos y las pupilas fijas en la luna que se hunde en Occidente, pálido, con el pecho desgarrado, el joven teniente de Tungui no consigue formular un solo recuerdo que estimule

su memoria y le ponga en relación con el pasado.

Pero el cielo, la luna, las estrellas, todos los mundos que flotan en la profundidad de la esfera celeste, aunque lejanos, melancólicos, silentes, comienzan a despertar ciertas reminiscencias cuyos contornos no puede precisar, pero que las ha vivido, porque, imprecisas y todo, son las voces de un pasado que torna a repercutir en alguna parte de su cerebro y su corazón.

Y esas primeras reacciones del sentimiento y pensamiento despejan lentamente su memoria en forma tal, que, poco a poco, un enjambre de recuerdos invade su mente; y andando en ellos vuelve a ver a Cugusha interesado en arrebatarse la princesa amada.

Tan odioso recuerdo, al que se unen otros, como su lance con el hombre que aborrece, exalta su espíritu hasta hacerle imaginar que lo ve otra vez a su lado provocándole; y esto sí que no puede tolerarlo. Como impulsado por un resorte álzase de pié, yérguese iracundo, febril, dispuesto a continuar la lucha hasta matarlo.

El acto restablece definitivamente en él la circulación de la sangre que la Vida, por un milagro, ha hecho crecer, transformando

ciertas células en el maravilloso fluido rojo, alma del organismo animal.



De pie, pálido, como espectro, con ceño amenazador, mira el lugar en donde vió por última vez a su adversario; y al no encontrarle allí ni en parte alguna, detiene sus ojos en el tigre macho muerto, luego en la hembra: uno y otro caídos como míseros harapos.

Pero la falta de sujeto con quien luchar afloja sus músculos y cae de golpe a tierra, vencido por la debilidad, que tiende a privarle de movimiento.

Una ráfaga de aire frío concluye por helarle las carnes, a tiempo que la luna desaparece detrás de la cordillera, empalidecida por la aurora que matiza de luz y de colores el cielo de Oriente.

Algo más de tres horas permanece así, atormentado por sus heridas. Mas piensa en el peligro que corre al encontrarse en tales condiciones en medio de sus enemigos. Si llegaran a sorprenderle sin armas y en tal estado de incapacidad para defenderse, ¿qué no harían de él? Esta reflexión reanima sus miembros; y al imaginar la pena de Noria por su ausencia, levántase y trata de caminar hacia el Makuma.

Tres horas—que le parecen eternas—anda, sostenido por su voluntad indomable; pero no puede más: los ojos se le nublan, pecho y espalda le duelen horribilmente; vuelve a sangrar alguna de sus heridas, y la sed, una sed devoradora acaba por aniquilarlo. Por fin, pierde el equilibrio y cae.

Y sueña que su amada, de pie sobre el barranco y destacándose del fondo de un cielo azul, le ofrece una vasija llena de fresco nijamanche, y unas yerbas para curar sus heridas. Ceñida su coronita de plumas, estírase hacia él para entregarle sus ofrendas.

El, desde la orilla opuesta, no consigue dar ni un paso porque una causa desconocida paraliza sus miembros; pero élla insta; para tentarle más, blanco chorro de nijamanche deja caer, e impaciente por su tardanza, y en su anhelo de llevarle a los labios el néctar que le ofrece, alarga los brazos, da un paso más y rueda al abismo....

Hórrido grito estalla del pecho del amante, lanza de nuevo un angustiado grito, y despierta. Y al ver que la espantosa visión ha sido sólo una pesadilla, pónese de pie y reemprende la marcha, visiblemente confortado por las horas de reposo.

Y andando, andando, al descender una ladera ve unos bejucos de natema, que cuelgan de los árboles, buenos para embriagar como para curar heridas. Deseoso de aplicarlo a las suyas toma algunos pedazos y, no hallando una piedra con qué machacarlos, mastica pequeños trozos; con ese jugo humedece las desgarraduras de su pecho y espalda, que parecen irritadas; y así, masticando natema y aplicando la saliva a sus heridas, anda por acortar la distancia que le separa de su amada.

El remedio produce pronto y eficaces efectos, merced a lo cual puede soportar una marcha de siete horas hasta que un nuevo

debilitamiento le obliga a caer, vencido por la fatiga y la fiebre.

En su delirio ve lejos, entre penumbras, que Tungui, desgredado y en lamentable estado de confusión, huye de su fortaleza.

Ansioso de saber lo que le ocurre trata de llegar a él, pero una de las piedras que ve delante, por donde intenta caminar le cierra el paso, de modo que no consigue otra cosa que recorrer, por un lado y otro, la eterna longitud de aquella piedra que se le interpone y crece hasta desesperarlo.

Por qué le pasan estas cosas? — piensa. — En dónde está la causa que anula su voluntad y le convierte en juguete de fuerzas desconocidas?

Por fin la piedra no está delante. Entonces corre, devora distancias, vuela: ningún obstáculo le detiene en su carrera hacia la fortaleza; pero . . . ¿qué fortaleza? ahora no ven sus ojos sino montes, muchos montes, altos picachos pétreos, una serie de laberintos solitarios, escuetos y sombríos.

Perplejo, detiéndose a reflexionar, pero algo, como el aleteo de un pájaro, le obliga a levantar los ojos y ve que Noria pasa por lo alto, sobre un girón de nube. Luego advierte que su amada es presa de un cóndor gigantesco que la lleva en sus garras y se

posa con ella en la cumbre del más alto risco. Sólo entonces comprende la causa de la zozobra de Tungui.

Ella, desde allá le tiende los brazos y le pide socorro.

El, lleno de mortal angustia quiere volar a rescatarla, pero la piedra, otra vez la fatídica piedra crece por todos lados y le impide el paso hasta volverle loco.

Echando espuma por la boca quiere romperse el cráneo contra la maldita piedra; mas, al estrellarse en élla, un abismo se le abre a los pies y cae. Abajo ve las erizadas y recias puntas en las que va su cuerpo a destrozarse. Llega, y la sensación del espantoso golpe le despierta.

Oh, la fiebre! La fiebre se ha cebado en él y le consume. Tres días pasa tirado en el suelo, delirando. Largos cordones de hormigas pasan por su cuerpo. Las fieras, por un instintivo temor a la enfermedad de que padece aquel infortunado, limitanse a merodear en torno suyo y luego se alejan, como sobrecogidas por un temor extraño.

Sofocado, sediento, delirando con beberse toda el agua de los ríos, levántase, y en el primer arroyo que a mano encuentra se entrega a la corriente. Por fortuna, su caudal

pequeño y poco torrencioso no puede arrebatarse. Tan intenso goce siente al frío contacto de las aguas que refrigeran su cuerpo, que allí se deja estar tendido de largo en la molicie de aquel deleite que le parece inefable.

Una hora permanece así.

La baja temperatura del agua ha dominado la fiebre. Fresca está su piel, frescas sus entrañas; sólo un intensa sensación de frío le mortifica un poco; pero sus heridas no le duelen como antes. Sus facultades han entrado en plenitud. En su memoria, los recuerdos han renacido con claridad maravillosa: todo su pasado se le pone a la vista. Ve a su padre, en las orillas del Huazaga, afanoso en ultimar los preparativos para un nuevo asalto a los záparos, a quienes aborrece de modo irremediable. Luego se mira en casa de Tungui, quien, como siempre, le prodiga distinciones. A su lado Yumi, le mira como madre. Por su mente, pasa la delgada y recia figura de Cugusha, contra quien no siente ya rencor y cuya suerte le es indiferente. Por último, Noria: la ve pálida, enferma, desolada; oh, su amada va a morir.

Exasperado, sale del agua y sigue, sigue a trote, deseoso de volver a verla y de ale-

jarse de aquel territorio plagado de enemigos, en el que hasta las fieras conspiran contra él.

El excelente estado de su organismo le permite caminar sin fatiga. Sube y baja cerros, cruza grandes y pequeños ríos, toda una serie de ramificaciones de la cordillera deja a sus espaldas. En cuatro días ha salvado una distancia enorme, y cada vez acelera más la marcha hasta que las aguas de un cristalino arroyo le provocan a sumergirse de nuevo en ellas. Eso lo practica durante unos minutos, que le devuelven las fuerzas perdidas en el largo y forzado viaje que lleva hecho. Luego, sigue su camino.

Sólo esta vez perdona la vida a los reptiles que se le ponen a la vista; esta vez el deseo de pescar en los ríos que atraviesa no le tienta. Coge, como puede, uno y otro pececillos que se los come crudos. Aquí y allá recoge de apuro algunas frutas maduras, caídas al pie de los árboles que las producen, y se las come andando por no restarse tiempo. A menudo los zarzales le arañan y punzan las heridas sin que eso le obligue a tomar precaución alguna. La fiebre se ha ido con las aguas que bañaron su cuerpo: se siente bien, sus heridas van cicatrizándose, merced a los efectos del natema y a la pureza de su sangre.

Todo un día lleva de caminar sin reposo desde el último baño, pero, al fin, el cansancio le domina, los párpados se le cierran, el sueño le vence. Déjase caer sobre el follaje y duerme.

Y sueña que cruza a nado el Makuma y llega al patio de la fortaleza en donde Noria, que reflexiva y melancólica está a la puerta, al verlo, reprime un grito y corre hacia él con los brazos abiertos. El la recibe y estrecha a su pecho, sintiendo en su cuerpo el voluptuoso y tibio contacto del cuerpo de élla quien, ebria de placer en brazos del amado, olvida el peligro de ser vista por su padre en tales efusiones, y da y recibe caricias sin cuidarse de nada, hasta que Yumi, que siempre vela por ella, surge de improviso, y lejos de observar severidad alguna, les mira con cariño y les invita diciéndoles: "Venid al manantial".

—Eso! al manantial! Al manantial!—exclaman ellos.

Y en el fervor de sus almas vírgenes y ardientes, como palomas alzan el vuelo y llegan al arroyo que se ha vuelto triste, porque la princesa del Makuma no lo visitaba ya para henchirse de felicidad, como otros días, sino para llorar con lágrimas que caían de sus ojos como cascadas de diamantes.

Yumi está con ellos. Su presencia les rodea por todas partes, a todas horas. Benditas las madres que en su perenne anhelo de felicidad para sus hijos saben guiarlos por el camino del placer honesto, resguardándoles constantemente con el respeto y la bondad de su mirada!

Alegre y cadencioso el viento doblega y entrelaza las palmeras, que tornan a besarse con voluptuosidad suprema. Bulle riente el manantial; y sus giros, sus notas y sus risas, dan al paraje un ambiente de intimidad y poesía. Sus aguas, deteniéndose por no alejarse de los amantes, forman un lago juguetero y transparente, sobre el que revolotean los ensueños. Cantan en coro las aves, saturando de armonías la montaña. Y el chichuina y las palmeras, el follaje y los árboles, en unísono concierto con el viento y con la fuente, con el suave perfume de las flores y la luz azulina y enervante, forman un conjunto inefable que transporta las almas al vasto, al infinito campo del amor eterno....

Mas, súbito hiere la mente de Etza el recuerdo de la visión de Noria arrebatada por el cóndor, y el ala de la inquietud toca su espíritu. Entonces comienza a dudar de su felicidad presente hasta que el temor, el sólo temor de que aquello no fuese más que un sueño le despierta.

Y siente dolor; y abriendo inmensamente los párpados hunde su mirada en el azul profundo de los cielos, deseoso de retener en ellos, siquiera unos instantes, todo el encanto de la emoción sentida en el ensueño que la verdad de la miseria humana acaba de robarle.

La sensación del delicado y tibio cuerpo de Noria, que perdura en sus sentidos; la maternal mirada de Yumi; las melopeas recitadas por el viento al calor de la ventura de los amantes; la visión del manantial cuyas aguas forman un lago transparente, en medio de azulidades que el suave rumor de la fronda y el trino de las aves condensan en emociones profundamente espirituales, todo eso mantiene en su sér un encanto del que no quiere salir, y por el cual la luz del sol, del eterno sol, parecióle importuna y perdió a sus ojos todo su valor y poesía.

Desencantado, lloró. Vertió copiosas lágrimas que el follaje y la tierra recogieron reverentes.

Tenía miedo de moverse del sitio en que había soñado con una felicidad que quizá jamás llegaría a vivirla. Por esto se esforzaba en retener en su mente todos los detalles de su ensueño. No quería pensar en otra cosa ni sentir de otra manera. Cerró los ojos y

se abandonó a una morbosa voluptuosidad de espíritu y de carne, adversa a toda condición de trabajo y de lucha, llegando al extremo de desear cualquier género de muerte en aquel lugar, antes que dejarlo y ver deshecha la ilusión de una felicidad a la que se aferraba de modo irreparable.

Pero una visión: Cugusha estaba delante mirándole con desdén.

¡Cugusha!

Sentóse bruscamente y trató de asir su lanza; y al recordar que no la tenía, sintió vengüenza, e irritado por ésto púsose de pie y dió a la cara de su adversario una bofetada que giró en el vacío, lo que le permitió darse cuenta de que aquello no había sido más que una quimera causada por el exaltamiento de su espíritu.

Dispuesto a proveerse de armas — aunque fuesen improvisadas — rompió la marcha, y a poco rato llegó a un río que reconoció ser el Cangayme.

Según sus cálculos hallábase en la parte baja del curso superior de este río, porque a su derecha veía el inaccesible cerro de Tambachi y a su izquierda los laberintos del Shimbimi. Esta observación dióle la medida de que a corta distancia de aquel punto vivían,

Por paradamente, dos amigos, a quienes pensó visitar y pedir armas.

Con tal objeto dirigióse a ellos; mas, con gran sorpresa, en vez de tales casas halló dos montones de ceniza en torno de los cuales había manchas de sangre, algunas armas rotas y otros objetos dispersos en el suelo. Vió también que toda la sementera de yuca estaba removida probablemente para recoger el fruto.

Tan inequívocas señales revelaban eloquentemente el paso de alguna hueste enemiga por aquel paraje, dado el estropeo de la vegetación de sus contornos, en los que buscó los cadáveres de sus amigos, y al no encontrarlos, se imaginó que los animales carnívoros los habrían devorado hasta los huesos.



Indignado por esto y resuelto a desbaratar los planes de Cugusha, empeñóse en ha-

llar las huellas de su gente, cuando las tuvo a la vista, notó que las aguas del Cangay-

me arrebatában una canoa. Echóse a nado para detenerla, y en élla vió una lanza, dos arcos, una cerbatana, una calabaza que contenía nijamanche, y cuatro pescados, entre los que había un "tungala" de mayor tamaño que un hombre.

Tomó la calabaza y se bebió el nijamanche. Eligió uno de los arcos, apoderóse de la lanza y se alejó de la playa, siguiendo el rastro de sus enemigos.

Tres horas más tarde cerró la noche con tal oscuridad, que él, por no perder las huellas que seguía, prefirió detenerse hasta el alba en el punto en que se hallaba. Recogió a tientas unas hojas, las tendió en el suelo y se dispuso a descansar.

Pocos minutos habrán transcurrido hasta cuando sintió la proximidad de tres o cuatro personas que trozaban ramas y hablaban alto.

Tomó Etza sus armas y arrastrándose como una culebra, situóse casi junto a ellos detrás de un árbol desde donde apenas si pudo distinguir dos confusas siluetas humanas, una de las cuales frotaba un palo con otro para prender fuego. Más allá oyó la voz de un hombre que se les acercaba diciendo:

— Aprisionarle a ese demonio ha costado mayor trabajo que cazar un tigre. A perse-

guirlo salimos seis, tres de los cuales perdieron la vida: Es valeroso y forzado, debe ser jefe.

—Lo parece. Por eso me propongo hacerle hablar. Debe revelarnos los puestos ocupados por los hombres de Tungui. Está bien asegurado el espía?

—Tal como acabo de amarrarlo, parece que fuera la corteza del árbol a que está sujeto. Pero ese no hablará. Todo castigo lo sufre como una piedra.

—Espera que haya fuego y le oirás hablar.

—Fuego? Te propones quemarlo?

—Quemarlo, no; pero chamuscarle hasta que cante.

—No puede ser: perderíamos tiempo sin resultado. Acuérdate que después de tres soles deben estar listas las piraguas para la gente que espera en el Shimbimi la orden de Pumbuna para unírseos e invadir por el río la fortaleza de Tungui.

—Casi todas las piraguas están hechas por un grupo de los nuestros que no tardará en terminarlas.

—Dónde está ese grupo?

—En la otra orilla, cerca de Lorenzo jea (casa de Lorenzo).

—Lorenzo jea? El Makuma no es navegable en esa parte.

—Me admira que ignores de lo que es capaz el jívaro cuando se propone atacar de sorpresa a sus enemigos. De Lorenzo jea para abajo, cualquier piragua puede seguir la corriente sin mayores contratiempos.

—Dos o cuatro piraguas, sí; pero tantas como deben ser las nuestras....

—No digo que eso sea fácil, si se tratara de surcar el río, pero siguiendo la corriente, cualquier número de ellas puede despacharse.

—En fin, tú conoces este río. Pero de todos modos, ¿a qué detenernos acá en vez de llevar el prisionero ante Pumbuna? ¿No debemos atacar esta noche a Shimbukata? Eso no puede hacerse sino después de tres horas de forzada marcha. Además, por perseguir a ese espía nos hemos alejado tanto de la boca de Nayumbi que el regreso nos costará más de una hora.

—Por eso quiero abreviar. Espera Tuki un momento, y verás.

Los maderos frotados por Pimbu dejaron ver en este instante una llama débil, de la que se desprendía un poco de humo que impregnaba el aire de un fuerte olor de resina.

Al ver esto el otro compañero de Pimbu y Tuki, que no había terciado antes en la conversación, puso ligero sobre la llama unas leñas pequeñas que la deprimieron momentáneamente, pero pronto surgió una que creció en pocos instantes e iluminó la selva en una extensión considerable.

—Mira ahora si el prisionero está seguro —dijo Tuki a Pimbu.

Este, por toda respuesta, puso al fuego leñas de mayor tamaño, que breve ardieron, y enseguida ordenó a Tuki:

—Coge tu lanza y pínchale mientras yo le quemó las patas.

Irresoluto, como quien vacila en cumplir una orden que considera inconveniente, Tuki, mirando el fuego medio distraído, tentaba en el suelo su arma, cuando Etza cayó de súbito sobre él y le hundió en el pecho una flecha y enseguida traspasó con su lanza a Pimbu y a su otro compañero, y en un instante rompió las ligaduras que sujetaban al preso contra un árbol, y le invitó a seguirle a casa de Shimbukata para volver con su gente y atacar de sorpresa a la partida de Nayumbi.

El prisionero resultó ser Huashique — otro de los yernos de Tungui — a quien este jefe

encomendó el espionaje de los grupos que, según aviso que se le diera, habían ocupado las orillas del Makuma a la altura del citado riachuelo. El espía debía regresar inmediatamente después de verificar la presencia de tales grupos; pero él, por escuchar una conversación, se aproximó demasiado y fue descubierto por uno de ellos, al que mató y se dió a la fuga. Perseguido después por otros, pudo matar a dos hasta que cayó en manos de Pimbu y sus dos compañeros, quienes le infligieron toda clase de castigos.

Gravemente estropeado hallábase Huashique; pero al reconocer en Etza a su libertador, el doble gozo volviólo insensible al dolor de sus heridas, y loco de alegría corrió con su gran amigo a la casa de Shimbukata, a la que llegaron después de tres horas y media de forzada marcha.

En el camino Huashique conversó a Etza lo que se decía y pensaba en el Makuma con motivo de su desaparición repentina. Háblóle de la pena de Noria y de la actuación de Nekata cerca de ella. Expresóle el placer que causará en la casa de Tungui la noticia de su regreso. En seguida refirió en estos términos el desastre padecido por Kanuza. “Los ceipas, cayamazas y patucas — dijo — hábilmente dirigidos por Tupamba,

forzaron el paso por entre los yukaipes, y cruzando las vertientes que originan el Makuma faldearon el Zao-neinda (1) y atacaron a Kanuza, quien, advertido al respecto, les esperaba a la cabeza de sus namaquimes, pajanacas y tzuntzuymis. La jornada fue desastrosa para Kanuza; pues perdió la vida a manos de Tupamba después de ver exterminadas sus filas. Enseguida, ostentando Tupamba en la punta de su lanza la cabeza de aquel jefe, siguió por la falda septentrional de la pequeña cordillera de Makuma, y hoy, sin localizar sus legiones en parte alguna y barajándolas constantemente, merodea las cercanías de la fortaleza del padre de Noria, sin decidirse al ataque hasta la fecha.

—Qué se sabe de Cugusha?—preguntó Etza.

—Siete días hace que los agentes de Tungui le vieron partir del Yaupe seguido de los guerreros de este río y de una parte de los chapizas y logroños. A éstos se agregaron gentes llegadas de diversos puntos. Se cree que después de tres días invadirá el Makuma, en caso que los grupos enviados por Tungui no pudiesen detenerle. Dicese también que un grupo numeroso, venido de

(1) Zao-neinda: quiere decir cerro Zao.

Huambiza, se ha detenido entre el Tambache y el Shimbimi en espera, a lo que parece, del jefe de los yaupes; pero esos deben ser atacados hoy por Jimbikiti en virtud de una orden impartida ayer.

—¿Sabes quienes ocupan el Makuma en la boca del Nayumbe?

—Son los mayaricos. Al otro lado están los usupocas. Fuera de eso los huambizas, los yanquiras y una parte de los namangozas, divididos en dos grupos, salieron al Makuma entre las bocas del Cusuymi y del Cangayme; pero Tendetza, a la cabeza de los shaymes y los cashpas, de los pushingas y cusuymis, logró destrozar a la una, a tiempo que Pambanaca y Zandu diezmaban a la otra. Sin embargo, muchos han escapado sin que sea posible saber a donde.

—Veo que Tungui se halla informado de todo.

—Hasta hace tres días Tungui lo sabía todo; pero los datos que llegan desde entonces son contradictorios o confusos. Tres o cuatro grupos que seguían a Tupamba han desaparecido; y en las primeras horas de la mañana de ayer Tungui recibió aviso de que Cugusha y la mayor parte de su gente se han vuelto invisibles.

—Qué Nekata es ese que acompaña a Noria?

—Es un hombre inteligente y sabio. Sus excelentes cualidades le han conquistado la estima de las gentes del Makuma. Sólo él ha sabido consolar a Noria, y el propio Tungui le respeta y quiere.

—Es brujo?

—Detesta a los brujos tanto como condena la guerra. Pero es valiente y muy diestro en el manejo de las armas.

—Es viejo?

—Dos veces los dedos de mis pies y mis manos (1) habrán mudado los árboles su corteza desde que nació.

En esto llegaron a casa de Shimbukata, en donde tomaron los hombres que había y regresaron enseguida a dar el golpe a las partidas que ocupaban el Makuma a la altura del riachuelo Nayumbe.

(1) Dos veces mis pies y mis manos habrán mudado los árboles su corteza: con esto quiere decir cuarenta años.

MENSAJEROS EN MACAS



EL macabeo (1) no es jívaro. Del beso ardiente del conquistador ibero a las hermosas hijas de la tribu de los huambosyas, surgió a la vida el macabeo. Quizá por esto sus cualidades de hombre de selva son extraordinarias.

El, como el jívaro, ha sondeado los laberintos de sus montañas vírgenes, en las que los tres reinos de la naturaleza han condensado sus mejores tesoros; pero nadie, como él, en eso de realizar haza-

(1) Macabeo: es el nombre que los montañeses dan a los habitantes de Macas.

ñas inauditas y salirse airoso de los mayores peligros y de las más atrevidas exploraciones.

En los innumerables ríos que bañan la parte septentrional del Marañón, el macabeo es un pez; en sus viajes errantes por la selva, es instintivo y ágil como el mono y la serpiente. No hay árbol elevado y corpulento a cuya copa no pueda llegar él; no hay abismo al que no descienda ni cumbre que no domine.

Recorrer las infinitas llanuras del Amazonas o trasmontar la gigantesca cordillera de los Andes, caminando a pie centenares de kilómetros para visitar las ciudades de Quito, Riobamba o Guayaquil, es, para el hijo de Macas, ligero y grato paseo. Sólo así, con cualidades tales, ha podido resistir las embestidas de los jivaros, que no poco se han esforzado por quitarse de encima la vecindad del macabeo.

En el último tercio del siglo XVI, el descubrimiento de riquísimos veneros y placeres auríferos, atrajo, a determinados puntos del Upano, del Palora y del Santiago, una buena porción de aventureros que pronto llenaron sus arcas, merced a la sorprendente cantidad de oro contenida en las playas y barrancos de aquellos ríos.

Y así nacieron: Valladolid en el Zamora, Logroño frente a la boca del Paute, Sevilla de Oro en el gran vértice del Upano, y Mendoza en el curso superior del Palora.

A juzgar por las versiones de aquel tiempo, El Dorado estaba allí, ofreciendo sin medida el rubio metal por el que tantos hombres se convierten en Tántalos, entre fatigas y desvelos que resultan estériles.

El milagro debióse al oro del Upano y del Paute, del Zamora y del Santiago; al del Shimbimi en el Cangayme y del Najembayme en el Palora.

Por fin, la ambición rompió el saco: "Si el jívaro dá esto, por qué no hacerle trabajar el doble?" Y cuando el jívaro dobló la tarea, pronto se pensó en cuadruplicarla, inventando nuevos sistemas de tributo y métodos de recaudación atroces.

Como consecuencia inicióse por lo bajo una serie de cuchicheos y secretos conciliábulos que pronto prepararon la tormenta.

Una vez, un jívaro miró de frente a sus expoliadores, lanzando en su mirada todo el fuego del odio que ardía en su pecho. Tan grave insolencia le costó la vida, pero su sangre fue la hoguera que abrasó a los ambiciosos.

Pocos días después, en una de las noches del mes de Febrero de 1599, Quiruba, célebre General jívaro, a la cabeza de treinta y dos mil guerreros de su raza, pasó a cuchillo a todos los habitantes de Logroño, y en pocas horas convirtió la ciudad en un informe montón de escombros, que la tropical fecundidad de aquella tierra cubrió, piadosamente, con las magnificencias de su flora inagotable.

La misma noche amagaron otras huestes a Mendoza cuyos habitantes, abandonando la ciudad que fue destruida, plegaron a los de Sevilla de Oro para hacer frente al temible jefe bárbaro que marchaba rápido para atacarlos.

Dícese que sólo Sevilla de Oro contaba entonces veintiseis mil habitantes, cuando Quito, capital de la Real Audiencia, tenía sólo veinte mil.

Hijos, pues, o descendientes de los fundadores de Sevilla de Oro son los macabeos, quienes han podido rechazar los frecuentes ataques de los jívaros, merced a su entereza de ánimo y a lo estratégico del lugar elegido para su pueblo.

Hállase Macas a diez o doce kilómetros de lo que fue Sevilla de Oro, de la cual se ven las huellas a orillas del Upano, entre los

riachuelos Blanco y Arapicos y en la parte denominada Santana que se ve al frente. (1)

Macas ocupa la margen derecha del Upano. Está en el vértice del ángulo que forma este río al descender de la "Laguna Negra", situada en los altos y fríos páramos de Hattillo, y torcer al Sur. Su altura es de 1.050 metros sobre el nivel del mar, y su clima uno de los mejores del mundo. Los cafetos que allí crecen dan cosechas de ocho y diez libras al año, y el algodón, el tabaco y la caña de azúcar que, entre otros artículos nobles cultiva el macabeo, tienen fama por sus especiales excelencias.

¿Se quiere oro? Determinados puntos del Palora, del Cangayme y del Santiago lo tienen tanto como los mejores veneros del Transvaal y California. ¿Se quiere petróleo? Las hoyas del Santiago, del Morona y del Pastaza contienen ese combustible. Oro y petróleo, como tantos minerales útiles para la industria, allí, en la vasta región amazó-

(1) La práctica de ciertas excavaciones en la propiedad del macabeo Juan Velín, ubicada a corta distancia de la desembocadura del riachuelo "Blanco" en el Upano, púsome a la vista las huellas de algunos muros y varios objetos de adorno artísticamente tallados en fina piedra, así como algunos vasos de un material semejante a la porcelana ordinaria. Esto induce a suponer que la antigua Sevilla de Oro ocupaba ese lugar y la parte denominada Santana, que se halla al frente.—N. del A.

nica ecuatoriana están, ofreciéndose sin medida al trabajador inteligente y laborioso que quiera recogerlos.

* * *

Al amanecer del 8 de Enero de 1926, llegaron cautelosamente a Macas dos jívaros que solicitaron hospedaje en casa de Gabriel Zavala, macabeo diestro en el manejo de las armas y los remos, y a quien nadie supera en arrojo, pericia y experiencia. Los jívaros le tienen en gran consideración y le temen y respetan de modo excepcional; por esto, los servicios de este macabeo son muy solicitados por autoridades, comerciantes y turistas.

—Vengo—le dijo Charupe, uno de los huéspedes—porque Tungui espera que habrás de ser su amigo como lo eres de algunos de los hombres que le obedecen.

—Hablas del jefe de los moronas?

—Del jefe de los moronas hablo.

—Qué necesita de mi parte Tungui?

—Saber que eres su amigo y estar seguro de tu amistad.

—Conozco sus hazañas. Sé que es inteligente y valeroso. Dile que soy su amigo.

— Así es él. Tus palabras le diré.

— Y dicen que tiene una hija que enferma de amor a los hombres que la miran.

— Tungui tiene varias hijas hermosas, pero entiendo que te refieres a su hija Noria.

— Noria . . . sí, de Noria me han hablado.

— De los hombres que rodean y obedecen a Tungui, los que te conocen y respetan, quisieron que viniese a verte y a consultar tu estado de ánimo respecto a él, y en siendo favorable — como veo que lo es — invitarte a ser su amigo y aliado.

— Aliado? En qué apuros está Tungui?

— A Tungui jamás le apura nada.

— Pero qué empresa tiene entre manos ese jefe?

— Tungui negó a Cugusha su hija Noria que le fue pedida en matrimonio. Ofendido éste por el desaire, un día u otro vendrá con sus huestes al Makuma y querrá talar sus bosques, esforzándose por castigar a Tungui.

— Cugusha?

— Sí.

— Lo siento de veras.

— Por qué?

— Porque soy su amigo y le debo un servicio.

— Qué servicio es ese?

— Irritado Cugusha con los tutanangos y sucúas por cierto ultraje causado por ellos a un emisario de aquel jefe, había resuelto prepararse para castigarlos. Amedrentados por esto los sucúas, rogáronme que interviniese en su favor y obtuviese de Cugusha la formal promesa de no llevar a cabo su propósito. Intervine, y el jefe resentido depuso su enojo como una deferencia a mi persona.

— Si es así, la misión que traje ha terminado. Sin embargo, ¿no prefieres aliarte a Tungui?

— Aliarme, no; pero si quiere que interponga mis oficios

— Tungui no teme a Cugusha.

— No ha de temerle porque sus fuerzas son mayores; pero el jefe de los yaupes puede llevar sus hombres en dos o tres mil piraguas al Makuma, y eso no dejará de intranquilizarle un poco.

— Que lleve las que quiera. Se le espera sin cuidado.

— Tan seguro está Tungui?

— Uno solo de sus hombres ha desconcertado a los yaupes.

— Quién es él?

— Etza.

— Cuántos guerreros le acompañan?

— Solo, sin que nadie le ayude mata a los que quiere y clava su flecha en los pilares de la fortaleza del jefe de los yaupes.

— ¡Valiente!

— Como todos los guerreros de Tungui.

— Y éste, — señalando al compañero de Charupe — ¿quién es?

— Si no le conoces, no preguntes nada acerca de él.

— ¡Temes que lleve recados a Cugusha?

— Yo, nunca temo nada. Vine a verte porque allá se ha dicho que tú, como el jivaro, cumples lo que ofreces.

— Me alegro de que lo sepan.

— Hueaje. (Me voy).

— Huajasta. (Espera). Aún no has tomado mi chicha. (1) Además, hoy celebramos en Macas la octava de año nuevo. Es una fiesta que te gustará ver. Quédate.

— Beberé tu chicha, que para ver fiestas no nos queda tiempo.

Y mientras la mujer de Zavala servía a los huéspedes gruesos y provocativos trozos

(1) Chicha: bebida fermentada, preparada a base de maíz.

de yucas amarillas y blancas, cocidas a vapor; unos cuantos plátanos asados a la brasa y una buena porción de chicha, de allá, del centro del poblado, llegaron a sus oídos los melancólicos ecos del canto de las macabeas reunidas en la iglesia.

Nada más impresionante que los místicos cantos de aquellas mujeres hermosas, que soportan la sombría soledad de la montaña entre anhelos de progreso y civilización que nunca llegan. Viven ellas entre confusas reminiscencias históricas, al calor de evocaciones de mejores días que los días presentes, que carecen de orientación y de luz en medio de una naturaleza generosa y magnífica. Largos años han vivido así, sostenidas únicamente por la fe, por esa fe que ha prevalecido en ellas a pesar de la completa ausencia de sacerdotes que oficien en los altares de su iglesia y renueven sus cantos, que a fuer de viejos en sus labios devotos han adquirido un sabor de penumbra, de eternidad, de quieta y resignada melancolía. (1)

(1) Desde que el Gobierno del Ecuador retiró de Macas a la Misión dominicana (año 1897), las mujeres de ese pueblo se han mantenido dentro de una perfecta disciplina religiosa hasta el 20 de Octubre de 1923, fecha en la que llegaron a él tres miembros de la Misión Salesiana. Esta misión, pocos años antes establecida en Gualaquiza, mediante un gran impulso de trabajo inteligente ha conseguido extenderse por el Santiago hasta el pueblo de Macas, en donde ha fijado su

La gente civilizada que llegaba a Macas no podía menos que impresionarse al contemplar la mística faz de aquellas mujeres pálidas y graves que, como lámparas encendidas de arcaicos sentimientos religiosos, han iluminado tantos años la maravilla forestal de aquel paraíso, que permanece como viejo y augusto santuario de puertas siempre cerradas

—Qué es eso? —preguntó Charupe a Zavala.

—Es el canto de nuestras mujeres reunidas en la iglesia.

—¿Sufren mucho esas mujeres? ¿Por qué su canto es tan triste?

—Ellas son así, preocupadas, melancólicas, por eso cantan dulcemente, devotamente.

—Entre los jívaros no pasa eso ni en las pocas gentes que sobran de una tribu exterminada por las iras de otra.

Al oír Zavala estas palabras, intrigado, miró hacia afuera; y al contemplar la esplendidez de aquella mañana igual a todas

sede. Su labor en tales territorios es altamente progresista y benéfica. A ella se deben los magníficos caminos de Cuenca a Méndez y de Sigsig a Gualaquiza con más de cien puentes, algunos de los cuales son costosos. En Macas, además de las dos escuelas que tiene a su cargo, ha establecido talleres de artes y oficios para mujeres y un hospital asistido por algunas religiosas de la Orden Salesiana.—N. del A.

las mañanas; al dilatar su mirada por la fecunda y variadísima flora que se extendía al frente y ver las aguas del Upano en raudal enorme, no obstante ser éllas nada más que la pequeña fracción de un arterial multiforme y gigantesco, no pudo explicarse el por qué de la tristeza de las mujeres de su pueblo. Vagaba su mente hasta que tornó a sus ojos la visión de las hermosas ciudades de la costa y la sierra ecuatorianas visitadas por él. En ellas había visto templos, palacios, monumentos, parques, piscinas, jardines y todo cuanto sirve para cultivar el espíritu y hacer atractiva la existencia; en ellas, los ferrocarriles, tranvías, automóviles, coches, camiones y otros vehículos movilizan rápidamente a las personas y cosas. Allá los hombres, como pájaros y en forma emocionante, ascienden a la altura en maravillosas naves aéreas; y las noticias de cuanto ocurre en el mundo llegan por alambres y sin ellos con la velocidad del pensamiento.

Recordó que en el puerto de Guayaquil había visto grandes barcos cuyas proas cortan las olas del mar y conducen cómoda y prontamente toda clase de objetos, hasta los más voluminosos y pesados. Consideró que las buenas carreteras y caminos que ligan unos a otros esos pueblos, permitían a sus moradores mantener una constante comunión de

comercio y de todo género de intercambios y relaciones sociales.

Las gentes no hacían allá de acémilas como él y todos los hombres y mujeres de su pueblo; ni allá, como en Macas, estaban sujetos a pagar precios elevadísimos por artículos de inferior calidad, cuando no desechados por inútiles. Y pues, si no carecen de medios de movilidad y comercio, de progreso, cultura y prosperidad, ¿por qué no han de vivir alegres esas gentes?—preguntóse. Y al mismo tiempo pensó que los moradores de ese pueblo y de las misérrimas aldeas nacionales esparcidas en la selva, vendían el fruto de su trabajo en la décima parte del precio en que se cotiza afuera, y entonces, su propio corazón sintió tristeza, pero una tristeza brotada de no sé qué hiriente y extraño sentimiento que veló y arrugó su frente y enardeció su espíritu

Charupe, que pudo observar la secreta agitación del alma de Zavala, dejando escapar una punta de ironía en el tono de su voz, añadió esta pregunta:

—Dónde vive tu Presidente?

—Allá, tras de esos montes.

—Viene a visitarte?

—Nunca ha venido.

—Entonces no es tu amigo, no te quiere.

—El no viene, pero manda sus representantes.

—Qué traen ellos?

Estas preguntas confundieron, de nuevo, a Zavala, quien, por salir del paso, interrogó a su interlocutor:

—Por qué me lo preguntas?

—Porque si nunca viene tu Presidente, si sus representantes no te traen nada, deberías preferir venirte a la selva a vivir libre como los jívaros.

—Bonita libertad la de ustedes, que los tiene desnudos, miserables, sepultados en sus guaridas, sumidos en la ignorancia y matándose los unos a los otros sin que nadie lo impida ni castigue

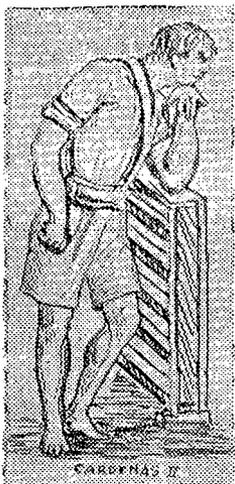
—Y los cristianos no se matan?

Como atragantado por un hueso que le quitara o enronqueciera la voz, con marcada dificultad iba a contestar Zavala, cuando Charupe, entendiendo que la conversación había tomado un giro delicado, retiró los trastos en que se le sirviera y, levantándose, insistió:

—Hueaje. (Me voy)

—Ysta. (Márchate)

Y partió, seguido de su compañero, que en ningún momento despegó sus labios para proferir palabra.



Zavala vió que Charupe y el jívaro que le acompañaba, lejos de descender al Upano para regresar al Makuma, tomaron resueltamente hacia el centro de la población como por entenderse con otro macabeo, o quizá por despreciar a Zavala del rumbo que tomarían luego. Y apoyado en el pasamano del diminuto corredor de su casa, quedóse pensativo, reflexionando sobre las cosas que con Charupe se habían dicho y que habían despertado en su mente y en su corazón ideas y sentimientos imposibles de olvidar en lo sucesivo. Así estaba unos minutos hasta cuando cinco jívaros, que le eran enteramente desconocidos, se acercaron a su casa. Uno de ellos, al verlo, con embarazo que revelaba el temor de equivocarse y obrando como quien tantea un vado que no conoce, en voz baja preguntó:

— Gravier? (1)

(1) El modo como el desconocido acaba de pronunciar el nombre de Gabriel, se debe a que los jívaros no conocen la L en su alfabeto ni pueden pronunciarla; así se explica que esos indígenas llamen paují, Miaza, tunduy, etc., a lo que los macabeos llaman paujil, Miazal y tunduli.

— Sí, yo soy Gabriel, ¿qué quieres?

— Cugusha, tu amigo, me envía a decirte que necesita tu ayuda.

— Ah, sí: ya sé lo que le pasa.

— Mejor. Entonces ya sabrás que necesita escopetas, pólvora, furminante, munición, jachas, machetes, cuchillos. Esas cosas las quiere de apuro y espera que tú se las proporciones pronto. Prepáralas hasta mi regreso, que será luego, pues ahora paso a matar a Charupe.

— A matar a Charupe? Qué dices?

— No puedo detenerme a contarte nada en este rato. Si me demoro, perderé sus huellas y se me escapará.

Y dicho esto volvió la espalda y apresurado siguió su camino, mirando el suelo y olfateando el aire como perro de cacería que persigue una presa.

Zavala llamó una y otra vez a los desconocidos, a fin de entretenerlos y estorbar el cumplimiento de su criminal propósito; pero ellos, sin prestarle atención, avanzaron rápidos hasta que una curva del camino los hizo desaparecer de su vista.

Indeciso quedóse el macabeo, cavilando lo que convendría hacer para impedir la perpetración del atentado. Zavala había con-

vivido temporalmente con algunos jívaros, los conocía tanto que no pudo menos que pensar en las desagradables consecuencias que podría causarle su intervención en ese enjuague. "Llaman ellos libertad su barbarie", — pensó — y entonces reflexionó que él y las gentes de su pueblo, no obstante ser tan ínfimo el bien que recibían de parte de los Poderes Públicos, eran menos desgraciados que aquellos salvajes, que arrastraban una vida apartada de la ley y se mantenían sumidos en la más profunda ignorancia, hasta creer que su misión en la tierra no fuese otra que la del exterminio.

Y la piedad que sintió por ellos, tranquilizó su espíritu....

UNA FIESTA DE TZANTZAS

DESDE hace tres días el gran tunduy de la fortaleza de Pugro anuncia la fiesta con seis golpes lentos, que suenan a intervalos de un minuto, repitiendo al medio día, por la tarde y en la noche los que se dieron en las primeras horas de la mañana.

En torno de la casa, centenares de pequeños ranchos forrados de largas hojas de palmera, como conchas marinas prendidas en el suelo; semejan el campamento de un ejército en campaña.

Dentro de cada uno de ellos se ve un estrado de machacados bambúes que sirve de lecho, delante del cual está el hogar, repleto de leña, listo para arder en cualquier instante.

Varias mujeres se cruzan y trajinan de un lugar a otro, afanosas en terminar los

últimos preparativos, a fin de que nada falte en el momento dado.

Ahí están unas, atizando el fuego de grandes fogones en los que se cuecen grandes porciones de plátano, yuca y palmito junto con abundantes carnes de pescados y cerdos, en panzudas y numerosas vasijas de barro. Allá otras, acompañadas de algunos muchachos, mastican pequeños trozos de yuca cocida que luego, con habilidad pasmosa, los lanzan de un soplo a las artesas y canoas en que se fermenta el nijamanche.

En otro lugar se ve una manada de tres o cuatro centenares de saínos gordos, que ensordecen los oídos con sus retozos y gruñidos infernales, y más allá, unos cuantos adolescentes ríen y chacotean con las aves y animales de monte que tienen a su cargo.

Grande es la fortaleza de Pugro: en ella, además de los departamentos interiores, hay una gran pieza de recibo en la que podrían caber hasta cien personas sentadas en largos troncos de árboles que yacen tendidos a los cuatro costados, dejando en el centro un espacio bastante para que dancen algunas parejas. En ese espacio se alzan del suelo nueve gruesos y altísimos pilares de madera incorruptible, que sostienen la cubierta del edificio cuyas paredes son de chonta.

En uno de los ángulos de la pieza se ve algo que semeja un gran canasto de mimbre, dentro del cual está la *ujaja* (1) cuyo busto asoma, irguiendo un rostro descarnado y seco en cuyas órbitas, dos ojos pequeños y locuaces bailan como los de una víbora curiosa de mirarlo todo.

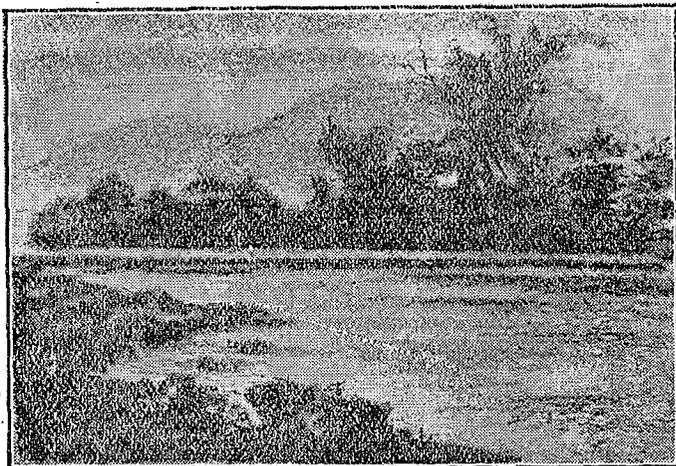
La esplendidez de la tarde invita a la *ujaja* a romper el canto que inicia la fiesta con la práctica de la ceremonia heroica, después de lo cual, muchachas y mancebos se entregarán al goce de expansiones y danzas que el nijamanche volverá febriles.

Las temblorosas aguas del ancho y majestuoso Paute reflejan un paisaje maravilloso, que ostenta una vegetación fecunda entre la cual, como grandes estrellas de fuego, titilan las cobíneas, enormes flores rojas, inflamadas de sensualidades que esperan el momento

En torno de la fortaleza, las anchas y verdes hojas de los plátanos, meciéndose voluptuosas se tocan unas a otras saludándose, susurrando cariñosas cortesías que aluden a la fiesta próxima a comenzar y que no ter-

(1) Ujaja: especie de sacerdotiza que dirige las fiestas de orden político y social por medio de alocuciones y cantos reminiscentes. Esta función, de alta gerarquía, es desempeñada por la madre o por la más autorizada de las mujeres del jefe de la tribu o de la familia que celebra la fiesta.

minará sino después de treinta días, cuando el exceso de nijamanche y el desenfrenado goce de bailes y regocijos de todo género hayan embrutecido las conciencias y aniquilado las almas



El sol ha declinado. Y en el frescor de la tarde, que tiene un ambiente de serenidad magnífica, sachamangos y cinonias, pujehues y tukeras, y los dulces flauteros, divinos ruiñeños de la selva, forman la orquesta de aquel paraíso siempre fecundo en sublimidades y bellezas.

Sólo el tumbumbe y el paují se quejan lloronamente desde el follaje espeso de los lejanos montes.

Pero el viento: alegre, fervoroso el viento corre por todas partes como novio en vía de nupcias. En el vértigo de su entusiasmo canta; silba, muge, llora: todo lo mueve, en todo lugar está presente. Ahí, travieso, fastidia las flores, cuyos pétalos se estremecen de cólera. Allá se arrastra por el suelo hasta llegar a las violetas y hacerlas una caricia que las pone alegres. Brinca al cielo y avienta lejos las nubes. Baja, y las aguas del río las convierte en olas. En el bosque, su mano invisible acaricia y ondula el follaje; y los árboles, los altos, los pomposos y corpulentos árboles, no pueden menos que inclinarse a un lado y otro, como se inclinan ante las multitudes y las saludan amablemente los monarcas, en cuyas Cortes han explotado las bombas arrojadas por la mano de fogosos anarquistas

Al Oeste, la cordillera oriental de los Andes, en forma de anfiteatro gigantesco, ostenta grandes series de conos y picachos que semejan las cabezas de una abigarrada muchedumbre, curiosa de ver el espectáculo de la fiesta en casa de Pugro.

¡Cuánto color y movimiento en el paisaje!

¡Cuánta luz y armonía del cielo y la montaña!

¡Rudos y belicosos hijos de la Raza, reíd,
que estamos de fiesta!

* * *

Dos años hace que Pugro — jefe de los pautes — cayó de sorpresa sobre Pizambiza — jefe de los calaglazas — movilizandó un ejército de cinco mil hombres, que en mil docientas piraguas descendieron por el Santiago (1) como un aluvión que nadie pudo contener, mientras la ferocidad de los pautes no acabase con la inerme tribu de los calaglazas, que recibió el golpe sin que ningún indicio la pusiese alerta.

En esa arremetida infame, la suerte de los calaglazas tocó también a los débiles indanzas, — vecinos suyos — que irritados por la felonía de Pugro, trataron de defender a sus amigos y aliados con generosidad que sólo les valió el exterminio de su tribu.

Esa masacre horrenda no tuvo otro objeto que vengar una supuesta ofensa inferida por alguno de ellos a uno de los hijos de Pugro que pasaba por allí, en cumplimiento

(1) Santiago: nombre que toma el río Upano desde su confluencia con el Paute.

de una misión política encomendada por su padre.

Sucumbieron, sin motivo que justificase tan cobarde alevosía de parte de los pautes, considerados como amigos y aliados desde aquellos tiempos en que compartieron juntos los azares de la guerra, ¡una guerra que duró treinta años!

En ese tremendo proceso bélico, ¡qué de anarguras y derrotas no les hizo padecer la implacable saña de los moronas!, con quienes, por fin, fuéles forzoso hacer las paces y unirse para exterminar a los blancos, que llegaron a establecerse entre ellos para dominarlos, fundando ciudades fortificadas y populosas como Logroño y Sevilla de Oro.

Cuatro largos siglos habían vivido desde entonces en inalterables relaciones de amistad, hasta que el nefando crimen de Pugro dejó solitarias y tristes las antes pobladas y alegres riberas de los ríos Indanza y Calaglaza.

Veinte días después, Pugro volvió soberbio, convencido de su heroísmo y prepotencia, y ostentando como trofeos de su gran victoria las sangrientas cabezas de aquellos jefes por él, inicuaemente, exterminados.

Y esos horribidos despojos, cuyo gesto revelaba el espanto padecido en la hecatombe

irremediable, los expuso al sol, colgándolos de un poste del patio de su casa.

Y el tunduy de su fortaleza sonó lento , lento , lento , en tres toques funerales que vertieron pavor en la montaña y llamaron a las gentes a presenciar la macábrica liturgia de las tzantzas.

Y gentes, más gentes vinieron; y entreabriendo la boca, y casi desgarrados los párpados por ojos que el asombro hacía saltar de sus órbitas, cual estatuas de negruzca piedra, quedaron inmóviles, mudas, en el breve proceso de su contemplación eterna

El sol tuvo miedo y se ocultó de apuro; el cierzo gimió en la selva, y sombras, sombras negras velaron la tragedia!

Así, entre sombras tenebrosas débilmente escarmenadas por un mechón de copal que chisporroteaba temeroso, Pugro apareció soberbio, como fantasma vomitado por la noche.

La petrificada muchedumbre movióse apenas para mirarlo; y Pugro pasó arrogante, armado de su lanza, ceñido su corona de encendidas plumas; así llegó hasta el poste; irguióse delante por un momento; después, como aterrado por la contemplación de aquellos crucificados por la justicia humana , despacio, muy despacio dió tres vueltas en

torno de ellos, y sintió que la grandeza de su sér desaparecía ante la realidad tremenda del enigma de la vida, e inclinó su cabeza, y un fuerte estremecimiento bañó de sudor su espíritu y de lágrimas sus ojos.

Lloró. Sin que una sola de las facciones de su rostro se contrajese, lloró rígido, inmóvil, mudo; lloró como deben llorar en ultratumba los espectros, lloró sintiendo un hórrido y espeluznante remordimiento de conciencia.

Breves, brevísimos instantes duró su tempestuoso y secreto llanto. Presto irguió su cabeza coronada de encendidas plumas; tosió, tosió dos veces; luego movió el brazo para recoger en su lanza una de las cabezas, que la levantó en alto, como por ostentarla a las estrellas que temblaban en el cielo, después, con lentitud ceremoniosa la dejó caer a tierra, hizo lo propio con la otra y habló, por fin:

“Nadie, a Pugro y sus pautes, osará ofender ni con el pensamiento, porque tal como éstos será castigado. Pugro, mientras viva, será rayo, vendaval, torrente. Pugro será el orgullo de los pautes y el terror de sus enemigos. Sobre quienes no le quieran, pasará como la Muerte.

“Tornen esos despojos a recobrar su forma. Sean tzantzas, que en el curso de los

tiempos atestigüen a los hombres el horror de mi venganza."

Dijo. Cruzó los brazos y calló.

De dentro de la fortaleza, como fantasmas infernales, salieron humanas formas cargadas de braseiros encendidos, que en medio de las tinieblas de la noche semejaban enormes ojos de dragones ambulantes.

Eran las gentes del rito que debían hacer las tzantzazas.

Cuando Pugno las vió a su lado, ordenólas



que comenzasen su tarea, por lo cual, uno

de sus hijos tomó las cabezas y las examinó con esmero para cerciorarse de que hubiesen sido convenientemente envenenadas. Como no hallase nada que rectificar, agujereando con una lanceta de bambú las partes cortadas, lo mismo que los labios de la boca, procedió a coserlas con delgados hilos de chambira, comenzando por la región superior de la frente y pasando por la corona hasta rematar en la parte inferior de la nuca. Hecho esto llenáronlas de candente arena, que la renovaban cada diez o quince minutos, al mismo tiempo que las frotaban suavemente por todos lados con piedras lisas fuertemente calentadas, hasta dejarlas, como las dejaron, naturales y enteramente parecidas a las personas de quienes formaron parte.

Esto lo hicieron durante la noche, con admirable precisión y maestría.

Los primeros rayos de sol permitieron reconocer a primera vista las caras de Yumara y Pizambiza que así, momificadas y pequeñas, habían adquirido el valor de una obra de arte. (1)

(1) Tal es el modo como los jívaros hacen sus tzantzas. Es necesario que no subsista el error de creer, como se cree, que tales momias son reducidas con huesos y todo. Nada hay de verdad en esto. Lo que reducen, conservando exactamente el parecido, es nada más que la piel, que la obtienen cortándola en línea horizontal en torno y a raíz de la garganta y

Terminada la tarea, Pugro las recogió en la punta de su lanza y las colgó de la columna central de su fortaleza, en donde fueron sucesivamente contempladas por los guerreros allí presentes y los que llegaban después.

< Al otro día la gente se ocupaba en descuajar grandes extensiones de bosque en las inmediaciones de la fortaleza, para las sembraderas con que se podría alimentar a los millares de guerreros de dentro y fuera de la tribu que habrán de concurrir a la ruidosa fiesta que no podrá celebrarse sino después de veinticinco lunas. >

* * *

Tukupe, hombre inteligente de sólida experiencia, es uno de los quince emisarios enviados por Cugusha a distintos puntos, con instrucciones para ajustar alianzas y organizar los grupos que debían reforzar la ofensiva.

Tukupe recibió la orden de avistarse y tratar con Pugro antes de que éste iniciase la celebración de sus tzantzas; pero, a pesar de sus esfuerzos para llegar a tiempo, siete

continuando el corte por la nuca y la corona hasta la región superior de la frente, después de lo cual despellejan el cráneo y proceden a envenenar la piel extraída.

días necesitó emplear para descender por el Yaupe y surcar el Santiago hasta la boca del Paute, en donde se hallaba la fortaleza de Pugro.

Cerca ya de este lugar, Tukupe oyó que el tunduy de Pugro daba, no los seis golpes preventivos sino diez, los diez que anuncian el comienzo de la ceremonia heroica.

Tal incidente contrarióle sobremanera. Empero, deseoso de ganar tiempo dobló sus esfuerzos hasta que, por fin, arrimó a la orilla su piragua, de la que saltó sin cuidarse de amarrarla, y subió precipitadamente la cuesta del peñón en cuya cima está la fortaleza. Mas, como viese desde la chacra que algunos centenares de hombres se apiñaban en el amplio patio, atraídos por el primer canto de la ujaia, una imprecación rabiosa se le escapó de los labios. No obstante, puesto que no podía remediarlo, avanzó, en la esperanza de aprovecharse de la primera oportunidad para cumplir su cometido.

Las gentes, al verlo, rodeáronle en gran número, por informarse del estado de cosas de las riberas del Yaupe.

El vigoroso teniente de Cugusha, sin responder a nadie y venciendo dificultades poco menos que insuperables, abrióse paso y llegó a la puerta.

Pugro, al verlo, no pudo hacer otra cosa que insinuarse con una mirada y seguir, como siguió, danzando en torno de la columna de la cual pendían las dos cabezas a las que él, en primer término, y cuarenta de sus tenientes amagaban herir con sus lanzas, excitados por el canto de la ujaja, que dió a sus notas mayor animación que la de los primeros momentos.

Tukupe entró y tomó asiento, sin ganas de resignarse a ser espectador de aquella ceremonia que debía durar, por lo menos, tres horas para que Pugro pudiese retirarse y atenderlo.

Este, vestido de gala, soberbio, como el genio de la selva, suspendió la danza, y con enfático gesto y en voz tonante habló de sus antepasados cuya gloria, según sus palabras, nadie había podido alcanzar. Enseguida ocupó en sí: contó y recontó sus hazañas, las innumerables hazañas realizadas en su vida, ora con las fieras, que no pocas cayeron al golpe de su brazo, ora con sus enemigos, a los que asaltó en sus fortalezas o los sorprendió en cualquier lugar del bosque y los decapitó, pasando después por sus tribus como río que sale de madre.

Para que sus hijos varones fuesen valientes ha hecho penosos votos, que fueron

escrupulosamente cumplidos. Con zumo de pepas de huito (1) se ha marcado anchas fajas negras en el pecho y el vientre, y así ha vivido largos días, así ha ido por todos los senderos en mortificación suprema, a fin de que ellos fuesen temerarios, heroicos como él, ya que nadie ha podido ni podrá superarle.

Nunca se dió reposo mientras sus enemigos no hubiesen padecido el castigo de su cólera implacable. Su lanza fue la muerte, sus huestes el exterminio. Los cobardes que pudieron salvarse huyendo de la lucha, locos quedaron de pavor y espanto. Así, pues, de las cabezas de sus más famosos adversarios ha hecho tzantzas, que ha celebrado con fiestas espléndidas como la presente. Oh! su nombre, el formidable nombre de Pugro, no será olvidado en el curso de los tiempos!

Soberbio estuvo el jefe de los pautes al pronunciar estas palabras que sus tenientes aplaudían con el "yayá, yayá", que acabó por exaltarlos sobre todo cuando la ujaja arreció su canto hasta volverlo frenético.

Por fin, la ujaja ya no pondera los heroísmos de Pugro, ni las belicosidades y

(1) Huito: especie de nuez que la produce el árbol del mismo nombre. De su corteza y de la nuez se obtiene una tintura de firme color negro.

bravuras de los pantes; ni recuerda a los guerreros su obligación de ser valerosos hasta la temeridad y siempre implacables con sus enemigos; ni estimula a los menores a superar en fiereza y arrojo a sus antepasados, a sus padres y a los mejores guerreros de la tribu, sino que, con voz en la que ha desaparecido la gravedad y nobleza de los primeros cantos, como catarinita enloquecida por la picadura de impertinentes zancudos, grita, chilla desconcertada y agudamente, sin ritmo, sin palabras, sin nada que pareciese canto.

Con esto las gentes de afuera, cual indómitos corceles en cuyos muslos imprimen la candente marca, saltan, relinchan, patean y se revuelven de un lado a otro en férvido anhelo de igualar en heroísmos a su jefe, e impulsados por el deseo de comenzar las danzas de placer, que no pueden generalizarse sino después de terminados los ritos preliminares.

Un vértigo se produjo. Ahora, grosero insulta Pugro a las cabezas de Yumara y Pizambiza. Las escupe y enseña los dientes vomitando denuestos, amagándolas, casi tocándolas con su lanza, en forma que su brazo parece el codo de una máquina impulsada por eléctrica corriente.

Pero llega un momento en que la ujaja calla, lo que para Pugro y sus tenientes significa la orden de retirarse. Así lo hacen, pero todos han quedado feroces, roncós, extenuados de fatiga.

Tukupe consideró que hallándose en tal estado el jefe de los pautes, no convenía, por el momento, hablarle de su negocio. Resolvió, pues, esperar dos o tres horas para intentarlo.

Grandes porciones de nijamanche fueron ofrecidas en la sala. Servíanlo diez o doce mujeres esmeradamente limpias que entraron acompañadas de un medio centenar de muchachas solteras, entre las que se destacaba una, soberamente hermosa y artísticamente ataviada.

< Las muchachas tomaron asiento en uno de los frentes de la pieza profusamente iluminada por sendos mecheros de copal. El frente opuesto fue ocupado por numerosos mancebos que traían las espaldas cubiertas de vistosos tayucunchis, sin los cuales no les sería permitido tomar parte oficial en la fiesta.

Tukupe miraba, examinaba a las muchachas hasta que llegó a fijarse en una de escultóricos perfiles y de color perfectamente blanco. Tenían sus ojos el verdor del bien que



se espera y conforta. Brotaba de su persona un ritmo indefinible, que residía en cualquier parte de su sér y se reflejaba en el conjunto con la fuerza de un psiquismo poderoso. Su coronita de vistoso plumaje, sus ajorcas de pequeñas víboras momificadas, que le ceñían los brazos y tobillos, y el cinturón cuajado de pepitas de monte, del que pendían tornasoladas conchas verdes y brillantes alas de cantárida, (1) era en ella lo de menos. Había que ver su garganta, el primor de su silueta, la escultura de sus formas, la blan-

turón cuajado de pepitas de monte, del que pendían tornasoladas conchas verdes y brillantes alas de cantárida, (1) era en ella lo de menos. Había que ver su garganta, el primor de su silueta, la escultura de sus formas, la blan-

(1) Cantárida, mosca verde y billante cuyas alas parecen metálicas. Los macabeos la llaman cantárida, aunque cadie ha comprobado que dicha mosca tenga las cualidades náusticas de la verdadera cantárida.

cura de sus carnes y los encantos de su divino rostro. Era de ver su sayo, por ella misma teñido de vivo color carne, que pendía de su hombro derecho, dejándole desnudo el otro y enseñando una parte de su seno que se le veía blanco, apretado y erecto como pecho de alba paloma que ocultara entre el plumaje su pequeño y rojo pico

Tukupe la miraba, mirábala con ojos cuyos resplandores hirieron las pupilas de la virgen

Volvió el rostro, y dirigiéndose al vecino que ocupaba un puesto a su derecha, preguntóle:

— Qué muchacha es esa?

—Cuál?

—La del centro, la blanca.

— Ah, ella, muy chica la trajo Pugro del Morona.

— Del Morona?

— Sí.

— Cuándo?

— Cerró el otro sus manos y tocándose uno de los pies contestó:

— Tántas veces habrán mudado los árboles su corteza desde entonces. (1)

(1) Enseñar las manos cerradas equivale a diez, tocarse un pie con las manos cerradas equivale a quince, y tocarse ambos pies con las manos cerradas equivale a veinte. El interpelado quiso, pues, decir quince años.

—Cómo se llama?

—Coémbi la llama Pugro, Coémbi la llamamos todos.

—Coémbi....

Tukupe buscaba la razón por la que se la hubiese dado ese nombre, que en castellano equivale a fuente.

No quiso llevar adelante sus preguntas. No obstante, su vecino añadió:

—Después de tres lunas será mujer de Pugro.

Tukupe guardó silencio, como si nada hubiese oído, pero sus muelas rechinaron sordidas.

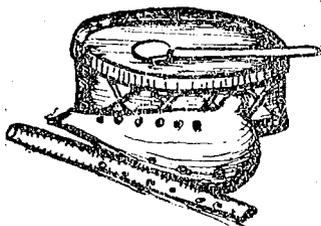
Fresco, rítmico, dulce renació el canto de la ujaja en este instante. Y al efluvio de su voz embriagadora, como flauta que se queja, los hombres que rodeaban, que mareaban a Pugro con sus elogios y aplausos, callaron todos; y los que no hallaron asiento desocupado, salieron, dejando la estancia sumida en una especie de arrobamiento.

Tres mujeres jóvenes y bien aderezadas sacaron del interior igual número de braseiros, en los que se quemaban pequeños trozos de corteza de chicahuina que pronto perfumaron el ambiente. Y el humo, elevándose en espirales arremolinadas por el viento, for-

mó grandes copos de nube en lo alto del cielo raso del edificio.

Puestos delante de la ujaja los braseros, las tres mujeres salieron, a tiempo que ingresaban a la sala seis hombres y cuatro mujeres que traían consigo quenás, pitos y timbales.

Cuando la ujaja los vio a su lado, dió a su canto el aire de una marcha cadenciosa y alegre, que fue simultáneamente acompañada por los instrumentos, entre los que sobresalieron los timbales por el súbito calor que dieron a la fiesta.



Con esto, la gente de fuera retozó de golpe; y sus múltiples clamores de regocijo y entusiasmo, inundaron la montaña de un espasmo de placer sin límites.

Entre tanto muchachas y mancebos, entrelazados unos tras otros ejecutaban una danza en círculos concéntricos de tal modo combinados, que, en un momento dado, mujeres y varones mirábanse de frente.

Allí estaba Coémbi. Encantadora y flexible como la fresca púmbea (1) de la monta-

(1) Púmbea: Palma chica y ligera, de hojas leves y tallo flexible. Su color es verde azulejo.

ña, allí, en el centro del cuadro estaba. Y sus ojos verdes, pálidamente verdes, tenían fulgores de gozo, de esperanza, de anhelos traidoramente encerrados en una castidad curiosa, exuberante y alegre.



El olor del nijamanche y las viandas puestos afuera para regalo de propios y extraños, mezclándose con el perfume del chichahuina, impregnaba la estancia de una atmósfera que despertaba en los sentidos toda clase de deseos....

Pugro, que había olvidado la presencia de Tukupe en su casa, al verlo sentado entre Zongo y Cunepa, yernos suyos, levantóse, y poniéndosele delante dijo a su huésped:

—Debía verte antes, pero mis gentes me han entretenido mucho. Si no prefieres otra cosa ven a mi lado y conversaremos.

—La importante misión que debo cumplir y que no es propio tratarla en estos momentos, me contraría mucho. Estoy que no sé qué hacerme—contestó Tukupe, levantándose.

—La amistad es para todo. Si un amigo me necesita, cualquier instante es oportuno, sobre todo cuando hay urgencia.

—Tal es la urgencia, que Cugusha, tu gran amigo, que admira tus hazañas y te quiere, a pesar de sus deseos, vióse en imposibilidad de ser el primero en hallarse presente en estos momentos para tí de gloria, porque, como debes saberlo, a estas horas lleva su cuerpo cubierto de víboras y serpientes que no le dejan comer ni dormir, ni darse reposo alguno mientras él, a la cabeza de sus huestes y después de arrasarlo todo en el Makuma, no consiga volver con la cabeza de Tungui convertida en cimera de su lanza.

—Ya sé que Cugusha se tiene entre manos una gran batida que será ruidosa, y su-

pongo que su temeridad y astucia sabrán allanarle los obstáculos que ha de encontrar para obtener el triunfo.

— Ese triunfo se obtendría pronto si aliados valerosos como tú se pusiesen a su lado y le prestaran su apoyo.

— No sé hasta qué punto podrá convenirle a Cugusha mi presencia en sus filas en estos momentos, toda vez que en la práctica de una gran empresa, siempre molesta pensar que hay otro con quien compartir la gloria que para uno solo se desea.

— A Cugusha no le preocupa eso: lo importante para él es aniquilar a Tungui y sus makumas.

— Quién sabe! Con él somos buenos amigos y aliados, pero hace pensar lo que seríamos después de realizar juntos la empresa que se ha propuesto.

— Quieres decir....

— Que me limitaré a enviarle contingentes que le serán muy útiles, reservándome el derecho de intervenir en caso extremo.

— Está bien. ¿Cuándo vendrá tu gente?

— Si privara a mis guerreros del goce de algunos días de la fiesta que celebro, irían de mal humor y no serían los mejores como lo serán al ir después de dos semanas. ¿Qué fecha ha señalado tu jefe para dar el golpe?

—Sólo espera mi llegada para eso. Si tus hombres no vienen conmigo, no sé qué servicio podrán prestarnos.

—¿Sabes lo que significa la gente de reserva en una empresa mucho más complicada que la de un simple asalto?

—Lo sé; por eso ignoro en qué podrán servirnos tus hombres si no llegan al Yaupe antes de cuatro días; pues todo debe resolverse de un sólo golpe.

—¿Eso piensa Cugusha?

—No estoy seguro de ello, pero no se concibe de otro modo las cosas.

—Lo siento.

—Por qué?

—Porque sería un error.

—En qué ves el error?

—En que Tungui no es hombre de dejarse sorprender como un pollo por el buitro. No ignora Cugusha la madurez y acierto con que Tungui sabe hacer sus cosas.

—Justamente, por eso crée Cugusha que debe decidirlo todo de un solo golpe, porque lo demás sería exponerse a contingencias que no halagan.

—Quizá tenga razón. Pero dime: por qué medios espera tu jefe conseguir ese resultado?

— Como yo a tu casa, varios emisarios partieron a diversos puntos. Si ellos han tenido más suerte que yo, Cugusha se saldrá con la suya.

— ¡Lo creés, Tukupe?

— Tanto como admiro el esplendor de tu fiesta.

— Sí? Te parece buena?

— Nunca las ví mejores en todo el curso del Upano-entza.

— Me alegra que tú lo veas y se lo cuentes a Cugusha. Bien sabes cuantas lunas he tardado en prepararla. Yuca, plátano, palmito, aves, pescados, cerdos, artezas, canoas, piningas, nijamanche y ranchos, todo lo he provisto en abundancia. Por otra parte, mis guerreros renovaron sus armas. Los mozos, batiéndose valientes, han cazado los tayos que han querido para formar sus tayucunchis, y todas las muchachas han arreglado sus adornos, como puedes verlo en Coémbi, bonita muchacha con la que me casaré después de tres lunas.

— Quién es esa Coémbi?

— No la conoces? Yayá, vas a verla.

Y llamó a la muchacha que se acercó seguida de un joven alto, flexible y simpático — hijo de Pugro — que danzaba con ella.

—Déjala!—ordenó Pugro a su hijo.

Pero éste, ébrio por el nijamanche ingerido y muy entusiasmado por su pareja, medio caída la cabeza y casi cerrados los ojos, seguía danzando y cantando en torno de la muchacha hasta que, en uno de esos giros pisó un pie de su padre.

Abotagado de ira, echando chispas por los ojos levantóse Pugro, y enristrando su lanza atravesó de parte a parte el cuerpo de su hijo diciéndole:

—¡Nadie, a Pugro desobedece!

Ronco, lento, tremebundo grito estalló del pecho de la víctima al desplomarse pesadamente sobre el polvoroso pavimento. Las parejas continuaban su danza sin notificarse del accidente, pero las gentes inmediatas que presenciaron el hecho, acercáronse a levantar el cadáver, mientras algunas mujeres soltaron el llanto.

Una mujer de majestuoso continente, que debía frisar en los cuarenta años, llegóse también. Y al ver ese cuerpo inanimado y sangriento, y al reconocer en él la fisonomía de su hijo, reprimió un grito, abrió los ojos hasta lo inverosímil, y sólo con la sublime expresión de su dolor y espanto pareció interrogar a Pugro.

— Qué quieres? — preguntóla éste, encarándose a ella.

La mujer no contestó: mirábale agresiva, petrificada, terrible, en su apostura siniestramente interrogante.

En Pugro pudo más ese silencio tempestuoso, fiero, que todas las palabras que se le hubiesen dicho. La irresistible fuerza de expresión de aquella mujer, acabó por hipnotizarle. También su cara tenía el espanto de la cara de ella. Y el vértigo de ira que pudo producirse en él y costar la vida a muchos, no pudo ser, porque su voluntad había muerto, herida en su esencia por la demoníaca visión de aquella mujer, que había encerrado su dolor en la fatalidad de su silencio, al influjo de la emoción que petrifica.

Tukupe, hondamente afectado por esa situación, trató de sacudir el brazo de Pugro a fin de que recobrase sus sentidos y diese al asunto una solución cualquiera; mas, al tocarlo, la lanza que tenía se le cayó al suelo, porque su mano había perdido el dominio de tenerla.

El ruido causado por el arma al caer, despertó la conciencia de aquella madre, — sublime expresión de la tragedia humana — quien, apoderándose de la aguda chon-

ta, sin que nadie pudiese impedirlo, traspasó con ella el cuerpo de su marido diciéndole:

—¡Vuelve a matar a tus hijos, Pugro!

Mientras tanto en la amplia sala, muchachas y mancebos danzaban todavía....

HACIA EL MAKUMA

ALARMANTES, inverosímiles noticias llegaban al Makuma acerca de las actividades de Cugusha y de las temeridades de Etza.

Decían unos que los mayaricos y usupocas, acompañados de algunos guerreros de las vecinas tribus, surcaron el Santiago hasta la altura de Ceipa, navegando las noches y ocultándose el día en cualquier lugar del bosque. Otros aseguraban que los huambizas y logroños, seguidos de los namangosas, se habían internado al Este, con ánimo de salir al Morona siguiendo las márgenes del Miaza y sin ocupar las aguas de ese río. Decíase también que los cayamazas y patucas fueron vistos allá, en el curso inferior del Indicayme, dispuestos a llegar al Makuma por el pie oriental del Yukaipe-neinda, a despecho de la vigilancia de los súbditos

de Jimbikiti, uno de los más autorizados tenientes de Tungui. Pero lo que mayor sorpresa causó al jefe de los moronas fue el aviso de haberse descubierto la presencia de los chipiangozas y namangozas a tiempo que cruzaban el riachuelo Tzuntzuymi en su confluencia con el Samacayme, movimiento éste que no podía intentarse sino con el propósito de asediar por el Norte la fortaleza de Tungui. Y esto, que desde todo punto de vista parecía inaceptable, asegurábase ser exacto por cuanto, en la madrugada del 2 de Enero, uno de los hombres de Kanuza que regresaba del Palora, los vió, divididos en grupos, acampar junto a las bocas de los túneles de las antiguas minas de oro que allí existen, y también bajo las enormes láminas de piedra, maravillosamente suspendidas del pequeño cerro que se alza en las inmediaciones de las minas. El testigo afirmaba haberlos visto afanados en recolectar la resina de petróleo contenida en esas rocas, sin duda para inflamar con ella sus dardos y sus teas el día del asalto.

Algunas de tales noticias fueron confirmadas por nuevos mensajeros llegados de diversos puntos. Según eso, Cugusha se proponía estrechar a Tungui por los cuatro costados, para lo cual situaba sus fuerzas en puntos estratégicos.

Así seguidos los pasos del jefe de los yaupes y descubierto el plan de su ofensiva, Tungui reflexionó; y en vista de la situación, imprevista en parte, modificó algunas de sus órdenes anteriores e impartió las convenientes para anular la acción de las legiones enemigas, antes de que llegasen a unirse y bloquear su fortaleza.

De Etza decíanse cosas que llenaban de confusión por lo contradictorias y absurdas. Un mensajero trajo la noticia de que Etza había matado a Cugusha y reducido a cenizas la fortaleza de este jefe. Otro dijo que las piraguas de los yaupes y logroños, al ser incendiadas por las teas de Etza llegaron al Santiago en procesión fantástica y ardiente, rasgando las tinieblas de la noche. Alguien afirmó que el amado de Noria fue picado por una víbora que le causó la muerte; y no faltó quien asegurase que el jefe de los yaupes había conseguido hacerle caer en una de las muchas trampas de que está sembrado su territorio y que, después de someterlo a toda clase de ultrajes y suplicios, le cortó la cabeza, de la que ha hecho la tzantza que se propone celebrar a presencia de los makumas.

Noria escuchaba estas cosas dominada de una pena profunda. Tungui, dolido de

la tristeza de su hija, habíala permitido permanecer a su lado desde su llegada del Shim-bimi; y puesto que Nekata se interesaba por ella, se le pidió quedarse para acompañarla.

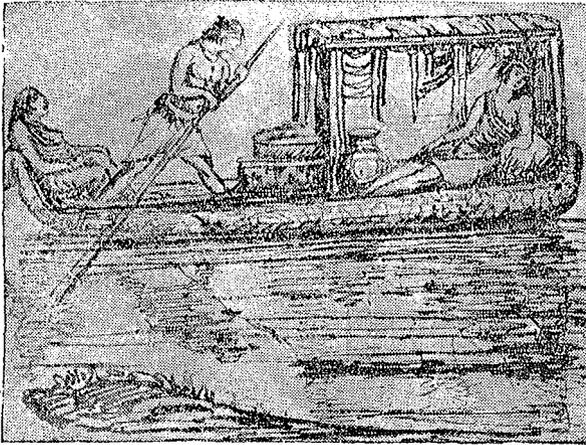
Pero si a Noria se le concedió tan extraordinaria prerrogativa, Yumi no tuvo esa fortuna; y cuando oía que se hablaba de Etza, desde su pequeño departamento procuraba observar en el rostro de su hija el efecto de tales noticias.

A Noria le estaba permitido pasear por los alrededores siempre que lo hiciese acompañada de Nekata y Yumi, y ella efectuaba esos paseos por la tarde, prefiriendo hacerlos al "Curi-entza", el querido manantial a cuyos bordes había pasado las mejores horas de su vida.

Con tal objeto el ermitaño construyó una pequeña góndola que él y la madre de la joven adornaron con liazas y festones, de los que pendían embalsamadas aves y mariposas de vistosísimos colores, alternadas con largos flecos cuajados de pepitas de monte y rematados con huesos de tayo y pequeños y azulinos caracoles.

Graciosamente ataviada, luciendo su coronita de pintorescas plumas, quizá más embellecida por su dolor, y abandonada a sus

recuerdos en la góndola, Noria semejaba una princesa egipcia sobre las aguas del majestuoso río.



Tungui solía contemplarla desde lo alto del barranco.

Pero todo eso no servía más que para agravar la tristeza de la joven, a la que el fuego de la pasión consumía vorazmente. Esa góndola, singularizada por el amor materno y por las solicitudes de un hombre inteligente, que con generosidad y afecto impresionantes se había quedado a su servicio; esa góndola, que remada por Etza a su lado habría sido como un nido de amor,

sin él, quizá para siempre lejos de él, parecía una ironía que comenzaba a serle odiosa.

Ahora el manantial no canta a sus oídos. Callado, pensativo el viento ni mece ni entrelaza las palmeras, que parecen dormir el sueño de una eterna pesadumbre.

Ese rincón paradisíaco ébrio de perfume, pálido, entristecido por un cielo sin sol, no hace más que sumergirla en meditaciones dolorosas y enervantes que producen en su ser un malestar de muerte.

Pero Nekata lo animaba todo: él hablaba de Etza con fervor, con admiración, sin término. El encontraba sus huellas en todas partes e interpretaba el silencio y la tristeza de las cosas. Nekata, evocando constantemente el nombre, los recuerdos, las hazañas del guerrero ausente, parecía devolver al manantial toda la luz y armonía, la belleza y encanto que tuviera en otros días; y Noria, escuchándole con los ojos inmensamente abiertos, agradecida, sugestionada, absorta, olvidaba su dolor, sentíase feliz, y acababa por dormirse reclinada en el seno de su enternecida madre.

En esa forma solía contemplarla Nekata.

Dos mensajeros trajeron nuevas noticias a Tungui: uno avisaba que Cugusha, acom-

pañado de otros guerreros, sorprendió a Etza en cierto lugar del bosque; pero éste, tan bizarramente supo defenderse, que, al cabo de dos horas de encarnizada lucha, dejó tendido a su rival entre los hombres que le acompañaban y que fueron victimados por él. Otro informaba que el jefe de los yaupe y el amado de Noria se batieron en singular combate; mas, cuando Cugusha cayó atravesado por el arma de Etza, éste fue sorprendido por dos tigres que lo destrozaron en poquísimos instantes.

Mientras tanto en el Yaupe la desmoralización subía de punto al suponer que Tungui y gran parte de sus makumas ocupaban los bosques cercanos a la fortaleza. Con tal motivo los alrededores de ésta fueron cubiertos de trampas que resultaron contraproducentes, porque las propias gentes de la tribu caían en ellas y se espichaban en agudas estacas o quedaban aprisionadas y deshechas por vigorosas cimbras, que saltaban y oprimían al ser inadvertidamente tocados sus resortes invisibles.

La verdad es que nadie sospechó que los daños recibidos fuesen causados por un solo enemigo. Manteníase el desconcierto porque Cugusha guardó silencio sobre su percance con Etza. Callaba, porque temía que sus gentes,

al saberlo, le acusasen de cobarde y se revelasen contra él, por cuanto, siendo el Jefe Supremo de las tribus del Upano-entza, no había podido vencer a un simple teniente de Tunguí.

Por esta razón ocultaba Cugusha su lance. Y lo que de Etza y los tigres se rumoreaba, nació de ciertas indiscreciones de Pumbro al referirse al suceso de la muerte de Tikara en el Pujúe. En efecto, ambulando por allí aquella noche, Pumbro, atraído por el fuerte rumor de la contienda, llegó a ver a su padre luchando con Etza; y aunque hubiera querido ayudarle, no se atrevió a presentarse por temor de que lo matase al conocer lo acontecido con Tikara. Y este asunto, indiscretamente revelado por él a uno que otro de sus amigos, corriendo de boca en boca comenzó a generalizarse en forma que luego podía comprometer la situación de su padre.

Entre tanto Cugusha, en sus insomnios, recordaba con pavor su llegada al Pujúe la noche de la tragedia de Etza.

Su mente reproducía la visión de su entrada a la cabaña apenas clareada, más bien enrojecida por el fuego de un hogar que se extinguía; y la emoción sufrida por él al en-

contrar muerta a su madre, y ver a su hermano, hundida en el polvo la frente, tendidos, medio abiertos los brazos, como en actitud de profunda reverencia, y atravesado por su propia lanza. El dolor, el espanto padecido en ese instante aniquilaron su espíritu y le causaron un vértigo. Cayó, también él cayó de bruces con los brazos abiertos, casi tocando con una mano las rodillas de su pobre madre que dormía el sueño de un sublime sacrificio

Pocos minutos después alzábase penosamente; y al ver el charco de sangre formado por sus heridas, pensó que el zumo de natema podría curarle y buscó lo que hubiese sobrado; mas, los trastos que debían contenerlo estaban vacíos. En ese instante volvieron a sonar en sus oídos las palabras proferidas por Tikara la noche del juramento, y entonces, sólo entonces tuvo miedo de Iwanchi.

Vencido por la repugnancia de ver el cadáver de su yerno asesinado por las saetas de Etza, y como empujado por una mano invisible cuyos dedos de acero parecían punzarle la espalda, salió de la cabaña y bajó a la orilla; y al no encontrar canoa ni piragua de qué servirse para llegar a la boca del Yaupe y surcar este río hasta el pie de su fortaleza, desafiando la oscuridad y los

peligros, emprendió la marcha, resuelto a llegar a su casa por la selva.



Pero tan exaltado se hallaba su espíritu, que a cada paso creía sentir el frío contacto de grandes serpientes que se le envolvían al cuerpo, o imaginaba ver, como tizones encendidos, inmensos ojos de tigres que se agazapaban para saltar sobre él, al mismo tiempo que en el fondo de su cerebro oía sus rugidos fieros, que hacían estremecer su corazón.

Y así, entre visiones imaginarias que le hacían retroceder o precipitar la marcha para evitar peligros engendrados por su turbada fantasía y excitados nervios, bregaba, avanzaba a tientas por la selva enmarañada, repleta de zarzales que le mordían la piel a cada paso.

De tal manera anduvo toda la noche orientándose hacia su casa, merced a su instinto que siempre le sirvió de brújula infalible.

La primera luz de la mañana le permitió divisar ciertos puntos de los que se valió para precisar el rumbo que deseaba seguir, y sólo cuando el sol doraba plenamente las bases de los montes pudo llegar a su fortaleza.



Zoña notó en el semblante de su Señor las huellas de un profundo sufrimiento; y deseosa de conocer la causa, tentóle a revelarlo sirviéndose de preguntas más o menos indirectas, cuyas respuestas evadía él, fingiendo no haberlas entendido.

Entre tanto el recuerdo de aquella noche taladraba sumamente al mismo tiempo que engendraba en su sér un inconfesable sentimiento de admiración por Etza, por ese guerrero generoso, que olvidando sus enconos llegó a perder su vida por salvarle.

Y así fue cómo, desde aquella mañana sus gentes notaron en él un cambio, una serenidad que inspiraba confianza. Sus planes eran acertados, sus órdenes oportunas: su persona reflejaba una fuerza extraordinaria que alejaba todo recelo y auguraba grandes triunfos y días de gloria para la tribu.

También Cugusha recibía frecuentes mensajes que le informaban del modo como eran cumplidas sus órdenes, y de las maniobras que ejecutaba el enemigo. Y así, como portador de uno de ellos llegó Anguasha, guerrero joven y simpático que siguió a Tupamba y tomó parte en el encuentro de este jefe con Kanuza. Invitado Anguasha a referir cómo fue aquello, hizolo con animados gestos y expresiones, saltando y blandiendo incesantemente su ensangrentada lanza.

—“Kanuza y Tupamba chocaron como dos cerros de piedra que se derrumban el uno contra el otro—decía Anguasha.—Yo maté a dos, así, así los maté—añadía, impulsando rápidamente su lanza como quien ataca a fondo.—Eso lo vieron todos y alabaron mi bravura.

El calor, el febril entusiasmo con que el mozo relataba el suceso, daban lugar a que su cuerpo realizase prodigios de flexibilidad y gallardía que, en medio de la juventud y

simpatía de su persona, adquirirían caracteres de sugestividad impresionante.

En torno de la fortaleza millares de guerreros esperaban impacientes la señal de la partida. Sonó, por fin, el tunduy, y al estruendo de un formidable grito de guerra lanzado por todos ellos, en la tarde del 29 de Enero partieron como un aluvión hacia la lejana fortaleza del invencible jefe de los moronas.

POR EL SUELO Y POR LOS ARBOLES

AUNQUE los agentes de Tungui pudieron espiar durante muchos días los ajetreos y maniobras de las tribus del Santiago, momento hubo en que su desorientación vino a ser poco menos que absoluta, lo que puso a Tungui en estado de no saber como contrarrestar a tiempo la acción de las legiones invasoras.

Cierto que a Tungui se le comunicó el día y la hora en que partió Cugusha, seguido de los yaupes, de los chapizas y de una parte de los logroños, a los que se agregaron algunos grupos llegados de diversos puntos, desde los valles de Ceipa hasta las lejanas riberas del Chinchipe.

Propios y extraños, aliados y no aliados, gentes que no era de esperarlo, acudieron

presurosas a engrosar las filas de aquel jefe, sin otra aspiración que la de satisfacer una necesidad sentida por ellos como el supremo objeto de su existencia: la guerra.

Después, nada más pudo saberse. Y la causa de la repentina perplejidad de los agentes de Tungui consistió en la astucia con que el jefe de los yaupes dividió sus fuerzas, y las hizo dilatarse o replegarse con tal habilidad y rapidez, que, en un momento dado, la masa principal desapareció, mientras unos cuantos grupos continuaban la marcha en forma arremolinada y extraña, pero siempre directa hacia el Makuma.

Entre tanto Tupamba, a la cabeza de muchos hombres, amenazaba atacar a Tungui por el Oeste y el Norte, a tiempo que otra partida, que orilló el Makuma, de la boca del Cangayme arriba, desapareció también, dejando entrever otro peligro por el Este.

Con ésto, Tungui perdió el hilo de la situación. Por lo tanto, los imprecisos y escasos datos posteriormente recibidos, lejos de aclararla, causaban confusión en su mente y la de sus tenientes que ocupaban posiciones apartadas, y que no podían operar en contraposición al enemigo, por desconocer sus movimientos.

En tal estado de cosas, Kani, la hija soltera de Nekata, llegó a ser un factor importante.

Tres semanas hacía que esta muchacha regresó del Makuma, después de haber acompañado a Noria hasta la fortaleza de su padre. No pudo permanecer en ella más que cuatro días porque Nekata, a pesar de las insinuaciones y ruegos de Noria para que le dejase a su lado, ordenóla volver al Shim-bimi, acompañada de las gentes que Tungui mandó situarse en determinados puntos para vigilarlos.

Kani llegó a su casa abrumada de pena por la intransigencia de su padre al separarla de su amiga Noria. Por esto, mientras se ocupaba con su madre en el cultivo de la chacra, complaciase en hablarla de cuanto había visto en la gran morada de Tungui y del cariño y generosidad con que su citada hija supo obsequiarla al despedirla.

Una tarde, Kani advirtió que uno de sus perros ladraba furioso más allá de la sementera que circundaba la casa. Suponiendo que fuese alguna persona enviada por su padre, resolvió ir en pos del animal, caminando con cautela por si se tratase de una fiera peligrosa, y, desde cierto punto, pudo verlo irradísimo contra algo que de-

bía estar en las ramas del árbol a cuyo pie saltaba y ladraba con enojo extraordinario.

Para observar lo que ocurría ocultóse lo mejor que pudo entre el follaje, y desde allí notó, con sorpresa, que un interminable cordón de jivaros pasaba por lo alto de rama en rama, de árbol en árbol, con tanta discreción y orden, que sólo el fino olfato de un perro pudo ser capaz de descubrirlo.

Pero llegó un momento en que el pobre animal dió un grito, tratando de morder alguna cosa que se le prendió en el lomo, y cayó para no levantarse más.

Entonces, con la misma cautela regresó a su casa y avisó a su madre lo que había visto. Después llamó aparte a su hermano Juko, recién llegado del Shayme, y le refirió el caso con todos sus detalles.

Juko, al oírla, quiso ver las cosas por sí mismo, y, guiado por ella, colocáronse ambos en un punto desde el cual pudieron contemplar el extraño desfile, sin peligro de ser descubiertos.

Y observaron que el cordón de gente que en tal forma viajaba era interminable. Dos largas horas lo vieron pasar hasta que la oscuridad de la noche lo ocultó a su vista.

Kani, entendiendo desde el primer momento que aquellos hombres eran enemigos

de Tungui, y que su ingenioso modo de atravesar la selva tenía por objeto no dejar huellas de su paso, consideró urgente hacer conocer este particular a su padre, y, con tal motivo, pegó su boca a la oreja de su hermano y en voz muy baja le dijo:

—Nekata quiere que estos hombres no hagan daño a Tungui; por tanto tú, como varón, sígueles hasta donde fuere necesario, y cuando estés seguro de la dirección que llevan, ven al Makuma a decirselo a Tungui, si así lo quisiera Nekata.

—Bien está lo que piensas. Los seguiré; trataré de escuchar sus palabras o de entender lo que se proponen, y el momento oportuno pasaré al Makuma, y Nekata sabrá lo que ocurre. Entre tanto tú, con las otras mujeres y muchachos, busquen refugio en el bosque, por si estos hombres tratasen de hacerles daño.

—Haré lo que pides, pero yo, con la primera luz del alba me iré al Makuma a dar pronto aviso de estas cosas a Nekata, y estoy segura de que Tungui alabará mi conducta. Por lo demás, ya conozco el camino.

—Máketey. (Está bien).

En efecto, al despuntar el alba partió Kani, y casi al anoecer del día siguiente, después de una jornada fatigosa en que no

omitió precauciones, por no malograr el objeto de su viaje, llegó al célebre río, frente a la fortaleza. En ese punto halló gentes que se apresuraron a preguntarla el motivo que la traía; pero ella, dejándolas con sus preguntas en los labios, echóse a nado y pasó a la orilla opuesta.

Su llegada a la fortaleza, sola y a tales horas, despertó la curiosidad de todos, y Noria fue de los primeros a recibirla.

Kani habló a solas con su padre y le reveló cuanto sabía. Nekata la escuchó contento, y dejándola afuera entró, y luego salió con Tungui para que lo supiese todo de propios labios de Kani.

Tungui, muy alegre al conocer un suceso que le permitía resolver su situación, cogió la cabeza de la muchacha y la llevó a su pecho, acariciándola. Enseguida pidió nijamanche; cuando lo trajeron, diólo a beber a la joven, diciendo al mismo tiempo a Nekata:

— Debía ser tu hija para que haya llegado a prestarme tan oportuno servicio. Tú te has hecho grato a mis ojos; y desde hoy, lo que he dicho de tí, lo digo también de Kani.

— Mucho me agrada saber que ella y yo te somos gratos como tu casa lo es para la mía.

— Así es. Por esto yo, desde hace días, imaginaba un medio por el que llegaras a formar parte de mi familia. Hoy, tu propia hija me proporciona un motivo para llenar ese deseo. Dámela, pues, por mujer, que bien se lo merece por ser tu hija y por el valioso servicio que acaba de prestarme.

Algo como un relámpago, brilló en las pupilas de Nekata, quien, después de unos instantes de reflexivo silencio, contestó:

— Ciertamente que entre tú y yo deben haber los mejores vínculos. Está bien, te doy mi hija porque pienso que tú no harías otra cosa en pidiéndolo así las circunstancias.



— Coge mi lanza como expresión de afecto.

— La cojo con gusto. Eres dueño de señalar el día que quie-

ras para efectuar tu matrimonio.

— Mañana — opinó candorosamente Kani, interviniendo personalmente en favor de su destino.

—Será pronto — replicó Tungui. — Lo pensaré esta noche.

Y nada más pudo añadir, porque un mensajero, que acababa de llegar, llamó a voces al jefe de los moronas.

—Etza está con nosotros y te saluda, oh, Tungui — apresuróse a decir en alta voz el recién llegado, antes de que su jefe le hubiese autorizado a declarar en público el objeto de su viaje.

—Etza? Cómo es eso? Has dicho Etza?

Tal fue el calor de las palabras de Tungui al oír pronunciar el nombre del guerrero cuya ausencia había perturbado hondamente la vida de su casa. Y como ese nombre fuera pronunciado en voz alta por el mensajero, las gentes de adentro — Noria especialmente — salieron alborozadas, y rodeándole en gran número, acabaron por aturdirle con sus preguntas.

Tungui ordenó que le dejaran solo, y todos, excepto Nekata y Noria, cumplieron esa orden.

—Huashique, tu yerno, me envía para decirte que Etza le ha salvado de la muerte.

—Por qué Etza no ha venido contigo? —interrogóle Noria, cuyas mejillas se habían encarnado por un golpe de sangre.

—Etza no quiere venir antes de castigar a Chamico y sus hombres, que han acabado con las fuerzas de Jimbikiti, al atacarlos éste, por orden de tu padre, en las inmediaciones del Shimbimi—contestóla el interpelado.

—Es tan grande ese desaste?—preguntóle Tungui.

—De cuantos fueron los yukaipes y petzeynes, parece que no sobran diez, y hay que contar con que también Jimbikiti se halla herido.

—Cuándo saliste de Nayumbi y qué importancia tienen las heridas de Jimbikiti?

—Dos días hace que el viento ha llenado mi boca en la carrera. Al salir de de Nayumbi pude ver que Etza, a la cabeza de la gente que tenía Shimbukata, y acompañado de éste y de Huashique, partieron al Shimbimi a castigar a Chamico por el destrozo causado en los yukaipes y petzeynes. Por lo demás, la herida de Jimbikiti no es grave: ha recibido un lanzaso que le rompió la última costilla del lado derecho, desgarrándole las carnes.

—Y Etza, está sano? Nada le ha ocurrido a Etza?—volvió a preguntar Noria.

El interpelado tosió más de una vez mirando a Tungui, como consultando su asentimiento para contestar a la pregunta; por

lo cual, el padre de la joven acercóse a ella, y haciéndola una breve caricia en la espalda:

—Anda duerme—le dijo—; hoy sabes bastante, mañana lo sabrás todo.

—No tengo sueño. Cómo quieres que duerma desde ahora?

—Entonces ahí tienes a Kani, con quien puedes entretenerte conversando.

—Pero quiero hacer una pregunta más.

—Hazla pronto y déjanos.

—Qué te ordenó decirme Etza?—interrogó Noria al mensajero.

—De modo particular a tí, nada me ordenó decirte; pero al despedirme de Nayumbi, “dile a e...., dile a Tungui que lucharé hasta la muerte por defender su casa”, dijo, y tal como dijo lo repito.

Al oír ésto, copiosas lágrimas anegaron los ojos de la hermosa virgen. Lloraba duro, a gritos; así llegóse a su padre y sin proferir palabra abrazó sus rodillas, hundió en éllas su cabecita coronada de plumas, y la crisis de su emoción fue silenciosamente respetada por todos.

Nekata arrugó la frente y se apartó.

Tungui pasaba y repasaba su mano sobre la cabeza de su hija a quien, después de unos instantes, insinuó de nuevo:

— Anda Noria, yo lo quiero, anda.

Kani, tomándola de los brazos, ayudóla a levantarse, mimándola.

Y abrazadas, graciosamente unidas sus sedosas cabecitas, flexibles, encantadoras las muchachas, lentamente se alejaron bajo las anchas hojas de los plátanos, que susurrabanendechas al paso de las vírgenes.

— Dí cuanto sabes — ordenó Tungui al mensajero.

— Mientras caminábamos hacia Nayumbi, Etza conversó que su repentina desaparición la noche que Cugusha estuvo en tu fortaleza obedeció al deseo de alcanzarle en el camino para batirse con él y cortarle la cabeza. Mas no pudiendo encontrarle a tiempo, avanzó hasta la casa de aquel jefe, cerca de la cual ha matado algunos hombres y ha incendiado sus piraguas. Después ha bajado por el Yaupe hasta el "Soñadero" de los logroños y también allí ha matado al tzentzaca antes de que se produjese el trance. Por último, persiguió a Cugusha y se batió con él; pero cuenta que ese lance no pudo definirse porque dos tigres — macho yembra — se mezclaron en la lucha. Y aunque Etza pudo matar pronto al macho y herir también a la hembra, ésta volvió sobre él y

le desgarró un lado de la espalda después que el macho le había herido desde la tetilla hasta el cuello. Desde entonces no sabe precisar cuanto tiempo ha permanecido inerte; sólo recuerda que su retorno a la vida se produjo entre pesadillas y sueños. Por fin, debatiéndose entre la vida y la muerte ha logrado llegar a las inmediaciones de Nayumbi, en donde ha sorprendido a un tal Pimbu y dos compañeros suyos, en momentos que torturaban a Huashique para obligarle a declarar las posiciones ocupadas por tus hombres en el alto Makuma. Entonces él, después de escuchar sus conversaciones y conocer sus planes, mató a los tres, libró a Huashique y seguido de éste vino a la casa de Shimbukata, en donde tomó la gente que había, entre la que estaba yo, y tres horas más tarde caímos sobre las partidas de Nayumbe y las destrozamos. Al amanecer llegó Jimbikiti en el estado que he dicho, y a pesar de su herida, convino en guiar a Etza hasta encontrar a Chamico en el Shimbimi. Las heridas de Etza son tan graves, que es de admirar cómo pudo resistirlas y caminar lo que ha caminado en tales condiciones.

En este momento oyóse un sollozo que fue seguido por otros. Eran Noria y Kani, que habiendo escuchado desde cierto lugar los sucesos de Etza y no pudiendo reprimir

su llanto, se entregaron a él honda y desosperadamente.

Con tal motivo acercóse Nekata, y poniendo su mano sobre el hombro de la hija de Tungui, y mirándola fijamente al rostro, una a una dejó caer de sus labios estas palabras:

—Noria. Desearía que tus sollozos no fuesen de felicidad para saber consolarte, porque sólo cuando tú llorabas de tristeza era yo feliz.

—Nekata

—Lo digo, porque sólo entonces me cupo en suerte recoger tus lágrimas cuando no pude consolar tus penas.

—Nekata!

—Pero puesto que pronto estará a tu lado el hombre que amas, tranquilo ya, al saber que no padeces, quiero volver a las sombrías soledades del Shimbimi.

—Te irás, Nekata?

—Sí, pero llevándome tu imagen en el alma.

Y dicho esto, llegóse a Tungui y le preguntó:

—Cuándo quieres que Kani sea tu mujer?

—Por ser tu hija y por ella misma, no quiero que los apremios del momento me

impidan celebrar el caso con el esplendor que deseo hacerlo. Me casaré con ella el día que triunfe de Cugusha.

— Está bien. Me voy.

— Cómo que te vas! ¿Qué dices? ¿No ha sido de tu agrado la fecha elegida para mi matrimonio con tu hija? Señala tú el día y será como quieras; pero por qué alejarte en estos momentos que más deseamos tu presencia?

— Quién sabe!

— Cómo que no? Oye Noria, Nekata se marcha; lo quieres tú? Acércate y ordénale lo que te plazca.

Noria, con los ojos bajos y las mejillas encendidas como rosas, avanzó despacio hasta su padre y le dijo:

— Tungui, tú le dirás que siempre hará falta.

— Lo ves, Nekata? No lo quiero yo, que soy tu amigo, no lo quiere Noria; no puedes irte.

Y, por primera vez en su vida, Nekata, con los ojos fijos en el suelo, parecía un niño que estuviesen amonestando

En este momento, jadeante, exasperado por el peligro que amenazaba a los suyos, presentóse Juko, y previo consentimiento de

su padre refirió con la mejor exactitud a Tungui lo que había visto y oído entre los hombres de Cugusha, los cuales, según sus cálculos, no tardarían media hora en atacar la fortaleza.

Tungui, al conocer los hechos, apresuróse a ordenar a sus gentes una inmediata inspección de los árboles en la mayor extensión posible, advirtiendo a todos lo que Juko y Kani habían descubierto.

Pero la orden no pudo cumplirse porque, justamente en ese instante, desde distintos puntos próximos a la fortaleza, sonaron algunos tunduyes cuyos ecos hicieron saltar a todos los guerreros que guardaban la morada del invencible sucesor de Mashu.



TUNGUI

Suena el tunduy! La tempestad bravia,
tronadora, del cielo se desata
cual iracunda, inmensa catarata
que al dios de las montañas desafía.

Suena el tunduy! Los hombres de la selva,
de súbito coraje palidecen
y fieros, como tigres, ensordecen
el aire con sus iras. Todo espanta
en ese mundo de barbarie y sombra
que su tragedia al universo canta!

Pero hiere las nubes un relámpago,
y su esplendor descubre la figura
del invencible Tungui que, soberbio,
alta la testa, la mirada dura,
mira al abismo y del abismo espera
la pavorosa aparición.

¡Quién fuera
como él, hercúleo, temerario, fuerte,
para retar al mundo y a los cielos
sin temor al Demonio ni a la Muerte!

A SANGRE Y FUEGO

UN estremecen el aire las últimas vibraciones del gran tunduy de Tungui.

La tempestad, arrebatada por el vendaval que la trajo, pasó, como una ráfaga, y sus relámpagos serpean pálidos sobre las altas cumbres de la lejana cordillera.

El buho y la corneja se han dormido: ni viento en la selva, ni luna ni estrellas en el cielo, todo es misterio, gravedad, tinieblas.

De repente, innúmeros dardos inflamados de petróleo hienden el aire, al propio tiempo que un gran clamor, un fiero y múltiple grito salvaje de millares de fieras humanas se confunde con el estruendo causado por un sector de la fortaleza, que se desploma y cae al ímpetu irresistible de los hombres de Cugusha.

Vuelve el tunduy a sonar de apuro en una serie de golpes rápidos que indican la

violencia del asalto. Ante esta señal, pronto resplandecen mil hogueras que dan a la montaña la luz de pleno día.

Entonces, del fondo del follaje, desde puntos cercanos y distantes surgen los hombres de Tungui en defensa de su fortaleza, y allí, en torno de ella, trábese la lucha con furor salvaje.

Y el chasquido de infinitas armas que chocan y se repelen en actividad desesperada; el bronco ronquido de millares de escudos que embotan las lanzas; las imprecaciones y gritos de innúmeros pechos inflamados de ira; los ayes de las víctimas que caen desgarradas; las flechas luminosas que hienden el aire en todas direcciones; y el viento que brama, la montaña que tiembla, y el sórdido tronar de los tunduyes, todo, todo produce en el alma la sensación de un cataclismo horrendo!

Nuevas fuerzas enemigas penetran de improviso por el Norte, y nada ni nadie resiste su empuje arrollador y sorpresivo.

El impetu del ataque y el calor de la defensa ensañan a los hombres de uno y otro bando, y el fragor de la lucha inunda el suelo de sudor y sangre.

Allí Cugusha, con voz de trueno, excita a sus legiones con el ejemplo de su propio empuje. Sediento de venganza busca a Tun-

gui, con quien arde en deseos de batirse cuerpo a cuerpo, pero la enorme masa de propias y contrarias gentes impídele encontrarlo.

Entre tanto Tungui, delante del ábside principal de su fortaleza, derriba y aplasta enemigos. Nada resiste el golpe de su pujante lanza. Por donde pasa deja el suelo cubierto de cadáveres.

Etza, que luego de haber exterminado a las partidas localizadas en Nayumbe y Shimibimi avanza presuroso a tomar su puesto en las filas del padre de su amada, ya cerca de la fortaleza de este jefe sorprende a otra legión enemiga, comandada por Purpata, en el instante mismo que ocupaba gran número de piraguas para atacar por el río a los hombres de Tungui.

¡Nunca los invisibles genios de la selva vieron mayor fiereza que la de Etza! Dejó caer de su lanza las dos cabezas de los jefes por él vencidos, y recio, impetuoso, terrible cayó sobre Purpata y su gente.

Sorda, sangrienta y breve fue la refriega. Una hora bastó para que el joven héroe añadiese la cabeza de Purpata a las de Chamico y Pumbuna, — grandes trofeos de sus jornadas últimas — y con tales cabezas en la punta de su lanza, y sirviéndose de las piraguas de

los vencidos, siguió rápido con los suyos hacia la fortaleza del jefe de los moronas.

En ella, los ígneos dardos de los arqueros de Cugusha han cumplido su misión devastadora: toda la cubierta del alcázar arde; y el viento, entre múltiples gritos lanzados por mujeres lívidas de espanto, agiganta y retuerce las llamas del voraz incendio, cuyas lumínicas lenguas, sedientas de infinito, envían sus trágicos fulgores hasta la faz de los absortos astros.

Y otra vez, con estruendo derrúmbase la sección frontal del edificio. La grandiosidad del espectáculo paraliza un instante la batalla, lo que permite sentir la presión de nuevos grupos que llegan por el Este. Tan oportuno refuerzo levanta el ánimo de los ya vencidos yaupes, que tornan a la carga con mayor coraje.

Tupamba, formidable Tupamba, ¿por qué te precipitas a la muerte? Ignoras que Tungui es el dios de la guerra, que nada resiste el golpe de su tremenda lanza? Si no quieres morir, huye ligero.

¡Que cual tímido ciervo huya Tupamba? nó: impetuoso y terrible ataca y rompe las contrarias filas con el poder de su potente brazo. El jefe de los yaupes le dispensó su

confianza; por esto él, antes que nadie, plántase frente al jefe de los moronas.

Y altos los dos, erguidos, como dioses, hiérense primero con el cálido fulgor de sus pupilas; luego Tupamba, con su voz de trueno, en esta forma a su adversario reta:

—Escucha, soberano del Makuma: El sol del nuevo día no debe reflejarse en tus pupilas o las mías; soy un jefe del Santiago y he venido a vencer. Hieres, si puedes.

El soberano del Makuma así contesta:

—¡Nunca en tierras de Tungui hubo sitio para vencedores!

Y el rudo golpe de su lanza en dos partes divide el grueso y pesado escudo del jefe de los logroños.

Sólo tres veces chocan las pujantes lanzas, pero llega el golpe fatal, y, con estruendo, como roble gigantesco cae Tupamba, y largamente la montaña tiembla! En sus ojos cerrados para siempre, nunca más volverá a reflejarse el sol del nuevo día....!

Y todo así. El vencer o morir es instantáneo. Cuerpos de color de bronce que el dolor retuerce, recogen con su propia mano las entrañas palpitantes y las entran por la ancha herida de la cual salieron.

En dos horas de infernal combate, todo el campo queda cubierto de cadáveres. Todos los gestos, todas las expresiones de rencor y espanto han hecho crisis en la cara de los muertos, de los que hacen grandes montones para abrirse paso.

Por fin, los primeros rayos de sol envuelven en polvos de oro las copas de los árboles.

— ¡Etza !

— ¡Etzaaaa !

— !Etzaaaaaa !

Tal es el grito que cada uno de los vígias del barranco lanza.

Y ese grito, múltiplemente repetido por los hombres de Tungui, viene a ser como el conjuro de su gran victoria.

En efecto: de la parte superior del río descenden innúmeras piraguas tripuladas por guerreros a la cabeza de los cuales se destaca la gallarda persona de Etza. Noria lo ve llegar fantásticamente iluminado por los rayos del naciente sol; triunfante y espléndido con las tres cabezas que penden de su lanza vencedora, y frenéticamente aclamado por las gentes del Makuma, que repiten su nombre como el nombre de la gloria.

Choca en la orilla su nave y el héroe salta a tierra.

Chiquiaza fue el primero a recibirlo. Y al mirar en su lanza las cabezas de tres jefes, y al contemplar las mal cicatrizadas heridas de su pecho, su asombro no tuvo límites, y, frenético, exclamó:

— ¡Vienes como Iwanchi, Etza! Ven y verás a Tungui.

Etza, al ver que el padre de su amada se aproximaba a él, apresuróse a llegar a su presencia, y poniendo a sus pies las tres cabezas, díjole:

— No he podido volver con la cabeza del guerrero que puso sus ojos en la mujer que amo, pero aquí están las de Chamico, Purpata y Pumbuna que mandaban las huestes del hombre que abominó.

En este momento aproximóse Noria. Tungui, al verla, entrególa al joven héroe con estas palabras:

— Grande como el Zao-neinda has vuelto Etza. Toma la mujer que amas, tuya es, tómala.

Y ella, desvanecida de emoción cayó en brazos de su amado.

Pero él, tras breves y gozosos instantes de contemplación, apartóla suavemente de sí,

diciéndola: "No debo detenerme a tu lado mientras la cabeza de Cugusha no cuelgue de mi lanza". Y pronto, veloz, como sus propias flechas, penetró en la masa combatiente.

Entre tanto Cugusha, a quien no sobran sino poquísimos guerreros cuando por todas partes le estrechan sus enemigos, al ver que el hombre que suponía muerto llegaba con las cabezas de sus tenientes, comprende que sus otras legiones han sucumbido y que no puede contar con ellas. Entonces recuerda con espanto su terrible juramento, que ya no podrá cumplir. Al mismo tiempo la hoguera tentadora está a su alcance.... Piensa que al entregarse al fuego, ninguno de sus enemigos podrá profanar su cuerpo ni hacer tzantza su cabeza; y vencido, desesperado, loco, "¡Nunca tendrás mi cabeza aborrecido Tungui!" grita, y se arroja al fondo de una de las grandes hogueras que iluminaron la batalla.

Tungui, de pie sobre uno de los montones de cadáveres y apoyado en su larga lanza de chonta negra, contempla serenamente el supremo sacrificio del tempestuoso jefe de los yaupes.

FIN

APENDICE

Las páginas siguientes contienen fotografías que ponen de manifiesto el estado de progreso en que se encuentran las dos Provincias de la Región Oriental del Ecuador.

La acción de los Poderes Públicos, por una parte, la de las Misiones Religiosas, por otra, y el esfuerzo particular, poderosamente estimulado por el oro que corre abundante entre las arenas de casi todos los ríos de aquella Región, han determinado, en los diez últimos años, el florecimiento de algunas poblaciones y el surgimiento de otras, como Sucúa, en la Provincia Sur, que cuenta hoy con más de cuatrocientos habitantes blancos, siendo así que hace cinco años se componía apenas de tres casas.

El alto precio alcanzado por el oro en el país ha provocado hacia el Oriente una inmigración por la cual, los dieciocho mil ecua-

torianos que se han dedicado a extraerlo de las playas y bancos de los ríos, recogen mensualmente una cantidad probablemente mayor de 320 kilos del valioso metal.

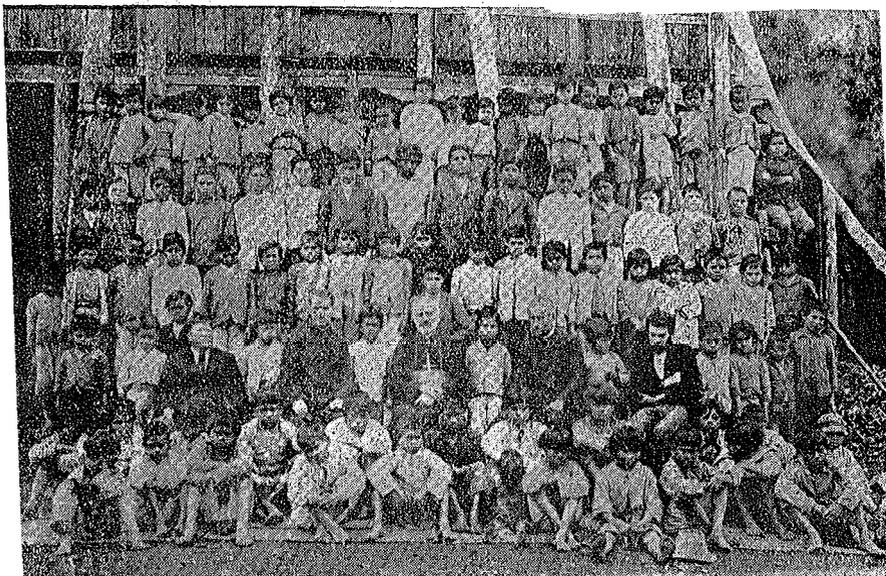
Pero es evidente que las Misiones Religiosas, entre las que se destacan la Salesiana, en la Provincia Sur, y la de Josefinos, en la del Norte, se han esforzado por encauzar ese movimiento en orden al mejor desarrollo de los sectores de territorio que tienen a su cargo, y así han conseguido organizar apreciables centros deportivos y dotar a algunos pueblos de hospitales, luz eléctrica y otras comodidades exigidas por la vida moderna.

El dibujo de la carátula, que aparece también en la página 24 de esta novela, es obra del gran artista peruano, natural de Arequipa, Sr. Mendível, quien tenía preparados algunos trabajos que no fue posible aprovecharlos por no haberla editado en Lima. Por mala suerte casi todos esos dibujos llegaron tarde; pero la delicadeza y gran fuerza de expresión y verdad del que aparece en la obra, permiten apreciar las relevantes dotes artísticas del Sr. Mendível.

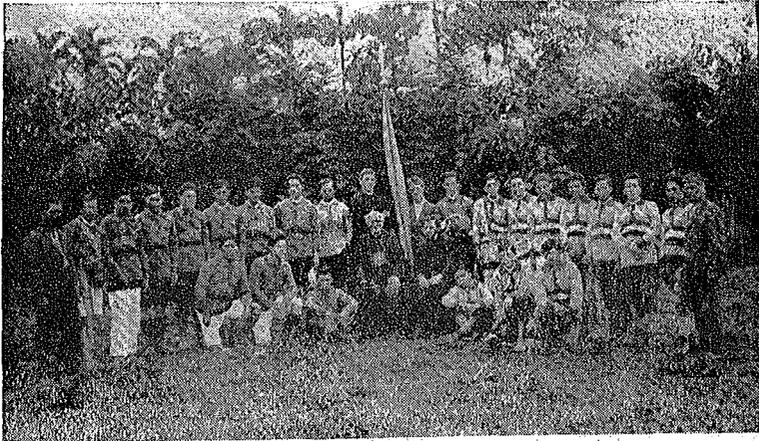
EL AUTOR.



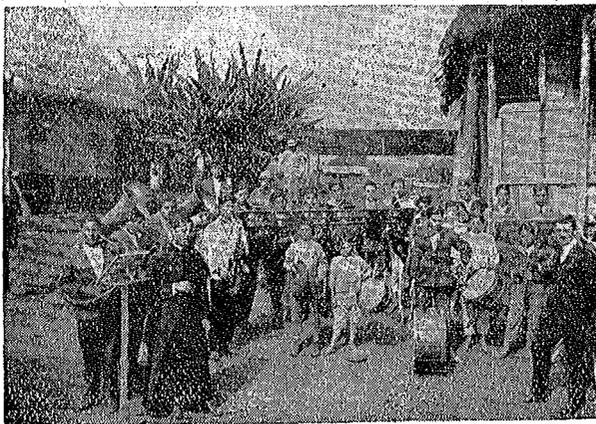
MACAS.—Hermoso kiosco del jardín experimental



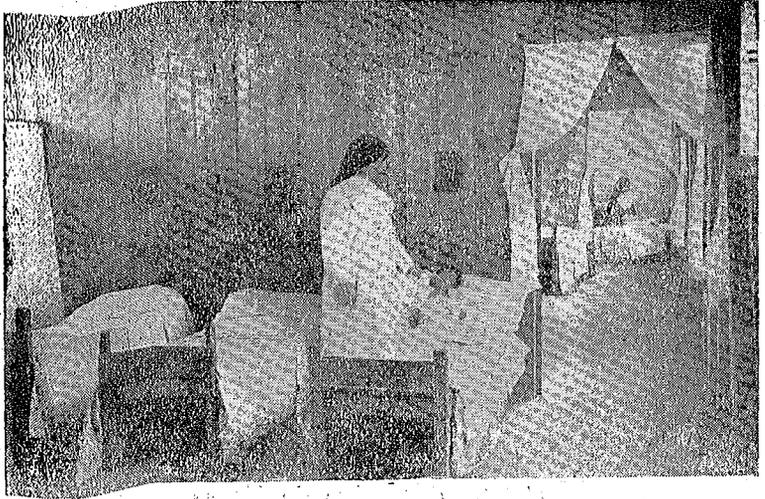
Escuela Salesiana en Macas



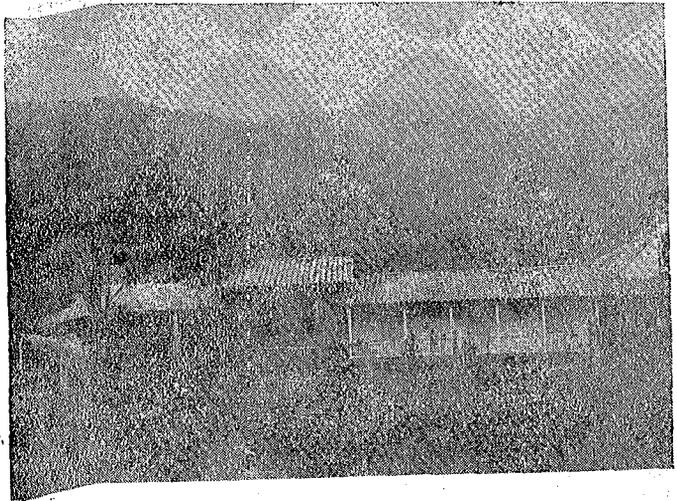
Centro Deportivo de Macas



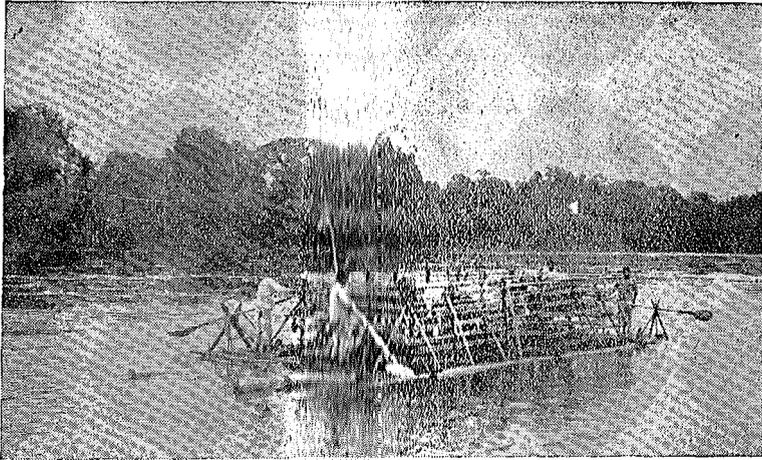
MACAS.—Banda Salesiana



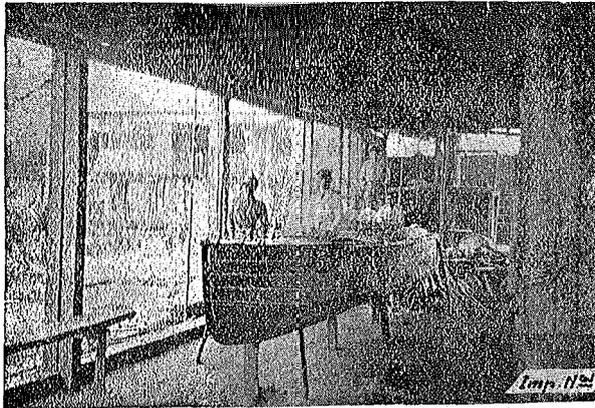
MACAS.—Hospital



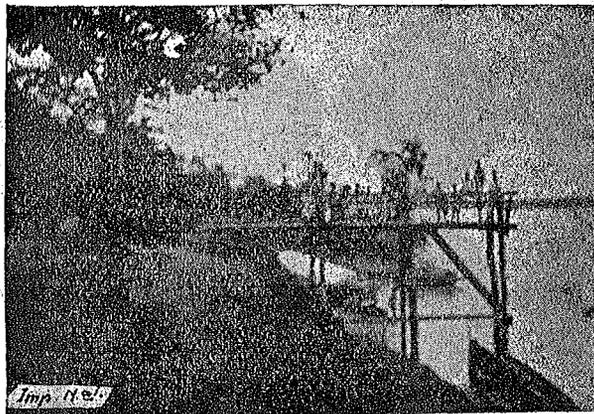
Edificios de la Misión Franciscana en el Zamora



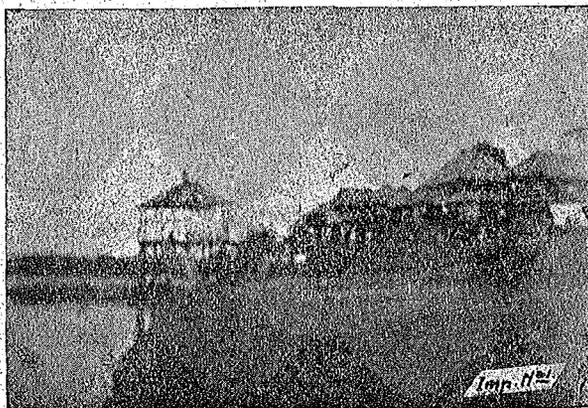
Transporte de ganado en el río Napo



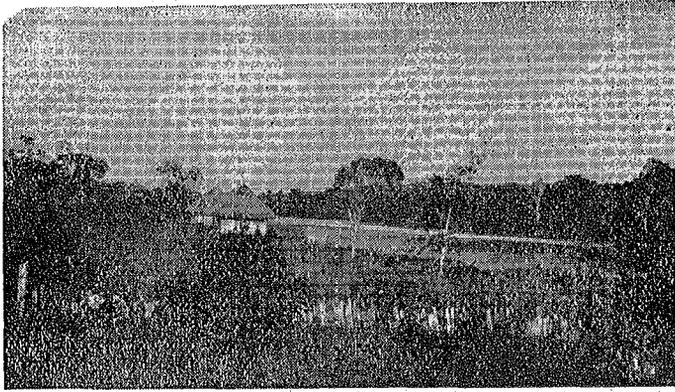
AGUARICO.—Lancha construída por el personal de Marina de Rocafuerte



AGUARICO.—Muelle construido en el Napo
por los destacamentos militares



AGUARICO.—Vista parcial de Rocafuerte



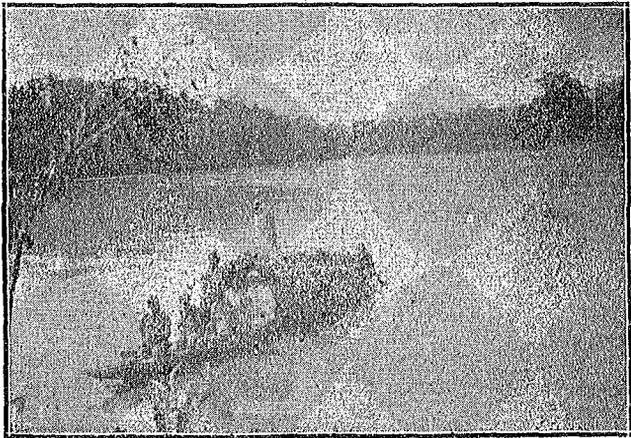
Puerto Napo



Desfile Escolar en Mera.—(Cantón Pastaza)



Una sección de Mera en el Cantón Pastaza



En aguas del Pastaza

INDICE

	<u>Pág.</u>
Ilustraciones	7
Palabras previas	11
Opiniones sobre este libro	19
Noria	25
Etza	33
El juramento	51
Nekata	71
La primera sangre	87
El Tunduy	105
La toma del natema	119
Frente a frente	133
Resurrección	145
Mensajeros en Macas	173
Una fiesta de tzantzas	191
Hacia el Makuma	221
Por el suelo y por los árboles	235
Tungui	251
A sangre y fuego	253
Apéndice	260

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LOS TALLERES
DE LA "EDITORIAL ARTES GRÁFICAS"
DE CÁNDIDO BRIZ SÁNCHEZ
EL DÍA 16 DE ENERO
DEL AÑO 1935

